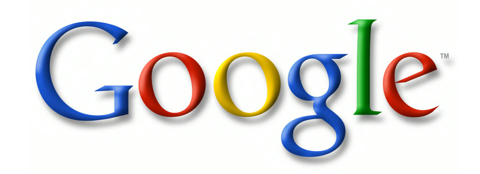
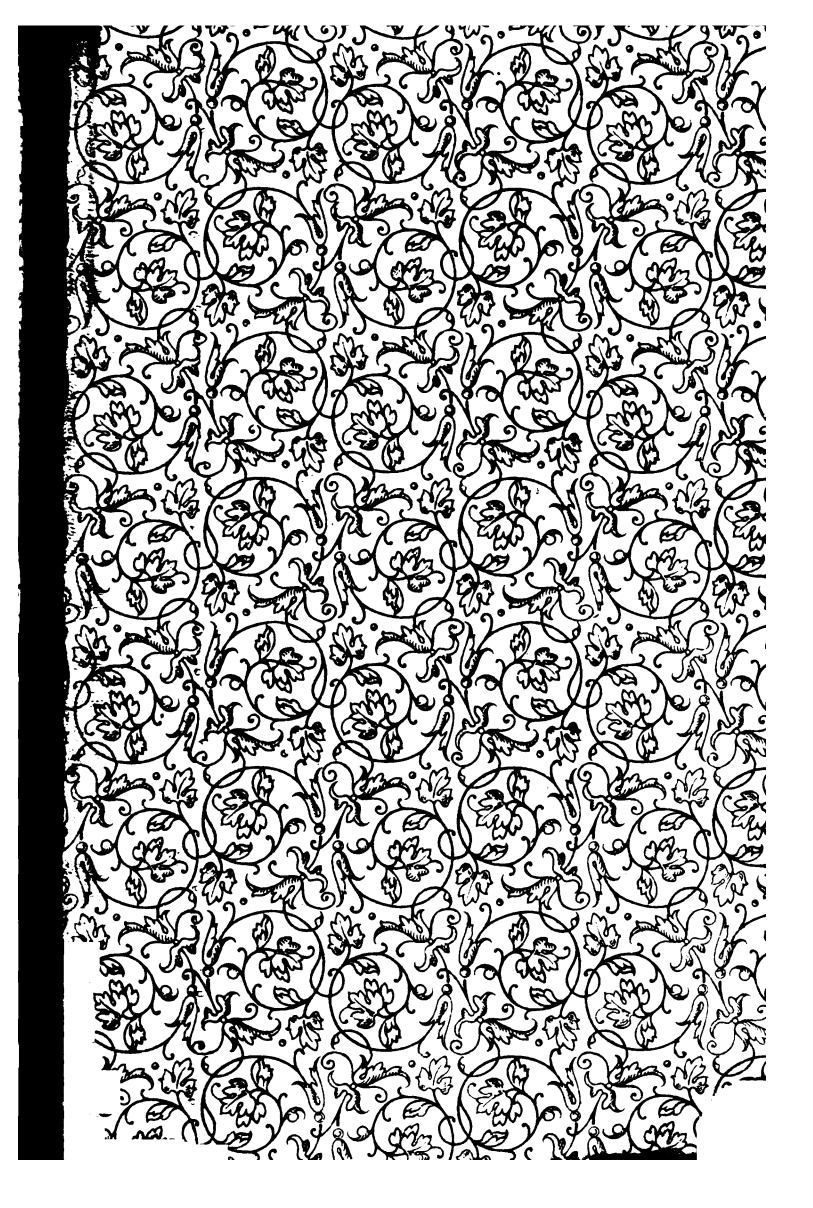




GONDAR Y FORTEZA

GONDAR

Y

FORTEZA

POR

EL MARQUÉS DE FIGUEROA

> Relembranzas de tempos que foron
> van vindo á memoria.
>
> LAMAS CARVAJAL.

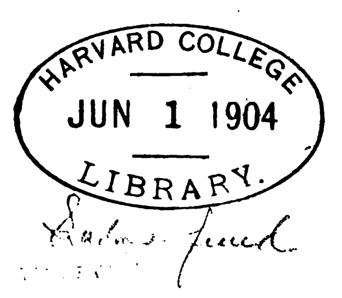
MADRID

EST. TIP. VIUDA É HIJOS DE M. TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

C. de San Francisco, 4

1900


HARVARD COLLEGE
JUN 1 1904
LIBRARY.



I

No sé qué cosa sea de mayor seducción y atractivo, si el estrecho y pintoresco valle de Gondar, encanto de naturaleza, ó Forteza, la misteriosa y arcáica ciudad, prodigio de arte. Ligados geográfica é históricamente, el valle vive de la ciudad y ésta vive del valle, y ambas vidas tanto se relacionan y compenetran, que aún son, y desde siglos atrás vienen siendo, una misma, así en el despertar de sus breves momentos de acción, como en el reposo de sus largos años de soñolencia y de quietismo.

Está Forteza enclavada en alta meseta, entre pobres terrenos de más *uces* que tojos, y tal cual heredad de centeno, rodeada de

contrahechos robles y enhiestos laureles, lugar que por lo áspero de la naturaleza y lo riguroso del clima pudo ser primero escogido de la santidad de los eremitas y luego favorecido de la devoción con que aquéllos atrajeron, á lugar ya de milagrera fama, bandas de romeros de lejanas tierras, cuando no de naturales de la propia, que se internaban atemorizados y huídos ante las incursiones piráticas de la costa, en busca de amparo y consuelo; y así se formó, tiempo andando, la ciudad de refugio y defensa, mixta de guerrera y religiosa, circuído el recinto de muros é irguiéndose en el centro la Catedral-fortaleza, de donde vino, por contracción, el llamarse Forteza la ciudad, destinada á tanta nombradía como lugar de inquebrantable resistencia; que siempre, lo mismo en excursiones de moros que en incursiones de normandos, se pudo y supo conservar en manos cristianas. Así se levantaron sobre el mísero suelo yermo las admirables riquezas de arte, y tuvo Forteza días

de esplendor y artistas de renombre; algunos, directores, venidos de lueñe; los más, aprendices, del vecino valle de Gondar. Mucha fué la fama que pronto éstos cobraron, dando con sus toscos utensilios traza tosca también, pero de extraordinaria fuerza, de singular espiritualismo, á las imágenes en piedra de sus historiados pórticos y capiteles, que son las mismas imágenes pobres de formas, ricas de expresión, de aquellos cruceros que, al lado de los caminos hondos del valle de Gondar, se alzan anunciando la proximidad del camposanto ó de la iglesia. Por algo—y aquí de las relaciones entre naturaleza y arte—salieron los inspirados artífices, no de la tierra yerma y estéril, sino de lugar donde es bella la naturaleza, que en las cercanías de la ciudad y muchas leguas á la redonda, no se encuentra mayor regalía, más templados aires, tan sazonados frutos y naturaleza de tal exuberancia como la del valle de Gondar. El mismo contraste que ante la vista los opone, en realidad los

aproxima y une hasta por necesidad de existencia; que los fortenses necesitan siempre y para todo del valle, y tomándole como propio, y propio es en gran parte de los principales de allí, le ponderan tanto como á su misma ciudad, más querida cuanto más pobre y decadente. Su posición aislada—por atajos hay siete leguas hasta el poblado más próximo,—lo difícil del viaje con muchas leguas de mal camino de herradura, accidentado, pedregoso, ruín si los hay—á pesar de su abolengo, pues está probado que fué vía romana, y se han descubierto columnas miliarias que guarda el Museo de Forteza... todo eso, y además el rigor del clima y la condición de los habitantes, ha preservado á Forteza de reformas torpes, de innovaciones antiartísticas. Débese á tan feliz suma de circunstancias el que Forteza, perdidas las realidades, conserve las apariencias bélicas. Por lo demás, concentrada, aparentemente al menos, toda la vida de Forteza en lo religioso, y de lo religioso en lo contemplativo,

ofrece raro ejemplo de petrificación moral en las costumbres, de persistencia del tipo medioeval en su fisonomía y traza.

Es muy de celebrar por cuantos amen la Forteza monumental y artística, que corrieran para ella tantos malos días—días de decadencia y adversidad—desde aquéllos lejanos en que la personificaba en lo religioso y guerrero su señor y Obispo, que si antaño perdió la siempre disputada influencia política, hogaño vió desamortizar las pingües rentas de la Mitra, que tenía por cierto, y en propiedad directa, grande y muy rica porción del valle de Gondar.

Mudanzas de los tiempos llevaron á la Corte los dueños de los palacios y caserones vetustos de que está lleno Forteza, y que hoy yacen en abandono ó en ruína, testigos mudos de la grandeza pasada. Tales causas salvaron á Forteza de todo cambio, excepto los que trajeron, contribuyendo á poetizar la ciudad, los deterioros del tiempo, que así como en los siglos pasados, del XVII para

arriba, dejó testimonio de su grandeza artística, después pasó dejando sólo huella de ruínas. Estas, el abandono mismo, dan ese aire de ciudad muerta á Forteza, envuelta siempre en nieblas que agrandan con su indeterminación las proporciones de los magnos edificios ennegrecidos y verdosos, y parecen poblar las *ruas* largas y estrechas, las plazas desiertas y grandes, de sombras y misterios. Domina sobre todo la Catedral, cifra y compendio de lo que Forteza es, con su torre bélica de desmantelados muros, en que sólo se dibuja el marco de dos ojivas tapiadas y coronada de almenas; el templo de puro románico, estilo que mejor que ninguno se acomoda al carácter de la tierra y al espíritu de la raza: anchos y pesados los muros, los arcos sustentados por columnas gruesas que se agrupan en haces cruciformes, algo grave y ascético que comprime y reconcentra. Aún no se elevó en místico vuelo el pensamiento del artista; aún no se han aligerado muros y columnas por el secreto

de la distribución de fuerzas y su acumulación en puntos extremos; aún no se han rasgado valientemente las ventanas para inundar el templo de luz. Vive la Iglesia fortense en la obscuridad y el misterio, y como ella y á su sombra, duerme en el misterio la ciudad, permanece en su fijeza y silencio viendo el pasar de las generaciones. Es vivir en plena leyenda. Pero aun en medio de tanta permanencia é inmovilidad, la vida anda, y hay fortenses que querrían que anduviese más y aun que cambiase de todo en todo. Como que había, y no sé si hay, partido, y comité, y club progresista. Dios libre á Forteza de ediles reformadores, ó les prive al menos de urbanizar, como ellos dicen.

El partido del movimiento tenía su principal, pero no única representación, en los Aldeiro; el de la resistencia en los Castros: las dos familias de mayor representación y de más constante enemiga así en Forteza como en el valle de Gondar, donde disfru-

taban unos y otros de principal residencia y ricas propiedades.

No sé si podría Aldeiro, como señor de respeto y autoridad, evitar los flamantes planes que bullían en muchas mentes progresistas de renovar Forteza, de tirar á cordel, cortando así por lo sano, más que por el cordel, por quitar la sombra de los conventos que quedaban. ¡Lo único que Forteza era, y lo único que podía ya ser! Por donde, si prevalecían esos planes de cordel y compás, y venían otros más radicales—que siempre hay un más allá en eso,—á mayor compás todavía, y osaban destruir, como varios dijeron, la Catedral-fortaleza, recuerdo viviente de feudalismo, asilo de levitismo ominoso, aun en fuerza de destrucción podía volver Forteza á ser punto menos de lo que era, cuando la escogieron como lugar de penitencia los primitivos eremitas.





II

De Forteza al principio del valle hay dos leguas de las antiguas, y esas por costaneros, solitarios y no muy seguros caminos, que son además un tostadero en los bajos, donde un sol ardoroso dora y azucara la uva, y un páramo en los altos, donde á veces hay nieve hasta el mes de San Juan. Por miedo á la ventisca, al lobo, al hombre, á lo que sea, los del valle vienen en caravana, por parroquias á la ciudad, y es curioso ver cómo la caravana se detiene en la altura de Serranos—al lado del Castro de este nombre,—y se descubren los hombres y se santiguan las mujeres, y se arrodillan algunas y aun besan el santo suelo en homenaje á la santa de

Forteza, cuya Catedral de allí divisan... digo, si no está envuelta en sudario de nieblas, como sucede por caso general.

Pero, en fin, de cualquier modo, el sitio del homenaje es conocido, y si se ve porque se ve, y si no porque se adivina, ello es que allí hay obligado saludo, que es de despedida para los que de la ciudad caminan al valle, en grupo menos abigarrado de colores, pero no menos pintoresco de traza. Porque si es, pongo por caso, la familia de Castro —la del Conde,—va gran tropel de cabalgantes, bien montados en caballos briosos y corredores, y aun tal cual vez, hace años, iba la litera, de los cabalgantes rodeada, y sobre sus dos machos columpiándose. Y eran grandes, de relucientes lomos los machos; muy elegante, con sus molduras negras Luis XV, ciñendo rasgados vidrios la litera, joya de la casa, conservada por excepción con todo respeto y cariño.

¡Y cuidado si hay que subir y que bajar y que correr hasta dar río arriba con la casa de

los Castros, al extremo del valle, donde es mayor la angostura y más selvática la naturaleza! Ella tiene oculta, escondida, la casa de los Castros, que además, aunque á mucha altura, está puesta, según antigua usanza, en una caída del terreno, al *abrigo*, y no se ve hasta llegar al portalón de cantería, muy amplio, monumental, con remate de escudo y corona. En seguida el patio, espacioso, desigual, en mucho declive, y ya está frente por frente el pazo de los Castros de Gondar, vivienda señorial de hidalgo de montaña, con su torreón achaparrado, ó que parece tal, parte por construído muy en hondo, parte por ser ancho en demasía, y más que nada por estarle pegado á la banda izquierda el casón desigual é informe. Lejos de armonizar la proporción de ambas partes, sube más de la cuenta la casa, desde cuya cima de tejado, puesto en pie, parece que se tocan con la mano las raras almenas que conserva la torre. Y todo eso y la escalera exterior, como lo demás, de sille-

ría, terminada en lo que allí llaman patín y es balconada al aire libre; y las ventanas, colocadas sin simetría y casi todas diferentes, dan un carácter especial, un sello que más bien se fija en el escudo, muy confuso, de ocho cuarteles, que se ostenta en el centro de la fachada de la casa, ó en el sencillo y primitivo escudo de la torre, que no es más que una cabeza de lobo. ¡Sabe Dios qué cosas habrá visto pasar el lobo, inmóvil en aquella actitud de sorprendido, tiesas las orejas y entreabierta la boca!

Lugares eran los inmediatos al Castro y el Castro mismo, por sus muchas sombras y misterios, tenidos en respeto, mirados como sospechosos, y apenas transitados en cuanto la tarde comenzaba á caer. Y eso á pesar de lo hospitalaria que siempre fué la casa del Conde, dentro de cuyos muros se encontraban los naturales á sus anchas, respiraban con satisfacción y con orgullo, por ser tan principal el lugar, y las personas de tanta calidad como respeto y simpatía. ¡Pero los contornos? ¡Ah!

los contornos reclamaban, tanto ó más que temple de alma, armas bien templadas como las que los Castros tenían; ellos que precisamente no las habían menester, porque les bastaba, para mantener á raya á todo el mundo, el poder del nombre y el prestigio de la casa. Más que lo solitario, sombrío y misterioso de la *carballeda* de antes, ó que los sotos de después, ó que el barranco que se precipita á la izquierda en una quebrada del terreno, atemorizaba á los naturales la proximidad del Monte Sacro, que yergue, por encima del pazo, su picacho atrevido, centro de las preocupaciones y miedos de la superstición rural. Según tradición muy robusta, el Monte Sacro fué lugar estratégico, desde donde la morisma se enseñoreó de la comarca; pero por caso milagroso, se detuvo á la vista de la ciudad, precisamente en la altura del homenaje; y aun hoy es título principal que invocan los fortenses al enaltecer y ponderar á la Virgen de la Antigua, su excelsa patrona.

¡Singular persistencia en Gondar, como en muchos otros lugares, la que tienen esas cosas de la morería en la imaginación de las gentes! Aún se les antoja á los labriegos gondarenses que á deshora vagan por aquellos contornos, fantasmas cubiertos de blancas clámides, que, no sin hacer antes de las suyas, se ocultan apenas apunta el alba en la cueva sin fondo del Monte Sacro. Y todo toma en su imaginación primitiva formas de encanto y hechizo, y ve en confuso tropel aparecimientos misteriosos, hados y sortilegios, cosas de moros, *meigas* y encantadores, que ejercitan sus malas artes entre las sombras de la noche, y llegado el día se esconden en el seno de la naturaleza, madre de los misterios que perturban el sentido y pueblan de fantasmas la imaginación del labriego, tan fácil á cuanto es superstición y mito, tan crédulo para cuanto son fuerzas ocultas de la madre tierra y lados misteriosos de la vida, tan desconfiado en los negocios corrientes de ella, ya á la luz del sol,

recobrado el ánimo de las visiones de sus sueños. A la magia de los recuerdos, á la fuerza allí tan poderosa del pasado, se une la fuerza más poderosa aún, y, sobre todo, más sugestiva, de la naturaleza, que fiera á ratos, apacible á trechos, pero bella siempre, no en vano es la escogida como de refugio por la tradición y la historia. Y en el fondo de todas las tradiciones y leyendas está siempre la torre de Gondar, temida como causa antes, y recuerdo ahora, de las mayores perturbaciones; lo mismo en las largas revueltas de los nobles entre sí ó con el Obispo en el período medioeval, que en las luchas de la morisma, más impresas en las imaginaciones y con mayores huellas en los lugares, que en la guerra del francés, que incendió pazo y torre en venganza de su resistencia; es decir, en los únicos momentos de la historia malamente sabidos allí por lo que desde antaño viene refiriéndose de padres á hijos; narraciones que en labios de los naturales tienen arcáico sabor y encanto in-

decible, por el modo espontáneo y sencillo con que entretejen lo real y lo imaginado, al relatar episodios de romántica belleza, singulares hazañas, descomunales luchas. De una nueva había barruntos, y los vecinos del Pazo, si así puede llamarse á los que vivían á más de media legua—que hasta esa distancia, ya pasados los bosques, no había vecino alguno,—andaban más atemorizados que de costumbre, y miraban el Pazo, y los que hacia el Pazo pasaban, de reojo, con visible preocupación, como si su temor no naciera sólo de recuerdos. Y es que mucho extraordinario advertían en el Pazo, á donde llegaban misteriosas visitas, y en Forteza, de donde venían alarmantes rumores de próximas luchas y de presentes conflictos. Para que salieran de su soñolencia los fortenses, y los de Gondar de su pasividad y quietismo, tenían que suceder muy grandes cosas, de esas que sólo de tarde en tarde ocurrían, dejando entre aquellos naturales memoria imperecedera.



III

A TODAS éstas, tras mucho hablar de los lugares, apenas nada hemos dicho de las personas, por singular solicitación que los lugares ejercen, y no caprichosa é infundada, pues en aquel mundo la mayor influencia era la del *medio*, con ser y todo eso del medio completo modernismo, y con ser aquel mundo la mayor vetustez de que hay noticia en geografías é historias. Pero ya es tiempo de que trabemos relación con D. Luis Silva y Ríos, señor de Gondar con caducado señorío, y Conde de Castro dentro de los límites del valle y del circuito de Forteza. El Conde verdadero, el que pagó lanzas y medias an-

natas, el que viene en la *Guía de Forasteros*, es un rentista que vive en Madrid... ó en el extranjero, y usa el título de Conde á modo de lucida etiqueta; pero sin saber ni cuidarse de los que fueron su solar, su condado y su país. Por eso hay en Forteza, donde no faltan ergotistas del género pirroniano de aquél que negaba la existencia de Napoleón, quien niega la existencia del Conde de fuera y afirma, y silogísticamente demuestra, la autenticidad de D. Luis Silva como Conde de Castro. Ó el condado de Castro no es nada, ó es aquello; el nombre, la tradición, los estados de la casa y la casa misma, que para algo fué el origen y solar de la estirpe. Á los bienes de los Castros siguen llamándoles allí los estados del Conde, como si aún hubiera alguna mezcla de derecho político en el civil de propiedad, que en el valle, y para los Castros, viene siendo causa y razón de ascendiente y dominio, por los naturales mirado como de derecho.

Nuestro Conde, el que convivía con el

condado, el de la rama que quedó unida al terruño, cifrándose en ese apego su importancia y representación, era varon fortísimo, alto, ancho, doble, rubio, tostado del sol y curtido por la intemperie, en aquel país donde no escasean los vientos y abundan las lluvias. Á prueba de rigores y de contratiempos, siempre se le había conocido caballero en algún buen potro del país, corredor y valiente, ó arma al brazo, infatigable cazador, trepando por las laderas del río ó por los picachos de la sierra, en que se daban grandes batidas de caza mayor. Á todos estos ejercicios, le solicitaba una decidida vocación, y aun creo que una necesidad de su vigorosa naturaleza, que no se compadecía con una existencia muelle y ociosa. Era devoto del antiguo régimen, no sólo porque ya le venía de casta con lo que pertenecía esa idea al caudal de las heredadas, sino porque no cabía otra en su modo de comprender y juzgar, y no era para sugerir nuevas opiniones su índole de vida á lo Nem-

rod. Si no con la idea, era D. Luis transigente y acomodaticio con el carácter, y esto basta. O al menos bastó para que conservase la preponderancia de su casa durante el reinado de Doña Isabel II, aun viendo con enojo sus rumbos y teniendo sólo íntimas simpatías para tendencias como la de Viluma, proyectos como los de Bravo Murillo ó energías como las de Narváez. Pero juzgando de todo ello *grosso modo*, muy de lejos y con informes á medias; permitiendo su armisticio, con respecto al nuevo régimen, que le considerasen las autoridades y que no tuviese la investidura de representante en Cortes por Forteza, quien no contase con su protección ó con su beneplácito. Más entregado á su casa ó á sus monterías que á estas cosas—aunque tanto le hiciesen valer para ellas su influencia y la de los suyos,—había ido á buscarle la noticia de la revolución á un picacho de la sierra, en que tenía acorralados varios jabalíes. Ni se apartó de allí en varios días, y no por cerril indiferen-

cia, pues bien dijo que de mucha mejor gana acosaría aquellas fieras revolucionarias que volcaron el trono de la Reina. Sus acometividades de frase y de juicio solían parar ahí: parecían embotarse en su carácter, á despecho de tales prontos, bondadoso y sin intención, como el de todos los hombres sensuales. Que él lo era mucho, contaban las lenguas de Gondar, que en Gondar no llaman malas lenguas por eso. Allí, donde era tan grande la honradez y no menor la veracidad, primitivo el carácter y modo de vida sin artificios ni refinamientos, puras las creencias y firmes las virtudes, había una gran lenidad, un fondo de benevolencia extraordinario para esas debilidades humanas. El modo de ver de los labriegos era el de otros tiempos, que allí sobrevivían: el de los tiempos que evocaba como ideales (aunque no fuese precisamente por esas causas) el cura de Rivadorces; el que reflejan nuestros antiguos Códigos al tratar de bastardos, usando palabras casi malsonantes en éste nuestro

siglo, tan exagerado en los torpes excesos como en los falsos pudores. El caso es que el Conde D. Luis tenía una hija, que hubo así á salto de mata, que, recogida y reconocida, fué mimo del padre y encanto de la casa, y continuaba siéndolo ya moza, airosa, fresca y guapa como ninguna. Era Generosa Silva espejo de su padre, que en ella, efectivamente, como en espejo se miraba. Igualmente rubia, estaba aún más tostada, enmorenecida, si vale la expresión, por donde su color era parecido al de la avellana madura; como para sorber los vientos, muy ligeramente remangada la nariz, rasgo de escasa distinción y, aunque vulgar, gracioso, heredado sin duda de la madre; los ojos azules, tornasolados y vagarosos, de suma intensidad, que parecía obscurecerlos al fijarse, concentrándose con un cierto ceño que por igual parecía provocar y poner á raya, por lo que á un tiempo tenía de grave y severo, y de ligeramente burlón é irónico, más que el ceño mismo, cierta mal repri-

mida sonrisa que le servía de comento. Y todo ello sin que lo franco de la belleza, algo rural en sus trazos, ni la gracia de la expresión con algos de lugareña en sus gestos, quitase el aire de distinción y señorío en que la filiación paterna claramente se delataba. También la tenía gran afición, por verla muy de su raza, más que en la sangre, en el carácter varonil y resuelto, el cura de Rivadorces, D. Diego Silva, hermano menor del Conde D. Luis.

Siguiendo la tradición de la casa, en que siempre había tenido alguno de los hermanos menores vocación eclesiástica, abrazó ese estado D. Diego, asegurándose un gran bienestar, por ser la casa presentera de varios beneficios, el mejor de ellos Rivadorces, curato de mucha extensión y riqueza, mixto de montaña y valle; montaña de lo mejor, buen centeno y mucha castaña, y valle que, aparte otras regalías, tenía la del hermoso y productivo iglesario, retenido por la casa condal como propiedad suya cuando la des-

amortización, y que, gracias á la largueza del Conde, venía disfrutando el cura.

Más que obras ascéticas, libros místicos ó tratados de moral ó de dogma, leía Don Diego, hasta empaparse bien, números de periódicos carlistas. Así tomaban animados tonos de arenga sus pláticas del Ofertorio, que sonaban á amenaza y que á veces lo eran; oraciones bélicas que solían terminar con el recuerdo de la indignación de Jesús cuando á latigazos echó los mercaderes del templo. Su texto favorito. Aquello, refiriéndose á cosas y personas extrañas al valle, era impropio: si á tratos de mercaderes de menor cuantía se refiriese, podía haber quien se sintiera aludido, allí oyendo la plática, y contaban que no muy lejos diciéndola. Pero D. Diego Silva tenía el flaco de hablar á sus feligreses de los que legislan y gobiernan. Causaba mucho efecto en los oyentes aquello de que los gobernantes eran revolucionarios enemigos de Dios, á quien declaraban guerra abierta.

«Se persigue á la Iglesia, no cobra el clero.» Bien podía decirlo sin que se viese asomo de interés y sí sólo justicia en la censura; porque el cura de Rivadorces, tan sobrio como caritativo, repartía entre los pobres, no sólo su mezquina asignación, sino buena parte de sus rentas. Así que el comentario de los malévolos no era otro que éste: «Bueno que no cobre el de Nindoy, que siempre anda enredado en cuestiones con los feligreses; ¡pero Rivadorces!...» Aunque á los paisanos se les alcanzase muy poco de sus peroratas flamantes, lo oían con gusto, porque al menos en el acento muy pronunciado, en el lenguaje vulgarísimo, era su igual. Por otra parte, hablaba con energía, y eso ya es una cualidad, y sobria y brevemente, que también son cualidades, aunque naciesen de defectos, parco en retóricas y corto en razones. Estas eran buenas, y, sobre todo, prácticas, cuando no le cegaba la pasión y cuando hablaba de cosas de allí, y más que las buenas razones con que trataba de esas

cosas, su buen ojo para las personas, dábale segura guía, y hacía lo demás su carácter, que era de mucha firmeza y consistencia. De esa madera se hacen los hombres de acción, hombres de una pieza, y, sobre todo, de una idea, y la suya era la más propia del mundo que vivía. Ciego por ella, y no mirando sino á que triunfase, D. Diego, á pesar de condenar con toda energía la revolución, la celebraba por creer que les preparaba los caminos, trayendo una situación extrema, franca, en vez de las anteriores intermedias. «Como si no fuera todo intermedio en la vida,» objetaba en este punto el buen sentido del Conde D. Luis, que no entraba con todo aquello de que el exceso del mal trae el bien, cómoda teoría del pesimismo de la derecha. Tenía el Conde demasiada perspicacia y rectitud para admitir tal cosa. Apresúrome á añadir que el desinteresado y digno párroco de Rivadorces, tenía también honradez sobrada para no practicarla; pero, en cambio, pasión bastante para repetirla como teoría

flamante de los ultras de la prensa. La contradicción del Conde llevaba al cura á mayor ardor y radicalismo en las afirmaciones. «¡Ah!—solía terminar con lo que llamaba argumento *ad hominem*,—los hombres blandos sois peores, mil veces peores que los hombres malévolos.» Y D. Luis, que no podía ver que le llamasen hombre blando, se alejaba con un movimiento de desdén, pero discutiéndolo aún entre dientes. Le escuchaba la Infanzona, que era como los de Gondar solían llamar á Generosa, con completa sumisión de pensamiento, sentada frente á él en una silla baja, inclinado adelante el cuerpo, puestos sobre las rodillas los codos, apoyada en los puños la barba y asomado todo su espíritu al rostro, como si escuchase á un profeta de Israel encargado por Dios de llamar á su pueblo. Para ella, su tío el cura era más que un profeta: era un oráculo. Si Don Diego no estuviese tan abismado en su idea, podría reparar en tales casos cómo la Infanzona fruncía el entrecejo y cubrían som-

bras su rostro, y en sus ojos, sobre el azul muy obscurecido, brotaban ó cruzaban ráfagas de un fulgor siniestro, reflejos de una pasión escondida en el seno de su naturaleza exuberante.

Relataba á menudo D. Diego episodios de la guerra de los siete años, y en tales casos eran interminables sus relaciones, y las entreveraba con denuestos contra los contagiados y falsos, contra los burladores de la bondad del Rey, que les dió la confianza y la fuerza que debió entregar siempre á los antiguos, á los leales desde el tiempo de Fernando, los integérrimos apostólicos.

Llena la imaginación de Generosa de empeños bélicos, las palabras del cura sonábanla como llamamiento á nueva pelea, y de los evocados recuerdos surgían ensueños de esperanza. Si le oía de lejos D. Luis (que incomodado ó no le oía siempre), se acercaba con muestras de asentimiento cuando trataba del principio de autoridad personificado en la verdadera realeza, hacia la que

sentía el Conde un amor salido de lo más hondo de la entraña. Y era que aquel sentimiento ocultaba un interés: el del prestigio de su propia autoridad, ya intentada menoscabar otras veces. Mentar en este punto á los Aldeiros, fué siempre recurso seguro, sagazmente empleado por el cura para despertar y mover la voluntad de su hermano. Era una enemiga heredada, tradicional, y no de persona á persona, sino de casa á casa.

Río abajo, donde ya el Berces se detiene en su carrera, antes rápida, y se dilata por amplio cauce entre álamos y alisos, en el hondo del valle y en medio de la vega, está la casa de los señores de Aldeiro, casa grande, regular, uniforme, sin arte y sin leyenda. ¿Cómo compararla con aquella otra legendaria, célebre desde las luchas de la morisma y aun antes, que con sus hechos gloriosos llenaba la imaginación del país y era su entusiasmo y orgullo? La familia de los Aldeiros, de reciente nombradía, que ni dió

hijos, siquier bastardos, á los Reyes, según de los otros se sonaba, ni armas para sus escudos á la flor de la castellana nobleza, sí se ilustró con un Obispo y un Gobernador en Indias, de donde les vinieron las riquezas, conservadas, y aumentadas, por consejeros de Castilla antes, y después por oidores de nuestros tribunales; que siempre fué la de Aldeiro gente togada. Al Supremo había llegado el Aldeiro viejo, el nonagenario Aldeiro, procurador en las Cortes de Cádiz, y como tal fervoroso doceañista y santón del progresismo de Forteza. Por eso decía el canónigo Cuñas: «Estos progresistas son así: muy poco amigos de santos, pero muy devotos de santones... Y váyase lo uno por lo otro.» En Forteza, donde nada se escapa al examen y á la censura—no sólo eclesiástica,—formaron toda una genealogía filosófica ó política de los Aldeiros, reos de semi-heterodoxia (el *semi* no siempre lo ponían), empezando por el Obispo en Indias, escritor regalista en la Península, por eso

favorecido del Patronato; siguiendo por varios enciclopedistas, ascendientes en línea transversal ó directa, continuando por el constituyente de Cádiz y acabando por el progresista actual, admirador fervoroso de Olózaga.

Aparte otras excelencias, la casa de los Silvas de Castro aventajaba á la de los Aldeiros cuanto en el sentir de los antiguos, conservado allí, aventajan las armas á las letras, abundando en aquella opinión de D. Quijote sobre el ejercicio de las armas, por las cuales se alcanzan, si no más riquezas, á lo menos más honra que por las letras, que, «puesto que han fundado más mayorazgos las letras que las armas, todavía llevan un no sé qué los de las armas á los de las letras, con un sí sé qué de esplendor que se halla en ellos que los aventaja á todos.» Y así seguían allí pensando y diciendo, pues la pugna de ambas casas, tanto como de su representación opuesta ó de toda la herencia de resentimientos y prevencio-

nes, vivía y crecía en aquella atmósfera de opinión y comentario con que todos, á toda hora, comparaban merecimientos y estimulaban antagonismos.





IV

Quiso mi buena suerte que pasáramos en Forteza los primeros años de mi niñez, los que comencé á andar en la escuela, los muy famosos y accidentados que corrieron entre el 69 y el 73, de ingrata memoria; años en que cayeron muchas cosas—las que se acababan de levantar inclusive,—chocaron muchos intereses y pasiones, y yo, que entonces rompía á leer, desperté al mismo tiempo á la comprensión de la realidad, no de otra suerte que distraído caminante que sigue la vereda sin prestar la menor atención á cuanto le rodea, impresionado de súbito por el estallar del trueno, vuelve en sí y mira á cielos

y tierra, y su mirada, antes ociosa, se fija en la realidad exterior y se penetra de ella con observación rápida, pero intensa, en que parece concentrarse toda el ansia de conocer mal y remedio. Mis impresiones y las de los vecinos del valle tienen mucho de semejantes. Y se comprende desde luego, porque el labriego es un niño, y de niño es la idea que se forma de las cosas. De ellas sé también yo, como en Gondar sabían, por reminiscencias vagas, por recuerdo de misteriosas confidencias, de secreteos sospechosos, de actitudes extrañas, algo borroso en que se delataba mucho excepcional y extraordinario que fué después conociéndose. Pero esclarecidos y todo tales sucesos, más que por el comento y la crítica, sé de ellos ó los siento por el recuerdo, por la impresión indistinta, confusa, de niño sorprendido y alarmado. Ni podría discernir, lo que por entonces entreví de lo que más tarde fuí sabiendo; y prescindo de esto, y vuelvo siempre, bien ó mal de mi grado, á aquella pri-

mera impresión tan poderosa y al mismo tiempo tan reveladora y sugestiva.

Nunca veré á Forteza de otro modo que á través del recuerdo de la revuelta. Porque sucedió que un día tan callado, tan silencioso como lo eran todos, como lo serán aún en la vetusta Forteza, de pronto se llenaron las calles céntricas de gente alterada y levantisca. En el que fué nuestro casón del barrio alto, atrancaron más que á prisa la puerta, porque era lo recomendado, según dijo mi madre, para los casos en que pasan turbas dando vivas—ó mueras—á la libertad. Aquel día gritaban muera; en mis oídos cada muera sonaba á sentencia de muerte segura. Y luego dijeron que muchos de los alborotadores eran los mismos que horas antes seguían con entusiastas vítores á la Milicia nacional. De aquellos trágalas vinieron estos desmanes. ¡Un motín en Forteza, gritos de lucha, aprestos de combate! Todo lo oí y ví, ó mejor dicho, creí ver detrás de cristales, pegados los ojos al vidrio. La misma confu-

sión y miedo evitó que me diese cuenta de lo que miraban y no veían mis ojos. En el momento del choque cerré los ojos á tiempo; pero alguien me retiró de allí nervioso, pálido. Soñé un combate. ¡Con qué asombro, con qué incredulidad oí luego que los milicianos dispararon al aire y apretaron á huir en disparatada carrera!; pero al mismo tiempo alguien gritó que llegaba el batallón, *la fuerza;* otros dicen que si se oyó redoblar de tambores de otra sección de Milicia; ello es que los del bando realista emprendieron fuga no menos disparatada, que acabó en dispersión no menos completa. No lo quería creer, y hasta me daba enojo que tomasen á risa el episodio y que lo calificasen de cómico... Y yo lo había tomado por cosa grande y hasta extraordinaria y aun incomparable... ¡Como que con nada la podía comparar! Pero insisto aún hoy, y no por caso de amor propio, en que no fué suceso tan de burla como dijeron algunos maleantes y se dieron á repetir todos en Forteza, por cierta predispo-

sición—inversa á la de mi espíritu entonces —que hay en los pueblos chicos á ver chicas todas sus cosas, y aun á reirse de ellas, teniendo sólo por grandes las cosas de fuera y de lejos. Sin duda por ser, aunque no de lejos, de fuera, ya lo miraron los de Gondar de otro modo, más semejante sin duda al modo mío, y lo cierto es que hicieron mil y una ponderaciones. Y llevaban razón en tomar por lo serio, cualesquiera que fuesen sus accidentes, lo que era una de tantas manifestaciones de la gran lucha que se libraba en la conciencia nacional, con lo que dicho se está que en su significación no era cosa chica ni baladí.

Y á todas éstas, seguían llegando noticias que aumentaban la excitación y alarma y mantenían aquel fuego que encendía los pechos en amor y atronaba las calles con vivas á la revolución triunfante. Por contagio, sin duda, resultaban voceadores de tales novedades los antes tenidos por desafectos, y, por supuesto, los desocupados, los aventureros y

la turbamulta de desarrapados chiquillos. Era de notar que también los había bien trajeados y decentes, que no es tanto lo que quita esto á lo curioso como lo que añade á lo calculista: todo el pueblo supo y repitió la consigna que dió á su hijo el banquero Rodríguez, el banquero de los canónigos, el que paseaba con ellos en los claustros de la Catedral: «Chico, tú vete á la Plaza de la Constitución á gritar viva la libertad, que yo me voy á ver al señor Obispo.» Lo cual quiere decir que el banquero, á pesar de serlo de la Catedral, era de los desorientados; pero se cuidaba de todas las orientaciones. Y á todas éstas, sin cesar, la música del Hospicio y tal cual otra murga, trompeteando el trágala, el himno de Riego ó la Pitita; y muchos anocheceres además, voladores, palenques y cubos; que en Forteza, toda noticia importante, va indefectiblemente seguida de demostración pirotécnica.

Por aquellos días, la casa de los Aldeiros en Forteza estaba siempre llena de gente:

era un continuo visiteo, no sólo de antiguos partidarios, sino además de opuestos de la víspera ó resellados del día siguiente; de incoloros, también llamados neutros ó epicenos, que á todo hacen y donde quiera abundan. ¡Cuántos nuevos enteramente, desconocidos de todo punto, estrecharon la mano de Aldeiro ante las albricias de su dominación! Así como así, era cosa para sorprender y celebrar que llegasen al poder; que el padre, amigo de Argüelles, y el hijo, ferviente de Olózaga, proscriptos como ellos, sólo habían tenido, en lo que duró Doña Isabel, un respiro de influencia, mera preponderancia de bienio. Pero ésta, opinaban todos, es la suya. Cayó para siempre la raza de los Silvas del Castro de Gondar.

El señor mayor, el viejísimo Aldeiro, la momia progresista, como decía irreverentemente la mala lengua del Canónigo Cuñas, e dejó ver de los íntimos, de los fieles á la ausa, y su espíritu, que ya anunciaba desprenderse del cuerpo de nonagenario para-

lítico, debió tener una impresión muy grata según lo era la complaciente mirada con que acogía las felicitaciones. El pobre anciano, inmóvil, arrellanado en un sillón, á donde le llevaban desde el lecho, no apartaba un punto su atención del hijo querido, complaciéndose sin duda en sus sonrisas. No sabía, felizmente, que aquellas sonrisas eran forzadas, que ocultaban disgusto interior, no tanto causado por el mareo y la molestia, y la insipidez de los halagos y pleitesías, como por lo que ellas traían oculto y no era apenas de nadie sabido. Y eso que Aldeiro tenía una gran condición para progresista, que era la de dejarse llevar; pero eso mismo no era sin contradicción interior, sin remordimiento y disgusto. La primera de sus secretas decepciones, fué que viniese otro de Gobernador de la provincia, y la mayor era que se ejercitase arbitrariedad, violencia desatentada con los caídos... y con los que se temía ver levantados.

Nunca fueron en tan gran número las

denuncias, ni las pesquisas, registros, embargos y destierros, secundado ó instigado el Gobernador por los *clubs* secretos de la capital y de Forteza, y por el Ayuntamiento constitucional, en que entró cuanto en la ciudad había de más bullanguero y avanzado. Aldeiro convocaba á junta de rabadanes, exponía proyectos, daba consejos, enviaba al Gobernador avisos, y los radicales del Club, los progresistas del Ayuntamiento, sin dárseles de todo eso un ardite, seguían impávidos su marcha y disponían para Aldeiro nuevas manifestaciones, visitas en corporación, comisiones populares, músicas y fuegos de artificio.

Á despecho de su significación revolucionaria, era D. Juan Aldeiro hombre grato, suave y pacífico; bajito, muy echado hacia adelante, de aire correcto, aunque no distinguido, de facciones en que todo era vulgar menos los ojos, de un azul que tiraba á verde, de una mirada penetrante y fría, cuyos efectos se apresuraban á corregir las sonri-

sas que rasgaban su boca grande, llenando el rostro de expresión cándida y bonachona. Contraído el semblante, avinagrado el gesto, impresionaba sólo con la frialdad de la mirada verdosa, ingrata, cuando se evocaba el recuerdo de los moderados; que entonces se mezclaban el sentimiento filial—á su padre le persiguieron y lanzaron del Tribunal Supremo,—el de admiración á Olózaga—víctima, decía, de la supercheria moderada, que osó, deshonrándole, alejarle de la Reina,—y el de la representación y prestigio de su casa, anublada, obscurecida con el feudal predominio de los Castros de Gondar, que se prevalieron del moderantismo, como éste se valió de ellos; los moderados de Forteza eran cuatro parásitos sin importancia. Ni más ni menos que los unionistas, siempre en buen acuerdo con los Silvas antes, y de los que más cultivaban á Aldeiro después.

Era el del buen D. Juan, progresismo puro, neto, de la mejor cepa, de la gaditana constitucional, es decir, progresismo teó-

rico, abstracto, casi idílico: los españoles deben ser patriotas, justos y benéficos. Perduraba el espíritu de Argüelles, del divino, y lucía su retrato litografiado, en el testero principal, sobre el sofá de la sala de recibo, estilo Imperio. Enfrente, el retrato de la de Mina, la Condesa de la Caridad. Y en otras piezas más humildes de la casa, un *Zurbano* y un Riego en litografía, y un Espartero en colores.

En tal atmósfera de progresismo retrospectivo, no tan pura que no carcomiese la polilla el marco de terciopelo y amenazase la severa efigie del divino D. Agustín, hubo de añadir Aldeiro nuevas ilusiones y optimismos á los históricos heredados. Había en él, como hubo en su padre, cierto fondo filosófico: su manera de sentir no era otra que la que tenían de ver los filósofos y políticos con que concluyó el siglo pasado y comenzó el presente. Filosofía de la naturaleza y de la voluntad: la voluntad y la naturaleza de Rousseau, ó la naturaleza y la

voluntad de Bernardino de Saint-Pierre, autores que, con Voltaire—fuera de mano, relegado al último estante por cierto respeto á la censura,—Burke—traducido al francés,—Buffon, Fenelon, Le Sage, puestos en castellano; Hamilton y Diderot sin traducción, lo mismo que Montesquieu, Pascal y Bossuet constituían con nuestros Cervantes, Diego Hurtado, Mariana y los Fray Luis, y, por supuesto, Feijóo, Moratín, Jovellanos, lo mejor y más saliente de aquella librería, de que guardo memoria porque era en eso igual á la de nuestra casa, en muchas otras cosas mejor, caso muy de lamentar, pues ella, á pesar de su modestia, tuvo, por lo que sé y me callo, el mismo desastroso fin que la gran Biblioteca de Alejandría. Pero vuelvo á nuestro Don Juan, que por lo dicho se comprenderá que era de lo escogido, de lo selecto. Los más de los suyos, ni pensaban en escuelas, ni sabían de filosofías. Les bastaba la idolatría de la palabra libertad, el ansia de expansión, sin

alcanzárseles nada de lo que hoy se llaman finalidades ú objetivos; superficialidad que para la comprensión y para la obra, no quitaba, sino añadía, á la fuerza de un movimiento en que se resolvían porción de inconsciencias y de ignorancias, y que, gracias á su misma simplicidad, se hacía de comprensión fácil y de extensión rápida, más por el dinamismo del sentimiento que por la fuerza de la idea; pero de cualquier modo, dando lugar á explosión de sentimientos, cambio de ideas, y, sobre todo, nueva manifestación de intereses. Valga còmo ejemplo—y perdónese el enrevesamiento anterior—lo que ocurría en nuestro mundo, donde las manifestaciones de la libertad empezaban á tomar otras derivaciones, y en el valle apuntaba algún grito contra los foros, y en el valle y en Forteza algunos de «abajo quintas y afuera consumos,» y más allá, en los puercillos de la costa, tales cuales de «abajo ıatrículas de mar,» de los que así comprenan la libertad, ó mejor dicho, sólo así se

comprendían libres. Podía ser, y quizás era aquello, y así sonó en los oídos de D. Juan Aldeiro, nuncio de las violencias de abajo, y eso aconsejaba evitar las violencias de arriba.

Merece saberse que los Aldeiros eran poseedores á la sazón, de las rentas forales que en el valle de Gondar y comarcanos tenía el Monasterio de San Benito de Forteza, y aun se servían de una casa de tal Priorato, llamada la Tenencia, para *tulla* ó granero. Todo ello fué malvendido de segunda mano, aunque no tan mal vendido como por la mano que lo desamortizó. No sólo llegó á Don Juan, quizás transmitido con exageración que le inspiró temor, el grito de los foreros, sino también la sugestión maliciosa de que aquello era movido por los Silvas de Gondar, por el Conde ó por el cura; rumor que no dejó de cundir entre quienes lo querían aprovechar, del propio modo que por su lado y á su manera los del otro bando, los antidesamortizadores, aprovechaban también el grito subversivo, el «abajo foros,» glosado

con la consideración de que sería providencial arrebatase la fuerza, lo que por la fuerza se logró. Algo por ese estilo dijo en el Ofertorio de la misa el Abad de Rivadorces; pero lo dijo en teoría, por supuesto, dejando al cuidado de los oyentes, foreros muchos, el señalar lugares y personas. No comprendió el cura que autorizaba el supuesto de que no eran ellos extraños á tales manejos, ni menos previó otras cosas que habían de suceder luego al punto.

A cada paso, y con creciente alarma, volvía la vista el Sr. Aldeiro á la preponderancia del elemento radical; malas eran sus intemperancias, que ya suscitaban tales indisciplinas; malo era seguirlas, pero, políticamente, sería peor cosa la división, de no evitar que la división surgiese. La diversidad de tendencia venía de atrás; la incompatibilidad de temperamento se reveló desde el primer instante, lo mismo abajo que arriba. Dudaba Aldeiro de si la revolución tendría fuerza y autoridad para conte-

nerse á tiempo y poner á raya á los que, buscando siempre un más allá y soliviantando con eso la pasión popular, tienen seguro el popular favor, é igualmente seguro, si la autoridad no se deja sentir y no se logra imponer, el inmediato predominio. Por su parte, notaba Aldeiro la ausencia de autoridad en lo local, y no veía que en otras localidades, ni en la capital misma, la hubiera; y esto, que de por sí le inquietaba, le inquietaba más por los recuerdos de sus lecturas, que le ponían ante la vista ejemplos varios de lo que es y de lo que cuesta colocarse en esos declives. Y luego el estímulo personal, gran avivador de aprensiones; porque había salido de Forteza ansioso de notoriedad, y sobrado hábil para lograrla, cierto sutil é intrigante joven que con ínfulas de personaje, tomó puesto en las avanzadas radicales, saltó á éstas desde las reaccionarias avanzadas, seguro de que así le llegaría su turno de influencia y mangoneo; lo que precisamente temía Aldeiro, cono-

ciéndole bien en su intención, instinto y carácter. Y aún habría de exceder á las esperanzas ó temores de sus conterráneos el desenvuelto y hábil D. Crisanto Tercias que con su mucha juventud, viveza y despejo, llevó otras artes y atractivos que le valieron grandemente para triunfar en la Corte, ingiriéndose desde luego entre lo más principal y brillante, dándose con las damas á rendimientos y cortesanías, tal vez estimadas, por lo poco que las anunciaba su aspecto algo brusco, que, por otra parte, con la misma bizarra brusquedad le daba atractivo. Pero en Forteza no le perdonaban los orígenes; aquellos comienzos en que cuentan que el nombre de D. Crisanto Tercias aparece mezclado en malas causas, que fueron las de su provecho, puesto que no salió de allí como emigrante que con su pobre hato va en busca de aventuras, sino dejando espigado el campo, llevando el hato bien repleto. Y añaden, ponderando su muchísima astucia, precisamente mayor porque sabía

ocultarla, que en otros sentidos no fué menor su preparación para emprender viaje, bien forrado en las pieles que curte, pule y lleva de los raposos que se cobran en la región, que por cierto los tuvo y tiene en abundancia. De algún modo y por algún arte había D. Crisanto de alzarse de la nada, tránsito en que es harto difícil que las exigencias de la realidad dejen de mezclar algunas impurezas, que la envidia de pueblo, la malquerencia fortense, exageraría más de la cuenta, como Aldeiro la exageraba. Entre los dos peligros, el de la derecha y el de la izquierda, éste era el que de momento preocupaba más al Sr. Aldeiro, por la amenaza para lo futuro, personificada en el personaje citado y en otros sus iguales y por las contrariedades y dificultad que, ya de presente, creaban las intransigencias, los recelos y las discordias, dando siempre lugar á que prevaleciesen los más exagerados, que, naturalmente, eran los de mayor decisión y osadía. Es decir, que lo que en otras partes

en grande, sucedía en pequeño dentro del reducido marco de la vida municipal fortense, con dolor de corazón del fino y pulido, sensible y afectuoso D. Juan Aldeiro; señor, no hay que olvidarlo, del buen tiempo y de la buena cepa liberales, de los que soñaban en el idilio y repugnaban lo tosco y arbitrario, ó séase lo que por todos lados se descubría y amenazaba imponerse por donde quiera. Temía D. Juan ver destrozadas todas las armonías que eran su ensueño, su ilusión, su programa: armonía entre la religión y la libertad, y entre la libertad y la monarquía. No era merecedor de los desengaños que le amargaban, hombre de tan probada y larga vida de perseverancia y sacrificios. La historia del progresismo era la suya.

Pocos tan en entredicho de D. Juan; nadie más murmurado en Forteza, pero tampoco nadie más próspero, que el escribano Miñandres. Dijérase que la murmuración era parte del éxito. Fué pública su participación en los conciliábulos de los reacciona-

rios, y, aunque menos públicas, harto conocidas las relaciones con los radicales y las nunca interrumpidas y siempre íntimas con el radical personaje D. Crisanto. No sólo tenía eso explicación en que tirios y troyanos quisieran, indistintamente, aprovechar sus servicios profesionales, sino que también políticamente podía haber en ello su lógica, pues por algo se dice que los extremos se tocan, y nunca tan verdad como en períodos revolucionarios, cuando los extremos, en toda su fuerza, y contradiciéndose en la doctrina, aun en la doctrina á veces se completan y en la práctica siempre se ayudan, que era lo que podía importar á hombre tan práctico, con completa exclusión de lo doctrinal y teórico, como el escribano Miñandres.

Empezó á correr en Forteza, y cundió por el valle y pronto traspasaría esos límites, insistente rumor de que iba á ser detenido el Conde de Castro y que se embargaban sus bienes. Ya el golpe dejaba de serlo, puesto que así se le adelantaba la noticia,

tal vez por revelación maliciosa, más bien por confidencia de alguno ó por cándida confianza de varios, que no era ciertamente la reserva, característica de los improvisados gobernantes. El propio D. Luis dicen que fué de los primeros á saber del plan, y añaden que la referencia la llevó Miñandres, de quien se supuso que ponía ojo avizor ó mano experta, en cuantas intrigas hubieron de tramar en Forteza, reaccionarios ó liberales. El Gobernador de la provincia, las autoridades fortenses, presentaban su proyecto ante Aldeiro, como grande, extraordinario servicio. Así que se empezó á decir, acudieron las gentes en gran número á casa de Aldeiro: nunca tuvo éste que prodigar tantos saludos, que estrechar tantas manos.

A D. Juan le repugnaba todo procedimiento de violencia; veía en éste nuevo síntoma de predominio radical. ¿Quién había de sospechar el amargor y disgusto que tenía en el fondo de su ánimo? Se hacía forzoso dominarlo, transformarlo en manifestación de

júbilo, que no era cosa de aparecer vencido de los suyos, precisamente cuando los suyos le saludaban vencedor de sus enemigos de siempre.

Y en tanto que se multiplicaban estas manifestaciones, item más las muy aparentes y gárrulas que á cada momento, y con un pretexto cualquiera, llenaban las calles —himnos de libertad y voces de lo mismo, —los aturdidos ó entusiasmados no se percataban ni advertían, de que allá en el fondo, en las entrañas de Forteza, urdía su trama la reacción, replegándose, pidiendo á la ocultación y el misterio el secreto de su fuerza.





V

QUIÉN inventó que el Conde de Castro había sido detenido? ¿Quién llevó la noticia, y con la noticia la sorpresa y la emoción, hasta las traviesas de Boente, feria de montaña en que cogió á la Infanzona? ¡Y en qué día y qué momentos!... Iba Generosa acompañada de muchos, alegre, bromeando con unos y con otros, no pasando por grupo de labriegos ó puesto de vendedoras, en la larga hilera de tenderetes, en que no tuviese algo que decir: pregunta, averiguación ó chanzoneta, libre la lengua, franca la plática, sueltos los modales. El espontáneo modo de ser, el buen natural puesto así ante los ojos de todos, hacía que

quedasen diciendo por donde quiera que pasaba: «¡Qué buena!» Salvo si eran hombres entendidos en achaque de hembras, que entonces llevaba sus ojos la belleza y el gracejo de la Infanzona y quedaban diciendo: «¡Qué guapa!»

Siguiéndola de cerca, ó puesto al lado, iba un joven que no la dejaba un punto, alto, desgarbado, pero de buena traza... Ya lo notaron las gentes, y los de algún grupo dijeron señalando el cortejo de Generosa:

—«Mira Taboadiña de Presende... va mismo miel hecho al lado de la del Conde.»

—«Ya te es cosa vieja eso... Taboada anda hay tiempo tras de ella, pero á ella no se le da.»

Decían verdad los comentaristas: al menos aquella tarde iba Generosa distraída, indiferente para él; pero, en cambio, atenta para los demás que la seguían: el médico del partido, dos curas de balandranes, más verdosos que los montes aquéllos; dos ó tres paisanos de buena capa y aire *petrucial*,

antiguos caseros del Conde y regidores constantes del Ayuntamiento. Pasearon buen rato, distrayéndose con el variado espectáculo que ofrecía el extenso campo de la feria.

Según se entraba por el camino de herradura, ancho y pedregoso, ya se encontraban, á uno y otro lado, puestos de pulpo, que, por lo que apestaba á aceite y por lo negro de las manos que lo preparaban, y aun por lo desgreñadas que estaban las no siempre viejas ni siempre feas vendedoras, necesitaba de apetitos muy despiertos por el sutil airecillo de montaña y de paladares de mucha afición, que tanta como al pulpo tenían á lo que llamaban su propia salsa, ó sea al *pulpeiro*, al vinillo agrete de Gondar alto.

Al lado del mesón poniéndole competencia, y más allá, á lo largo de las paredes de la ermita, quitándole á la santa parroquia, estaban sobre los carros barrigudas pipas rodeadas de devotos, que, libando en

tazas de barro, no daban ni á la mano paz ni á las gargantas descanso, y bien lo delataban luego en sus andares y en sus decires. ¡Cuántos sacos de castañas y nueces! y gracias si había fruta seca; ¡qué montones de ruedas de centeno y de pan-trigo moreno, molletes de la forma del Monte Sacro! Las mesas de rosquillas, de las duras y muy afamadas de Alouriz, y de las blandas y comunes de jinete, tenían además botillería, aguardiente, caña, *perrita* y *resolío*. Alrededor de los carros y detrás de las mesas, olfateaban los canes á la rebusca de desperdicios y despojos, que señalaban el que fué campo de meriendas. Generosa, su tío Don Diego y los demás acompañantes habían comido de mediodía en el mesón: opípara comida, abundancia y buen condimento. Caldo de navizas con lacón, cerdo con cocido, guiso de lomo de cerdo; por supuesto, el pulpo consabido; además una empanada de anguilas del Berces, de mucha fama en el país; para remate, la gran fuente de

arroz con leche, polvoreada de canela, y para rociar y mojar todo eso, del mejor vino de la tierra, que así llamaban al agrete de la próxima de Gondar. La mesonera Rosa, muy frescachona y encendida, muy viva y atenta, se deshacía en agasajos.

—«Más vino, señor Abad, que es de confianza.» Y con confianza lo trataban todos, según menudeaban los vasos é iban y veníán las botellas.

—«Doña Generosa, ahí tiene rabo de cerdo; y mire, allí hay oreja... tome, tome, que á usted la gusta;» y tomaba de firme, y estaba bueno de verdad.

—«Y aún les va á sobrar empanada de anguila... ¡Qué lástima que no venga el señor Conde!» Era Rosa lo que se llama guapa, á pesar de que frisaba en los cincuenta, y eso que estaba muy metida en carnes; pero no carnes fofas, sueltas, sino apretadas, macizas, bien curadas por los fríos montañeses, en buen uso y conservación. El médico del partido (la había reparado bien) lo dijo en

una de las salidas á la cocina de Rosa, que, arremangada hasta más arriba del codo, dejaba encima de la mesa un plato y luego se iba á buscar más.

—«Esta, de soltera, fué mucha cosa... y aun hoy, viuda, es cosa buena.» Y por supuesto, tras la sentencia, el trago. Pero tenía razón: buena, sin duda, era Rosa; pronta, despierta, llena de vivacidad; para los de fuera toda amabilidades, pues guardaba el genio, más pronto que fuerte, para los de casa. Así, dotada de muy buena disposición, había subido siempre desde que la casó y puso el mesón su tío segundo, el cura de Donesar. Bien se comprende que después de tal trato, buscasen desahogo los comensales en la atmósfera sana y pura, gozando el espectáculo de tan varias cosas, distintas gentes y confusos ruidos.

Paró buen espacio Generosa en los tinglados de los ambulantes, entretenida en el ajuste y compra de algunas varas de lienzo del país, basto y trigueño, del que requiere

menesteres de casa de aldea; para regalo de criadas, compró pañuelos de gayos colores, rojos, amarillos, de los que llevan á la cabeza las aldeanas que llenaban el descubierto campo de la feria, dándole con su movilidad incesante, mareadora, en pleno sol—sin más sombras que las de tinglados y casas terreñas,—nota de color abigarrada, pero alegre y pintoresca. De agradecer era que el sol, que allí brilla por su ausencia generalmente, contrarrestase algo en tan bella y limpia tarde otoñal, el efecto del sutil Nordeste que soplaba.

No revelaba sentirlo Generosa, pero sí los curas, que sobre el balandrán, llevaban unas bufandas negras muy grandes, que daban tres ó cuatro vueltas al cuello; el hidalgo, con el del fuerte chaquetón de paño pardo subido hasta las narices; los regidores envueltos en las capas; todos con el semblante colorado de puro frío. Debía estar peor así el señorito de Presende, Gonzalo, porque Generosa cada vez se le apartaba más y á sus

dichos no respondía nada, y á las preguntas con un simple monosílabo, ó más bien repitiendo el verbo de la pregunta. Preguntaba, pongo por caso, en impersonal, según era su costumbre:

—«Generosa, mire á la izquierda, al final del campo: ¿no ve qué puestas las primas del médico de Banda?»—«Veo.»

—«Son muchas mantillas las que tienen: ¿le gustan?»—«Gustan.» Eran buenas mantillas, por cierto, de anchas franjas de terciopelo, adornadas con azabache, como las de las artesanas de Forteza. Otro rato de silencio, y tornaba el hidalgo á deslizar alguna observación ó pregunta:—«Si quiere, vamos á la feria de ganado... dicen que está buena.»—«Vamos luego.»

Pasaron de largo por entre el ganado vacuno, dejaron á una banda las piaras del de cerda, á otra las manadas de caballejos bravos, montaraces, con el pelo del monte ó de la dehesa, pelo estoposo, más bien lana, que llegaba al suelo. Se internaron en la

feria de caballar y mular, que abundaban; aquel día ocho, era de los mejores del año. De cuando en vez, en el campo materialmente cubierto, hacía el despejo y dejaba buena clara, algún caballo entero, que, inquieto y rijoso, levantándose de pies ó de manos, asustaba los caballos vecinos, atemorizaba los transeuntes y ponía en movimiento y confusión la feria. En una de éstas, retrocedieron, para ponerse á buen recaudo, curas y regidores, y Generosa se perdió, ó escabulló mejor, del hidalgo, que la seguía de lejos, dando muchos rodeos y vueltas, por no pasar rozando el cuarto trasero de caballos y mulas.

Sola iba ya Generosa con su natural intrepidez, cuando topó de manos á boca con un joven moreno, de bronceado cutis, serenas facciones, ojos castaños obscuros, parados y grandes, pelo casi negro y algo rizoso, que descubrió al saludar gentilmente quitándose el sombrero con la mano izquierda, que en la derecha lucía abierta, larguí-

sima y afilada navaja de Albacete, con que acababa de señalar, dejando por suya, una muleta despierta, vivaracha, que encantó á Generosa según fueron de grandes sus alabanzas, algo apresuradas y confusas. Las dijo Generosa siguiendo su camino; pero el joven aquél se adelantó para abrirla paso, que estaban en lo más intrincado de la feria donde, enteramente pegados unos á otros los animales, se hacía difícil romper, y caminó delante de ella, volviéndose á cada instante con mucha atención y mostrando un rostro correcto, simpático, pero que tenía cierto amargo dejo en las mismas ligeras sonrisas con que acompañaba sus rendidos y respetuosos servicios... Salieron á *la carrera*, como llamaban al camino lateral donde corrían los caballos probando sus condiciones de marcha. En seguida vió Generosa á sus acompañantes, excepto Taboada, y á ellos se fué presurosa. La recibieron con exclamaciones, aconsejándola que no se metiera así por malos sitios, y notando y riéndose con lo muy

sofocada que venía. El guía ó acompañante, al que habían saludado ligera y friamente llamándole José, se empeñó en llevarles allí cerca, á ver un caballo «que debía ser para el señor Conde;» caballo de raza, de extremidades finas y cabeza pequeña... ¡Hermoso rollo de animal! Y más se apreciaba su mérito visto entre tanto vulgo de la clase como notó en una de sus salidas el cura de Arces, señalando los pencos del país, de cabezas disconformes y ancas muy huesosas. Le montó José, y como, aunque noble de condición y de raza, estaba muy ocioso y era de mucha sangre el animal, no bien sintió la mano del jinete, comenzó á impacientarse, y al caer el jinete en la silla, se levantó de manos, poniéndose casi en pie. A la cuenta, el mozo era caballista de veras, según lo fácilmente que lo dominó y paseó llevándose todas las miradas, sin que las de Generosa se le apartasen un punto: él, ceñido con naturalidad al caballo; el caballo, muy en la mano de él, siendo ambos como uno en la

maestría. Pararon los otros corredores y quedó por José el campo, y sólo al apearse José volvieron los demás á dispararse en sus desatinadas carreras, jinetes que mostraban no serlo en su figura, abiertas y separadas las piernas, alargados los brazos y como sueltas las bridas, echados atrás los cuerpos, cayendo pesadamente sobre el animal y amenazando caer al suelo. Era cosa de reir, y Generosa se reía con ganas del cuadro y de alguna observación que dejaba caer José, generalmente silencioso.

Empezaron muchos á mirar á Generosa más que á los que cabalgaban, sin que, á pesar de lo insistente de las miradas y de los cuchicheos que las siguieron, notase nada Generosa; pero sí José, que se apartó con mal gesto de allí y se fué á hablar con unos tratantes, mas sin quitar ojo á los curiosos. Sucesivamente observó que seguían los cuchicheos, que varios se arremolinaron en corros y que alguien, que ni notó quién era atento á mirar los de más lejos, se

acercó á los curas y regidores, que estaban allí próximos, diciendo:—«Que vengan al mesón, llama D. Diego... Hay novedades...» Y cuando volvió la cabeza José yá el mensajero huía á la carrera. Tomaron presurosos el camino del mesón Generosa y los suyos, y detrás, á corta distancia, José. Esperaba D. Diego con las caballerías dispuestas, impaciente, nervioso, lleno de prisa y metiéndosela á todos. Generosa preguntó, porfió, se negó á montar sin saber qué quería decir todo aquello.—«Que de orden del Gobierno buscan á tu padre, le persiguen, me persiguen á mí, hay orden de detenernos... Calla y apura.» Generosa no quiso oir más: ya estaba á caballo, ya salía á galope, los ojos encendidos, asomando á ellos, más que el pesar, la rabia. Tuvo que refrenar el caballo viendo que no la seguían. Don Diego aún hablaba ó secreteaba con varios. Al montar le encargó á José que fuera con ellos, y ya andando le dijo que corría mucha prisa llegar, que les llevase pronto, pero por

lugares extraviados. Ningún práctico como aquél. Al poco rato habían dejado el camino ancho de herradura. En el campo de la feria deshecha, no se hablaba de otra cosa que de la detención del Conde. Todo el campo hervía en comentarios. ¡Ahí era pequeña novedad! ¡el Conde, el personaje mayor ó único que conocían, el dueño de la casa legendaria, de la casa que mandó siempre, preso como un malhechor de caminos!... Es un decir, que por lo demás, los malhechores andaban libres, sueltos, y los nacidos no acordaban nunca tantos...





VI

Era para sorprender que tan pronto hubiese llegado la sensacional noticia, á las lejanas Traviesas de Boente; pero muy sencillo. De Forteza avisaron á D. Diego lo que se tramaba—propio con encargo de buscarle en Rivadorces, en Castro, donde estuviese;—voló el jaco; había oferta de buena propina y dinero abundante para el camino. El jaco necesitó de algunos respiros, ocasión de algunos tragos para el propio. Y éste, que cuando iba á salir oyó en la calle el rumor que comenzaba á andar por Forteza, lo contó en la feria y lo soltó en las ventas y tabernas del camino, ignorando que aquél era el secreto

que llevaba, bajo lacre, obleas y sellos, en el pliego de que era portador. Las noticias, rodando se abultan, y aun, como dijo el otro, se redondean, y de ello fué ejemplo la persecución de D. Luis, convertida en detención en Forteza y elevada á prisión en las Traviesas de Boente, y que irradió en todas direcciones transmitida por los que llenaban, en interminable desfile, todos los caminos. Curioso espectáculo el de ese retorno: unos vuelven enojados, porque no vendieron; otros, porque vendieron mal; quiénes, porque la compra no les satisface... Ni sólo es la feria tráfico, sino además fiesta para mozos y mozas del contorno, que en la feria y en el camino encuentran solaces y se dicen amores. También hubo quien, tocado de ellos, tornaba, por su mal, triste. Allá va, cara á Presende, el hidalguete, en su vieja y pesada cabalgadura. Caballo grande, ande ó no ande; y un Taboada, que en serlo llevaba lo de alto y delgado, no puede montar caballo chico. A bien que más que la altura

de la persona, lo exigía la de la casa, su representación y el buen parecer, no incompatible, sino al contrario, con que la yegua fuese, más que grande, vieja, y lenta en el caminar, y triste en la traza, aunque no tan triste como la cavilación que llevaba su amo. Desde que perdió á Generosa en la feria de caballos, no pudo encontrarla por más vueltas que dió, desalado, ansioso. Cuando fué, por fin, al mesón, se habían marchado ya. Montó en su animalazo, mustio, ensimismado, sin saber más, sin oir nada de los rumores que corrían. Ni siquiera preguntó ni esperó por su compañero á la venida, el cura de Presende: prefería ir entregado á sus pensamientos por las soledades del monte, camino de las soledades de su aldea.

Después de buscar en vano al señorito, se fué el cura de Presende con el de Arces, su colega de clase y de murmuraciones en todo aquel día, que tuvo su continuación en la noche. ¡Curioso tipo el cura de Arces, tan olvidado de su persona, tan aban-

donado en sus costumbres y vida, pero tan sabedor de las vidas, costumbres y personas del país; que no había historieta que no supiese, intriguilla que se ocultase á su curiosidad! Y referirlo era luego su encanto, como escucharlo era el encanto del de Presende. «¡Qué lengua y qué oído tan pecaminosos!» exclamó una vez el cura de Donesar; á lo que contestó enojado el de Presende, que sus oído y lengua podrían ser instrumentos de pecado venial, que si así no fuera, callaría, como por caridad, callaba él; y el cura de Donesar nunca más habló de lenguas y de oídos pecaminosos. Tomaron el camino ancho, relativamente bueno—pedregoso no hay ninguno por allí que no lo sea,—por donde podían ir á la par, lo que no por el del monte que siguió Gonzalo. ¿Pero qué sería de éste, que desde media tarde no le volvieron á ver?... A Presende le preocupaba más que la detención del Conde de Castro... «Si esto al menos evitase que empezaran por aquí con las par-

tidas... ¡para lo que habían de remediar!... y esto se pondría *de todo*... Lo que pasó con la otra carlistada. Siempre lo decía mi tío cura... Hasta pedía á Dios que le llevase antes que ver otra como aquélla.»

—«Mira, Cayetano, tanta razón tienes, que *si cuadra*, los suyos son los que soplan para que vayan contra el Conde... el Conde les empieza á estorbar.»—«Ca, Antonio, ¿qué dices? Pero, hombre, ¿habían de ser los suyos?»—«Los suyos, los suyos, sí, señor; los vividores, que no sé si te diga los latros de Forteza... peores que los que salgan por aquí... No para hacer daño, pero para recoger provecho... Pues mira que...» y aquí bajó mucho la voz, y empinándose sobre los estribos, alargó el cuerpo y acercó la boca al oído de Presende, que á su vez, con la boca muy abierta y los ojos muy dilatados, se volvió hacia Arces:—«¿Qué dices? ¿Pero n Palacio...?»—«Calla, que las paredes oyen...» Y podía ser, que iban por uno de aquellos caminos hondos de la tierra, cu-

bierto de malezas, que guarnecían altas laderas y formaba sobre sus cabezas tupida bóveda; un túnel de ramaje. Tardaron un rato en salir á despejado terreno, y todavía el Abad de Presende meneaba la cabeza con señales de incredulidad y rumiaba un—«Vamos, no lo creo.»—«Bueno, bueno: pues ya lo creerás... ¿Y quién piensas tú que es el hombre de quien se valen los Castros para sus conspiraciones? ¡Váyate con los Castros y la buena causa! ¿Quién pensarás, hombre, quién pensarás?... Pues ese diablos de José, que traen tan de mano y que ya sabes lo que es.» (Aquí bajó otra vez la voz y no se oyó nada.) Pasaban al lado de un pelotón de gente moza, aldeanas retozonas—la edad, la ocasión,—y mozos alegres—también la edad y la ocasión, pero por añadidura, el vinillo. Uno, con voz que tal delataba, disparó, al ver los curas, burlesca copla: aquélla del cancionero popular, que pinta al cura con la sotana rota, rasgada, por haber corrido en los zarzales detrás de

las mozas. Mentira, invento de la imaginación popular, embustera y murmuradora; que no hay curas, que anden así y con tal objeto, á carreras por los zarzales. Y tanto como embuste, grosería, lanzada á quemarropa de ambos pacíficos varones, á quienes ofrecían, además de ese saludo, el de las regocijadas y muy prolongadas risas del coro general. Los caballos de los curas salieron al trote.

Muy al paso, y con tantos cuidados como preocupaciones, iban Generosa y D. Diego, precedidos del guía José, desde que se separaron del camino ancho y conocido y de los labradores, que no podían seguir tales veredas transversales y malas, pues montaban yeguas de cría de mucha alzada y mucho vientre, y llevaban las crías, muletas de pocos meses, haciendo morisquetas, dando carreras ó extraviándose con desesperación de sus amos, á pesar de anunciarse con las campanillas pendientes del cuello. Aunque tomaron por extraviados caminos, siguieron

buen espacio á Generosa y su séquito, aquellos y otros ruidos: mugir y relinchar de animales, vocear de gentes en conversaciones, disputas y cánticos. Eran éstos, como montañeses, de muy sostenidos ecos, que en las concavidades de la vertiente por donde comenzaban á descender, repercutían con resonancias y prolongaciones; dijérase que donde concluía el eco de unos, empezaba el canto de otros, lamento inacabable que parecía salir del seno de la naturaleza dando expresión á sus tristezas, de que son reflejo las tristezas de aquella raza soñadora. Singulares voces, las de los hombres, de tonalidad á la gaita semejante, y como *fol* de gaita para los sostenidos; las de las mujeres, de timbre argentino, finas, delgadas como las aguas limpísimas que corren entre guijarros por los arroyos del monte, y son las que dan aquella limpidez á las gargantas. Concertadas ambas voces, hallaban prolongación y respuesta en otras en que también *cuadraban* el son ronco y el fino; y

entreverados con los cantos, y sirviéndoles de remate, gritos ó alaridos lanzados á toda voz que sonaban á llamamiento bélico, y además lo eran, pues de continuo acompañaban y acompañaron aquella noche, la quimera, que paró en combate, entre mozos de parroquias fronterizas: de Donesar y de Boente. Se iban apagando los cantos, quedaban atrás los ruidos. Los expedicionarios descendían por montes de la mayor soledad, abandonados como yermo, fríos como páramo. En la obscuridad de noche así, desaparecen las líneas de las cosas en las lejanías, se desdibujan y alteran en las mismas proximidades. Indistintamente veía Generosa á José, con precederla pocos pasos; y cuando se metían por alguna hondonada, camino hundido en el terreno, negro como boca de lobo, Generosa forjaba en su imaginación no menos negros presentimientos y sentía mayor malestar y tortura; pero al salir á despejado y entrever, aunque confusa, la figura del guía, se disipaban algo los temo-

res y algo se aliviaban los cuidados que sentía. Y era que la presencia de José la infundía aliento; que en José ponía su esperanza á despecho de rumores y sospechas, que recordadas y rechazadas con energía, llevábanla, por contradicción muy suya y de los suyos, á más estima, á mayor confianza en aquel hombre. Así avanzaba la noche y avanzaban cara á Gondar, Generosa con sus miedos, D. Diego perplejo y alicaído, no exento de cierto pavor el mismo José.

¿Qué extraño era? Caminar de noche es la cosa para que menos alientos hay entre aquellos naturales; y caminaban por temerosos y apartados sitios donde parecía natural toda sospecha. Pero no era que ellos la tuviesen ni de las cosas ni de los hombres, que ni siquiera hombres había, y si los hubiere y fueran los que quisieran, servirían á disipar los vagos temores en unos, miedos indescifrables en otros, en todos res peto á la naturaleza, en esas horas de la noche en que, oculto, dormido el hombre, sólo

ella está despierta y vigila, sintiéndose así mucho más la secreta, la misteriosa influencia de sus fuerzas ocultas. Son quizás reminiscencias de culto antiguo que revive y perdura como superstición, y son también presagios. Exaltada la imaginación de Generosa, temía por sus vivos al figurarse ver en aparición á sus muertos. D. Diego se burlaba de esas cosas de día: no creía en ellas ni de día ni de noche; pero contra el propio convencimiento sentía la noche aquélla—¿quién se lo había de decir?—un no sé qué de turbación, aparte la que ponían en su ánimo, los trastornos de sus planes. ¿Por qué extrañarlo, repito, si desde mucho hacía cesaran las voces y gritos de á prima hora, y entonces y en tan solitarias proximidades del Monte Sacro eran completos la calma y el silencio de la noche, más callada en ruidos por ausente en aires?... Iban, pues, nuestros cabalgantes por la falda del Monte Sacro, cerca de la cima (cerca para la vista, que por lo demás

faltaban aún algunas pisadas), cuando salió la luna á iluminar con sus frías, blanquecinas claridades, una escena terrible. Temblaba y palidecía D. Diego al referirlo después en Gondar y en Forteza. Fué extraordinaria cosa. El camino era como de sierra: sendero, abierto en puro peñascal y colgado á media ladera sobre un abismo; cortada á pico la peña, el riachuelo en lo hondo. Todos iban sumidos en sus pensamientos. Por si no eran bastantes las circunstancias de aquel viaje, aún añadió preocupación el pasar por debajo del pino manso, grande, viejísimo; el de la cerrada alta. Allí mataron años atrás, siendo niña Generosa, á un casero del Conde, pobre labrador que volvía de la feria, también del día ocho, con los cuartos de los bueyes vendidos. Quedó tendido, yerto, víctima de una puñalada mortal, al pie del que llaman desde entonces el pino de la muerte. Y nada se pudo probar: que el pino salpicado de sangre era testigo mudo. Generosa tomó horror al ca-

mino y al sitio aquél; no quiso volver por allí; pero el lugar de la acción, que por muy alto y descubierto se ve desde todo el valle, no se la olvidó ni se la olvidaría mientras viviera. Al punto conoció el pino, y sintió un miedo del corazón, un estremecimiento del cuerpo... Soñó la presencia del criminal... Iba á gritar, cuando, abandonada la brida, tropezó y cayó la caballería que montaba... Fué todo obra de un instante. José, al ruido, se volvió con presteza inaudita; saltó al borde del sendero á tiempo de detener, casi en el abismo, el cuerpo de Generosa... que caería para siempre. D. Diego quedó helado de emoción, lloró después con ella, llora aún al referirlo. Había que ver lo que era el abismo y lo que fué y lo que pudo ser la caída y lanzamiento de Generosa. Había que verlo, y no hubo tiempo de verlo en la acción, y sí sólo en el pensamiento. ¡Cuánta vida gastó D. Diego, gastaron todos, en aquel solo instante de aquella memorable noche!

Generosa perdió el conocimiento. Iba embebida en los ensueños de su asustada imaginación, cuando la sorprendió súbitamente la visión clarísima del abismo... ¿Se daría ella cuenta de que había caído en los brazos de José? Cuando á poco recobró el conocimiento, su cara reflejaba espanto: pálida, muy abiertos los ojos, con inmovilidad que ponía miedo. Al volver la mirada indiferente y encontrar á José, hubo en todo su sér un cambio repentino, una sacudida violenta, y rompió á llorar... ¡José había vuelto á salvarla!...

Generosa, sin quitar los ojos de José, fué sobre el arzón de la silla de D. Diego recogiéndose, apretándose contra él, como si sintiese necesidad de buscar fuera de sí, apoyo para su debilidad y rendimiento, abatida en lo físico con la impresión de frío, y aumentada la moral de miedo, miedo irreflexivo que ya no tenía razón de ser, y que aún duraba traspuestas las murallas de la posesión, paredes adentro de la casa, sabido

y todo por letras del Conde que había logrado burlar á sus perseguidores y estaba oculto en lugar seguro de Forteza. Los criados contaron el susto con que vieron llegar á los milicianos, que en busca del Conde registraron inútilmente la casa, mientras él salía por una puerta del corralón de atrás; que casa de tantos rincones y tantas puertas, ni es de buena guarda ni de fácil registro.

A todos, con la noticia, se les quitó de encima gran peso; pero no á Generosa el abatimiento y la inquietud. En D. Diego renacían los ánimos, siquiera le contrariase no poder velar el sueño de su sobrina, y, aunque con plena confianza, la entregase á los solícitos cuidados de las mujeres de la casa. Era preciso marchar en seguida, y sin descanso de un instante siquiera, se quitó la levita y el sombrero alto, traje más que de cura, de caballero, que, sin duda por serlo, usaban á la sazón los viejos abades, y con un chambergo claro de su hermano, y

sobre el traje de casa la capa, subida ésta hasta los ojos, y bajo hasta los ojos el sombrero, marchó sin ser conocido ni sospechado de los que nunca le veían en tan vulgares arreos. José se brindó á acompañarle, lo que D. Diego desde luego aceptó de muy buen grado, como que era su ánimo requerirle con tal objeto, pues había de necesitar de él. Y en dos jaquitos de buena andadura, valientes y fuertes, de los bravos del monte amansados en la casa, llegaron muy presto á Forteza. Apuntaba el alba, y Forteza, envuelta en nieblas, que se extendieron rápidas apenas se puso la luna, salía de la noche con semblante más triste que el de ella, y desde luego más obscuro. Como antes los rayos del hermoso lunar habían esparcido tonos de vaga y pálida claridad sobre las cosas, tenía que parecerles más tétrico aún el día de Forteza, que la noche del camino. José se quedó en el arrabal con los jacos, y D. Diego se deslizó por debajo de los soportales, á lo largo de las paredes, muy envuel-

to en la capa y en la niebla. ¿Creería que había en la ciudad policía secreta? Y creería bien. Bastaban las beatas, arrebujadas en sus mantones, cubiertas con las mantillas, viejas ó jóvenes, pero curiosas y fisgoneadoras, que corrían menudeando los pasos, hablando con voz misteriosa, mirando de reojo al caballero.

—«Señora Teresa, ahí van las tres picadas: no llegamos á la primera misa.» Cubrió los escasos ruidos, incluso el del agudo esquilón y el de los aldabonazos de D. Diego en una casa de la calle traviesa, la voz llena y grave de la campana del reloj que descendía de la alta torre almenada; y como en competencia ú oposición, la estentórea y triste del sereno, que se despedía por aquella noche del todavía adormecido vecindario, canturreando el «Ave-María Purísima, las cinco y nublado.» Vibraba aún en los aires, orgullosos de prolongarlo, el noble sonido de la campana, y llenaba los oídos el quejumbrón del sereno, cuando muy visto y

mirado desde ambas esquinas, entró el embozado cura en casa del Canónigo Cuñas. No sólo aquello: la más insignificante cosa toma en nuestra histórica ciudad color y carácter de leyenda.





VII

FORTEZA hervía en murmuraciones eclesiásticas y en discusiones religiosas. En el fondo de todo lo que se murmuraba y discutía, no había más que el interés político; pero la argumentación era teológica pura y escolástica neta. Boticas, librería, soportales de plateros, que son en Forteza las tertulias de la calle, y, por supuesto, las tertulias de las casas, todo se animó al calor de la controversia religioso-política, tema tan actual, tan de polémica, tan relacionado con las de la prensa ultra, viva y ardiente en todo tiempo y lugar, pero más en aquel lugar y en aquel tiempo. Porque también en Forteza—*tu quoque*—

había, aunque de poquísimo acá, dos hojas bisemanales, enzarzadas en constante polémica, como cuadraba á aquella edad de la prensa que en verdadero estado de incipiencia allí, agotaba el repertorio de las frases gordas, de los improperios mortificantes, yendo en eso á quien más podía: *El Centinela,* que lo era de la libertad, y *El Combate,* de los carlistas. Aquél ponía como digan dueñas á los liberales y revolucionarios, de «masones, herejes, cismáticos, ladrones y asesinos.» *El Centinela* colgaba estos dos últimos epítetos á los cabecillas montaraces y aun á los no cabecillas, pero sí «fanáticos, obscurantistas é inquisidores.» Señalaba *El Combate* á la pasión fortense los *venerables* de Satán, burladores de Dios, al que conocían con el mal nombre de Arquitecto, y los pintaba «hombres perversos, de ocultas intenciones, comprometidos á la obediencia, obligados al secreto, con que lograron realizar y dejar en el misterio sus crímenes, y consumar las expoliaciones de la sec-

ta.» Y no era menos espeluznante la pintura en *El Centinela*, de «los antros de la reacción, sus obras y horrores, de que daba muestra en su doble condición de guerrillero y eclesiástico, el cura de Santa Cruz,» nombre también de un lugar próximo á Forteza, recordado de muchos vivos «por las venganzas, mutilaciones, torturas y asesinatos de la facción de aquella montaña durante la primera guerra civil, que esa era, concluía *El Centinela*, la obra de los reaccionarios inquisidores, de los que querían la hoguera y el auto de fe, no para castigar crímenes de los suyos, sino para sospechados delitos de intención y pecados del pensamiento, que era preciso esclavizar, á fin de que viviese la sociedad, siempre aherrojada en las cadenas del servilismo.» Papeles cantan. Decían en Forteza que el inspirador de *El Combate* era el Canónigo Cuñas. Verdad es que á éste le veían en todo y le atribuían todo. Era de lo principal entre las celebridades locales. Los enterados, y no eran mu-

chos, porque la ciudad, pequeña y todo, tiene muchos lados ocultos, sabían bien que Cuñas nunca se había dedicado á retóricas ni á gramática de la lengua. Lo que había era que el Canónigo consideraba conveniente aquello por el mucho efecto que hacía entre el vulgo de Forteza, y protegía y daba aire á la publicación, encomendada, por lo demás, á jovencillos salidos del Seminario, y que sin pasar del primer año de carrera, habían ahorcado los hábitos. En eso, los del órgano avanzado nada tenían que echarles en cara, porque ellos á su vez, el director y otro á lo menos, estaban en Forteza de regreso de la no lejana ciudad universitaria, donde tampoco habían pasado del primer año de facultad. Pero, en fin, al Canónigo Cuñas le gustaba y convenía aquel ruido y tiroteo del disputar periodístico, que ocupaba la atención, como la ocupaban y preocupaban otras discusiones harto más serias y características habidas en los soportales, en las esquinas, en las casas, en los claustros,

entre eclesiásticos y legos, si legos podían llamarse algunos en las cosas eclesiásticas, que todos los fortenses tienen muy en el alma, unos para servirlas, otros para aprovecharlas, para contrariarlas los menos. Porque de los mismos voceadores de la libertad, los más iban á misa los días santos, y de los mangoneadores que ostentaban la representación radical, también dejaban de ir muy pocos. Pero precisamente esas dobles naturalezas, eran las que los intransigentes, resucitados del bando apostólico, tenían por peores y censuraban con más acritud desde la propia tribuna sagrada. Ni faltó quien les contrariase desde esa misma tribuna, y fué tal sucedido de los que trajeron más alboroto, mayor excitación religiosa, comentarios sinnúmero, convertida la ciudad en campo de Agramante por ergotistas y dialécticos. Ya no era sólo en su aspecto en lo que parecía la románica Forteza una ciudad de la Edad Media. El Padre Nieto, fraile francisco, todo fe y caridad, escandalizó á cuantos

miraban hostiles ó recelosos un cambio de régimen, y, sobre todo, á los empeñados en retrotraerse á tiempos pasados, que de esos había para todos los gustos, desde los que se satisfacían con volver á los años que siguieron al 23, hasta los que se contentaban sólo con tornar á Felipe II, y algunos que querían saltar á los Reyes Católicos; quereres que si quedaran en tales, podían servir de honesto entretenimiento. No por malquisto con el pasado, ni por ponerse á bien con el presente, dijo el Padre Nieto del régimen nuevo, palabras de esperanza. Ponía en boca de las instituciones pasajeras, aquella hermosa y conocida frase: «Ten tú el tiempo que no ande, y tendré yo la forma que no se mude.» En el auditorio, que se apretaba en la nave del crucero de la Catedral, causó extraordinario efecto; efecto político, más comparable al de una Asamblea ó al de arenga dicha en la plaza pública; que la Catedral estaba llena de rumores, sordos al principio, más vivos luego, que

parecían precursores de alteración. Abrevió el sermón el Padre Nieto; pero ya había dicho aquello que cien lenguas iban repitiendo por toda Forteza:—«En las crisis de los pueblos se agitan las pasiones, se remueven los intereses, quizás con injusticia, tal vez con daño; accidentes pasajeros, efectos de la malicia humana que obra siempre... Pero también obra siempre y con efectos en tanto superiores cuanto es superior la causa, la gracia de Dios. Lo único que no cambia es Dios; lo único que para nosotros permanece, es la eficacia admirable de sus soberanos atributos. Tengamos confianza en que las instituciones nuevas, depurándose, corrigiéndose en lo que sea menester, servirán de instrumento á la Providencia para el bien de los hombres... Ni desesperemos por arrebatos y luchas, obligado séquito de las grandes transformaciones sociales. Nos lo enseña así la historia, testimonio de la verdad. Que los hombres nuevos oigan sus grandes lecciones, y se acojan á la justicia

y á la misericordia de Dios. Ministro suyo, en medio de tanta confusión, debo hacer oir palabras de caridad, voces de esperanza.» — Los quietísimos fortenses se alarmaron con alarma no en todos verdadera. En artes de fingimiento estaban muy impuestos, según voz popular, los escandalizables y escandalizados habitantes de la ciudad levítica. No levantaron tanto clamoreo los sones del himno de Riego trompeteados por toda Forteza. En éstos veían algo exterior, un desahogo, un trastorno acaso; pero aquello era signo de una gran perturbación moral, de una confusión que, por ser tan grande y por venir de tan alto, parecía destinada á volver el juicio de las gentes. Hubo quien llegó á decir que la fin del mundo debía de andar cerca.

D. Zenón de la Huerta, catedrático de latín en el Instituto, que lo había sido antes de griego, humanista, pensador, excéntrico y sexagenario, abandonó el apartamiento, de que era muy amigo, para defend

al Padre Nieto, ó mejor dicho, para atacar á sus detractores. ¡Cómo estaría Forteza cuando hasta el mismo D. Zenón salía á palmotear y vociferar en los corros!—«¡Miopes! decía el catedrático, no comprenden un alma así... Son facciosos, partidarios de los del trabuco... ¿Cómo han de comprender á ese bendito, á ese místico, todo amor á los hombres en Dios y confianza por Dios en los hombres? El busca la unidad en la doctrina por el convencimiento y la persuasión, no como otros, por la fuerza.» D. Zenón, dejando su pasiva frialdad, hablaba con relativo calor, en su siempre escogida frase. Pero tenía razón: desconfiado sólo de sí mismo, el Padre Nieto era cándido, crédulo cuanto á los demás, con optimismo propio de su caridad ardiente, de sus sentimientos afectivos y amorosos. La filiación era bien clara: el Padre Nieto venía directamente del Serafín de Asís; mas, como con razón añadía el catedrático, los comentaristas de Forteza no estaban por lo seráfico ni por lo

amoroso. Intervino el Prelado: no iba á coro hacía tiempo; pero sobró quien le llevase exagerada noticia, y cuentan fué de los primeros el Canónigo Cuñas. El Padre Nieto tuvo que aclarar en otro sermón los conceptos, tranquilizar los espíritus; y tuvo que salir en seguida á misiones, lo que tomó con el mayor gozo, con el mismo con que moría á poco, predicando también palabras de amor y de esperanza á las tribus salvajes que le aplicaron el martirio. ¡Descanse en paz el Padre Nieto, y que haya perdonado Dios á los que acá le inquietaron en su conciencia y á los que allá le mutilaron en su cuerpo, al par que entregaba su alma, más que sacrificada, santificada con tantas grandes pruebas!

Los avanzados de Forteza, tomando ocasión de tal suceso, multiplicaron las manifestaciones de contento, porque lo sintieran ó porque quisieran dar en cara á los otros. Para las luchas locales no era posible dar con arma mejor: nada que á tanto juego se

prestase, dado que allí todo había de girar alrededor de la Iglesia, única vida de la ciudad. No sólo con lo del sermón, sino con otras cosas que ya irán saliendo, se murmuraba mucho de Palacio. Era el muy digno Manuel, Obispo de Forteza, buenísimo señor, desinteresado, caritativo, blando de corazón—bienaventurado porque de él habrá sido el reino de los cielos,—pero rodeado, circuído por camarilla de sobrinos y familiares, en que sus bondades encontraban objeto y término. Donde ponía los ojos ponía la distinción, el afecto y la merced; pero como vivía dentro de aquel círculo, que con los años iba estrechándose cada vez más, en igual medida se limitaba el alcance de sus bondades, y, por otra parte, se volvía más restrictivo, más difícil, más intransigente el criterio, que fué siempre de mucha limitación y estrechez. Había que disimularlo ahora que se apagaba su entendimiento y su cuerpo estaba paralítico, punto menos que inerme.

Por su amplitud de miras, por sus originalidades—que no eran pocas—en el carácter y en el discurso, miraban los ultras de Forteza como sospechoso á D. Zenón, y además le tildaban de raro, y ya con eso creían descartarle y se permitían no hacer caso de lo que dijese. A su vez, D. Zenón, correspondiendo á esa enemiga, recelaba mucho el egoísmo de cierta religiosidad al uso fortense, con que algunos, por serles más provechoso y entretenido, otros por creerlo mejor, cambiaban en vida de religiosos la de legos, ó á la inversá, en vida de legos la de religiosos; trastrueques muy generalizados que censuraba D. Zenón con propias consideraciones y citando unos muy expresivos y elegantes textos de Fr. Luis. Igual se apartaba en su independencia de los de la reacción y de los del progreso, y estos mismos términos á que daban los fortenses valor absoluto y en que encontraban principal motivo de diferenciación, tenían para nuestro catedrático valor muy relativo

pues empezaba por no considerar claro lo que significa eso de reacción y progreso, que depende del modo de mirar y del punto que se toma para ver, y desde el suyo, y para él tan escudriñador del pasado, resultaba que nada era nuevo, que siempre se volvía á algo que fué. Por lo demás, D. Zenón abogaba por todos los pretéritos—y cuanto más pretéritos mejor, que en la Grecia clásica estaba su gran entusiasmo,—pero entendiéndolos, repito, muy al revés de todo el mundo y explicándolos con tanta erudición como ingenio. Rectificaba así á cuantos, insistiendo en un lugar común, achacaban el espíritu intransigente á herencia del tiempo antiguo, sin precisión de cuál tiempo por de contado, pues en las tradiciones de Forteza hubo antaño para usos y costumbres harto mayores tolerancias, para las ideas muy superiores amplitudes. De lo primero era demostración puesta á la vista de todos, la misma Iglesia Catedral, no sólo por la libertad y el desnudo de las figuras de los

Pórticos, sino por otras representaciones de los vicios, caprichos de la fantasía y aberraciones de la naturaleza, talladas en el coro. Cuanto á las ideas, notaba que «no en vano está llena la ciudad del recuerdo que perpetúan varios monumentos, del Obispo Deza, el más célebre en sus anales, tanto como lo fué en próxima y más importante Sede, el Obispo Muros, y fundador también de una Escuela de enseñanza abierta á todos, y en que el más vario saber se cultivaba. Enseñanza sin matrícula, democrática, como era razón siendo su fundador de humilde origen—aunque no tanto como el Cardenal Silíceo,—pero que por el gran valer y con el mucho trabajar llegó á ilustrísimo en tratamiento y méritos; en ciencia cultísimo, pero de criterio abierto y amplio; en el carácter firme, pero en el gobierno suave y hábil; en todo riguroso para sí, y tolerante para los demás. Y como el Obispo Deza, los que le siguieron—no siempre de cerca—en su espíritu y en el de protección á su obra.

«Ponderaciones con mal fin, contestaban otros, con el de rebajar á los actuales y para hacer creer que la respetable clase ha venido á menos;» que, en efecto, era lo que precisamente pensaba y decía D. Zenón, sólo que pensaba y decía lo mismo de todas las demás clases.—¡Si estará bajo el nivel, que se impone un Cuñas! En eso andaban poco justos los censores. No era Cuñas hombre de letras, pero sí de artes; reunía cuantas há menester un intrigante para dominar. Cualidades del espíritu sin duda inferiores y subalternas, pero bastantes para hacer de aquel tan poco hombre un gran manejador de otros hombres, empezando por la camarilla del Prelado, ó lo que tanto vale, el Prelado mismo, y continuando por el Cabildo Catedral; es decir, dominando en Forteza y en las conciencias de Forteza; incluso descuidando la conciencia propia para más y mejor velar por las ajenas. El Cánonigo Cuñas fué quien principalmente *revolucionó* las casas, y para eso le sirvieron

de mucho, de todo, las mujeres. Y es que las mujeres allí valen aún más que en otras partes, aunque no hay ninguna en que dejen de valer, tocante á cosas de creencias y de sentimiento; y como la vida de Forteza estaba concentrada en el sentimiento religioso, que en sus mujeres rayaba muy alto, tenían una fuerza y un predominio que desde luego vieron los del bando apostólico, el Canónigo Cuñas y otros—eclesiásticos y seglares,—que tenía que ser su apoyo muy principal, por la doble razón de la fuerza que cogían y de la que quitaban, creando á los avanzados el conflicto casero que tanto quebranta, estorba y molesta. Aldeiro, por ejemplo, tenía en su mujer una Magdalena que nada decía, pero lloraba mucho. Era una prima segunda suya, rara de carácter, poquísimo agraciada de físico. Dicen que tuvo un momento de agrado en los diez y seis, que fué cuando contando quince más Aldeiro, la tomó por mujer; y lo fué bastante buena, pero poco grata; mujer muy para

andar por casa, y aun por lo más retirado de ella, silenciosa y esquiva. También dicen si él tuvo culpa de que su carácter se empeorase, dando lugar á otros celos además de los de la política, que llegó á mirar, más que con prevención, con enemiga, sugerida por matutino consejero. Por todo eso se asió Aldeiro con tanto entusiasmo al sermón del Padre Nieto, rayo de luz para Magdalena; pero luz que se eclipsó con las aclaraciones y explicaciones del día siguiente, y con otras explicaciones y comentos que Magdalena recibió.

El Sr. de Aldeiro se inquietaba con la noticia de las violencias de la revolución en los lugares, y más aún con el predominio de la tendencia radical en el Gobierno. El era todo un progresista, acérrimo contra la opresión, que quería mayor libertad, mucha libertad; pero nada de laicismo, nada de la supresión del presupuesto del clero, nada de la ofrecida separación de la Iglesia y el Estado, todo lo que se traducía en Forteza

en exaltación, protesta y funciones de desagravios. De modo que Aldeiro, por influjo del medio en que vivía, era por dentro y en las intenciones un muy atenuado progresista; pero, por otra parte, blando, dejándose llevar, en la apariencia y en la obra era el instrumento para todo aquello, preso en las realidades del ascendiente político, en la posesión del soñado influjo, disponiendo en favor de los suyos, antes proscriptos, y en contra de quienes les vejaron, del poder que le daban su posición y su historia. Y después de tanto anhelarlo, no era caso ahora de perderlo. «¡Quién sabe—pensaba Aldeiro—si, separado él, el mismo Conde se compondría con los triunfantes! ¡Se ven tantas cosas!» Aldeiro tenía siempre en los labios la palabra libertad, como otros, á imitación de su caudillo Espartero, tenían la voluntad nacional. Fué rasgo esencial de la grey progresista el exteriorizar así sus amores, por lo que estaba muy en carácter Aldeiro, que de exterioridades principalmente

se pagaba. Más de una vez se le acercó Cuevas, el misántropo, el silencioso, un señor que sólo tenía de particular el aspeoto desaliñado y raro, el pelo, que blanqueaba, cayendo en guedejas rizosas y largas sobre el gabán verde; las barbas, también largas y desaliñadas y rizosas, que además subían hasta cerca de los ojos, pequeños y vulgares como la nariz, que con los ojos era lo único que descubría entre tanto pelo. El andar muy lento, su hablar muy bajo, muy silbado y muy desagradable al oído, al que se acercaba mucho. Era de los más venerables entre los hermanos de la sociedad secreta, de los que más constantes velaban por sus fines, de los que mejor se insinuaban para atraer prosélitos. Andaba armándole al Sr. de Aldeiro, tratando de envolverle, silbando siempre en sus oídos muy melifluas palabras. De amistoso reproche eran algunas, por ser tan claro, por espontanearse tanto en sus progresistas alardes; lo peor que podía hacerse en Forteza. «Hay que comba-

tir desde la sombra á los que maniobran en la obscuridad... Es la única manera de guardarse y de hacer daño.» Cuevas no lograba nada. Por lo demás, era cierto que en Forteza, pueblo atrasado si los hay, sólo impresionaba lo misterioso y oculto, y más que ninguna otra eficacia, tenían las sociedades secretas, la que nacía del misterio. De los de Cuevas eran varios que nadie tenía por sospechosos siquiera; ¡á tanto extremo llegaba su hipocresía y disimulo! Y no eran tan pocos como parecía los que en Forteza abrigaban espíritu antirreligioso, y de donde otros la adhesión tomaban la enemiga, por ingénita tendencia á llevar la contraria, por natural oposición á lo que domina, por malquerencia y recelo de los que aprovechan la dominación, mezclando, suponían, más de la cuenta lo humano á lo divino. Llevan en sí las dominaciones exclusivas y firmes, oposición que, no pudiendo traduc.. se en obra, es más honda y mayor en voluntad y el deseo. Del Seminario de Fo

teza habían salido así varios regalistas: allí cerca nació D. Crisanto Tercias; allí cobró sus malos siniestros, ocultos por apariencias y fórmulas de religiosidad. Eso es para los de Forteza algo así como el aire de familia, y D. Crisanto siempre lo conservó. De lo más franco ó de lo poco franco de Forteza era Aldeiro, que nunca alardeó de religiosidad superior á la que sintiese, ni nunca dejó de mostrar su fe liberal y progresista á la luz del sol, al aire libre, sin reparar en que, como Cuevas le decía, el sol, el aire, todos los elementos son en Forteza reaccionarios. Podían así hacer y hacían los de este bando mayores trabajos al descubierto; pero aun esos mismos, sabedores de la magia de lo oculto, buscaban muchos de los éxitos de la propaganda, que no sólo los de la conspiración, en el secreto y el misterio. Dijéralo el Canónigo Cuñas, que sin alabarse de ello, sin que se percatasen las gentes siquiera, iba rodeándose de personas de su confianza, de agentes incondicionales. Para algo y aun al-

gos contaba con la voluntad del Obispo. En vez, pongo por ejemplo, de nombrar por concurso y con propuesta curas en propiedad, iba poniendo ecónomos hechura suya—lo que traía también ventajas pecuniarias,—y además de ecónomos, vicecuras, tenientes, capellanes, todos de los que salían de fresco del Seminario, muy convenientemente preparados para obrar con eficacia, según se deseaba; y así, mientras los secuaces de Aldeiro coreaban sus soflamas magníficas, con bullanga y en son de guerra por las calles, el Canónigo y los suyos se ingerían en las casas tomando la ofensiva. Difícil era precisar dónde concluía la propaganda religiosa y empezaba la política; á bien que de propósito las confundían, y procuraban que los demás las confundiesen, sacando de esa confusión mucho provecho para la causa. ¡Singular hombre aquel Canónigo Cuñas, perseverante si los había, sabiendo callar tantc más que decir, achicándose en la contrarie dad y resurgiendo en cuanto podía aprove

char ocasiones de medro; y así, colándose, ingiriéndose, hasta llegar á ser el alma del Palacio episcopal y el mangoneador del Cabildo, no sin vencer antes en el Cabildo muchas hostilidades, y, lo que es peor, muchas repugnancias! Dominaba sin inspirar confianza, sin ganar los ánimos, valiéndose del predominio en Palacio para obtenerlo en toda la vida de Forteza; rodeándose bien, poniendo en alto los muy suyos, riéndose del digno apartamiento de algunos, no menos que de la entrega con reservas y tardía de otros. El Obispo, su sobrino y Cuñas, formaban la trinidad fortense. El Obispo hacía de Padre recluído en su augusta pasividad; Cuñas tenía el soplo vivificador; el sobrino, canónigo secretario, la firma y el sello. En el orden civil se *hizo* Cuñas con el buen Conde de Castro por oficios del que llevaba la mayordomía principal, el susodicho escribano Miñandres, muy diestro y aventajado, y de quien ya se empezaba á decir que no era él tanto de la casa del Conde

como la casa de él. Y Miñandres era uña y carne del Canónigo. Cuando llegó á casa de éste el cura D. Diego, mal trajeado, con cara de no dormir, en que al desvelo se unía la emoción, se halló con que había salido ya y con que estaba la casa en la mayor confusión: muebles enfundados, baúles haciéndose, ropas sobre las sillas, trastos en el suelo y polvo en todas partes. Llenando la pieza con sus voces, una mujercilla de mal talle, mala cara y peor perjeño, de pañuelo sucio á la cabeza, y polvorosa de la cabeza á los pies, colocada en medio de aquel revoltijo con un plumero en la mano, y teniendo de rodillas delante, una fámula torpona, á la que no cesaba de increpar por la poca traza que se daba en los arreglos. Al saludo de D. Diego contestó con un bufido, al que siguió un mal rumiado:—«¡Hum... ya vienen y apenas es de día... de mucho me sirvió madrugar... dichosa mudanza!» Metió co mal modo á D. Diego en el despacho de Canónigo, también en desorden, medio va-

cíos los estantes, mezclados y confundidos sobre la mesa libros y papeles. Doña Visitación le dió un número de *El Combate*.—«Tome y lea. Mi tío va *en* la Catedral... no creo que tarde.» Y se disponía á salir con aire desenfadado. El cura la retuvo.—«Doña Visitación, ¿sabe algo de mi hermano?»—«No sé ni de su hermano ni de nadie; sólo sé de mi mareo, y de que no me dejan en paz, y de que no sé cómo resisto.» Y salió con mal modo, dando un portazo. Don Diego, caviloso, metido en mayor curiosidad y recelo por la ignorancia de Doña Visitación, tuvo, mal de su grado, que entretener la impaciencia leyendo los dicharachos del periódico. De allí á un buen rato entró el Canónigo D. Higinio Cuñas, mostrando cara muy regocijada y con su punta de burlesca. Chiquito, de mal colocadas piernas, se ladeaba para andar con movimiento de oscilación de derecha á izquierda, que precedía y seguía al de avance. Albricias pensó D. Diego, que nunca le había

visto tan redondeado y orondo. Y efectivamente, antes que saludo y que ninguna otra cosa, entró diciendo Cuñas:—«Nuestro hombre está seguro... bien seguro... no tenga duda.» D. Diego se sentó, se arrellanó á gusto, satisfecho como no lo había estado desde que salieron de la feria la víspera, libre de aquella ansia, pero no de todas, que en seguida se le acordó su sobrina doliente y vió en su imaginación el lance terrible; Generosa robada al abismo por José. Debió notar su faz turbada el Canónigo, porque insistió en tranquilizarle, tomando su preocupación como motivo de chanza. Nada refirió Don Diego de la escena que, sin embargo, incesantemente volvía á su imaginación. Cerrada la puerta, próximas las sillas y bajas las voces, secretearon ambos eclesiásticos durante largo trecho. La mujercilla arrimó el oído á la cerradura: lo tenía por costumbre. Aquel día rabió mucho porque no c nada. Era más la ronquera, mayor el secr teo. Ya impaciente, empujó la puerta y e

tró á tiempo de oir:—«Puestos así en práctica todos esos medios, se precisa muy firme y rápida acción.» Y á tiempo de ver de frente la cara de D. Diego, que con signos afirmativos reflejaba asentimiento y confianza. Se levantó D. Higinio diciendo cosas indiferentes; ella, con su llavero sonante colgado del cinto, quedó parada, como preguntando con la actitud cosa distinta de la que preguntaron sus labios:—«¿Y cuándo empiezan á llevar los trastos?... Ayer tanto meterme prisa... ¿Te empaquetamos ó no tus cosas? ¿No dijiste que mañana dormíamos en la casa nueva? ¡Si pasaras lo que yo... el trabajo y la pena de dejar mi casita!»

—«Sí, mujer: cuanto antes acabéis, mejor... Arreglar entonces aquí, y nos iremos á otra parte.»—«No es por tanto, Higinio... Hablen, hablen... pero tiene una que saber.» Volvió á quejarse del trajín, extraordinario para ella, como que eran toda su vida la iglesia y el brasero, sentada en pequeña silla de paja, arrebujándose en el mantón,

entreverando ayes y ronquidos, y contemplándose en su tío el Canónigo, al que tanto admiraba; porque lo que decía ella: «Este supo elevarse del vulgo de Jaén.» Y para remate, el ronquido, y eso como el primer día, y ya llevaba quince años en Forteza. Cuanto á eso, tío y sobrina se hacían á maravilla el duo; que á él le llamaban en Cabildo el Canónigo *Ronquete*, más que por cierta habitual ronquera de la voz, por la característica de su tierra, el ronquido de los finales. Y el dejo jaenense, que es el dejo andaluz de menos gracia, agravado además con rara y desagradable mezcla, por la canturria del país, que también se les había pegado... ¡Oh qué oídos tan prontos, tan exactos, bajo aquellas orejas tan mínimas de Doña Visitación y bajo aquéllas tan máximas de D. Higinio!

Interrumpió las querellas y canturrias de Doña Visitación, un repique de aldabonazos... Era el insignificante Miñandres, que siempre parecía más adelgazado, tiritando

bajo la capa amplísima y larga, que sólo desembozó á medias; calado el sombrero, que no se quitó, hasta las orejas y sobre los ojos. Rivadorces les informó de sus trabajos; ya entraba el Abad de Failde, que anduviera tan reacio:—«Como es, de tanta cautela y tan tardo para todo, se resistía; pero las seguridades de recursos, lo que les dije de ustedes, le decidió. Voluntad no le falta: es un acérrimo y vale mucho... será el que más nos dé en el arciprestazgo de Tamouriz, y la gente de Tamouriz sirve. Con él hablé ayer en el día ocho. Por cierto que Rosa... la mesonera...»—«Bien sabemos.» —«Pues Rosa oculta allí una buena partida de armas.»

—«Sería mejor cogerlas.»—«Están bien: no hay duda... tiene seguros escondrijos para lo ajeno y para lo propio: no hay quien lo haya vuelto á buscar desde que fué de la gavilla del cojo de Tamouriz; entonces quedaron tendidos dos de la gavilla, y también hubo algo para el cojo; pero ¡ah, bri-

bón! se pudo escapar. ¡Qué lastima que no las pagase todas juntas!»

—«A lo nuestro, cura.» Y siguió la relación de los trabajos hechos, el recuento de las voluntades comprometidas. Se quejó de varios curas que pasivos, egoístas—así los llamó,—se encerraban en sus iglesias; refirió la indiferencia, la apatía de los propietarios en general. Miñandres contó en gran reserva, y para animar á D. Diego (era preciso mantener el entusiasmo en unos, transmitirlo á otros), que había anuncio de que muy pronto llegaría un importantísimo cargamento de armas á un puertecillo próximo. Preparaba las cosas para que el contrabando no corriese riesgos...—«Hay que untar mucho; pero no ha de haber cuidado. Bueno es, además, y para en el entretanto, que tengan armas reunidas, aunque sea, como dicen, de toda clase. Como son de las que tienen y conocen, las podrán usar sin dificultad y en seguida.»

Imposible que la mudanza se acelerase

como quería el Canónigo, párado todo para que Doña Visitación asistiese de oculto, detrás de la puerta, á la conferencia de los tres conspiradores. Seguía siendo su desesperación lo bajo que hablaban: debían ser cosas muy graves, importantísimas. Sorprendió, algo que decía el cura de Rivadorces, el que más levantaba la voz, algo de dar el grito y de las buenas condiciones para eso de tierra de Montealto, en la otra estribación de la sierra Areosa. Pero también la pareció oir negativas. Siempre bajaban las voces al llegar á lo que debía ser más interesante, según lo eran las actitudes que sorprendía Doña Visitación pegando el ojo á la cerradura, deslizando con verdadera ansia miradas inquiridoras. José, que llegó á poco rato y secreteó también por supuesto, salió pronto con encargo de tener sobre aviso su gente. Don Diego se quedaba en Forteza. Destroncado de tanto trajín, con el quebranto de tanta emoción, había menester cuanto descanso le permitiese el seguir al corriente de las cosas.

Cerrada la noche; después de la hora de queda, que fué en Forteza, hasta no hace mucho, la de la canción del cubre-fuego, ó su equivalente el grito solfeado de «tengan cuenta con *el* lumbre;» cuando se habían retirado ya las últimas voceadoras, las pescas que, andadas siete leguas, llegan anochecido, descalzas de pie y pierna, el refajo hasta la rodilla, á la cabeza la cesta plana, en que casi se remueve y salta de fresco el pescado,—y que lanzan por todos los callejones del pueblo su pregón, que empieza en nota aguda, valiente y sostenida, y cae en prolongación de tono grave, de final apenas perceptible; cuando ya no se oía ni chirriar de carros, ni gritar de chiquillos, ni otro ruido que el de las pisadas de algún raro transeunte sobre las losas del pavimento, dejando en lágrimas á Doña Visitación por ser la última noche que moraba en aquella casa, camino de la de Miñandres y acompañado de él, y como él muy embozado, salió el cura D. Diego, deslizándose callada-

mente (de *ocultis* según vino), para lo que hubo de desfilar, volver, girar y retorcer por porción de callejuelas mal alumbradas con faroles de mortecina luz, que servían para indicar el camino, pero dejándolo en sombras (en los soportales completa obscuridad, ocultadora de tapujos) y tropezando sólo con tales cuales embozados en capa ó manteo, que manteos y capas es lo que abunda en Forteza. Al día siguiente se efectuó la mudanza de D. Higinio al Hospital de Afuera, de donde había sido nombrado administrador. La conspiración no iría saliendo aún para otros, pero sí para el Canónigo Cuñas.





VIII

La importancia de la casa del Conde, la influencia personal de éste, su misma gran simpatía, avivaron y estimularon la persecución. Á él venían acudiendo en todo y por todo, así los vecinos del valle como los de Forteza, y aunque al decaer en su poderío eran bastantes los que se volvían—incluso de espaldas al pasar el Conde;—pero aun con ese y con otros pesares, la casa seguía siendo tan sonada y querida, que á la gente nueva se presentó como principal empresa, la de destruir aquel poderoso sostén de la vida vieja y tradicional. Era la simpatía del Conde D. Luis hija de su noble condición, de la

distinción no aprendida, de la natural llaneza, lo que fué también parte á aumentar la enemiga, el malquerer con que se emplearon en su contra las lenguas envenenadas de murmuradores y maldicientes. Le tachaban de relajado en costumbres y hasta de flojo en creencias, como si no le viniesen tan de casta y no fuesen tan firmes y confesadas siempre. Con las hembras se le atribuían muchas más amistades de las que realmente tuvo, que es materia esa en que generalmente se juzga por indicios, con lo que, en el juicio como en la obra, se suele pecar de ligero. La facilidad de trato con cuantos se le acercaban, y se le acercaban muchos maleantes, daba también frecuente ocasión á comentos. ¡Cuánto dió que decir el ver entrar muchas veces en la casa del Conde á la Lobezna, ladrona famosa, mujer machucha y desenvuelta, de singular disposición é ingenio, en relación con las gavillas, entre las que hacía oficios de corredora, llevando avisos, trayendo noticias, dando di-

rección y consejo; tan temida, que no había quien la delatase y sobraba quien la cubriese, y era fama que ella correspondía á esa protección evitando las violencias de que se conservaba en la comarca fresca la memoria y vivo el espanto: las torturas á los maniatados, el aplicarles aceite hervido, las mutilaciones que no se pueden decir, martirios verdaderamente inenarrables que acompañaron una póstuma desamortización: la de las peluçonas que guardaban en los arcones, cuando no en la viga de algún artesonado, los viejos abades y los antiguos señores! ¿Sería el influjo de la tradición y la fama que imponían respeto, ó el que tuviesen á las armas del Pazo, lo que le alejó hostilidad de las gavillas, ó serían, como dieron en esparcir los maliciosos, buenos oficios de la Lobezna y de José? En conclusión: donde se reunían los avanzados, y principalmente en su centro, la librería de Martínez, era cosa corriente oir que el Conde y el Canónigo no se paraban en barras, y que la gen-

te más perdida, la que antes valió á la casa de Gondar en elecciones, había de ser ahora la que diese defensores á la buena causa.

De los señalados y de los temidos era José, no por lo que hiciese, sino por lo que se sospechaba, y con anticipada sospecha, con prevención que le vino de su padre, otro José de quien sí se supo mucho, pero se inventó todavía más. Nunca fueron allí bien mirados los extraños, los contadísimos que llegaban de afuera, sin que se supiese cómo ni por qué. Decían que la madre de José era hermosísima mujer, hija de una tribu húngara ó bohemia, y que la sedujo y apartó de la trashumante vida otro desconocido y aventurero, tal vez de su raza, sin duda de la misma bohemia condición, que fué voluntario de nuestras revueltas peninsulares, la miguelista en Portugal y la carlista aquí, durante los siete aprovechados años que terminó José (que á pesar de su dramática hi toria y novelesco origen, llevaba el vulgarísimo apellido González) haciendo de la sierra

Areosa campo de sus nuevas empresas, pues pasado por su mal lo de faccioso, conservó lo de latro; pero los que eso dicen ó decían, cuidaban de añadir que aquella condición estaba poetizada por el valor personal, por el arriesgado espíritu de aventura. El hijo heredó con el nombre, la inclinación y aficiones del padre, cuanto á condición bohemia de la raza y atrevida y resuelta del carácter. Algo en su interior le empujaba: voz de codicia, instinto de aventura, fuerza de la sangre, nostalgia de ensueños con que había acariciado la maternidad sus primeros días; tierras lueñes y gentes extrañas.

En la sazón á que nos referimos, José González estábase hecho todo un gallardo mozo, que mostraba á la legua exótico origen en el aire desenvuelto y distinguido, y, sobre todo, en el rostro simpático, correcto, hasta clásico, animado por unos ojos muy grandes y muy penetrantes, cuando no entornaba los soñolientos párpados ó dejaba caer las largas cejas, dando al semblante

cierto aire mixto de soñador y adormecido. Aquel melancólico, que sólo dejaba de sonreir con expresión de amargor é ironía, en presencia de Generosa, era para la mayor parte un hombre de otro lugar ó de otro tiempo; era para quien tomase las líneas correctísimas de su filiación no dudosa, un oriental, un semita; para el supersticioso lugareño de Gondar, en que perduran los rasgos morales de la familia céltica—reserva, desconfianza y superstición,—aquel hombre debía ser un poseído del diablo, un *meigo* de seductores hechizos, un falso á quien ponían las cruces.

La frialdad y apartamiento de las gentes le hizo despreciador de ellas: mirábalas con esquivez, indiferencia y burla, que todo eso parecía reflejarse en su semblante. No le podía devolver el trato, la confianza que le quitaban los antecedentes, sino todo lo contrario. La excesiva independencia, la vi
aislada, el carácter desabrido, el misteric
lejos de disipar, aumentaban prevenciones

hostilidades. La superioridad del Conde y los suyos; la heredada idea, firme y persistente, de que con los Castros nadie podía (por lo que oían las gentes con incredulidad la noticia de su persecución y daño), explicaba que viesen á José con los del Conde sin sentir temor por ellos, pero no dejando de sentirlo por sí mismos. Conoció el Conde á José de chico: le encontraba al cruzar la sierra Areosa en numerosas y alegres partidas de caza á veces, otras solo, pues suponen le convenía así para perderse en el monte ó desviarse de él, y lograr en caza furtiva, presas que solían serle fáciles. Pero aun sin esos supuestos—sean cuento ó historia—encontraba bastante atractivo el Conde, cazador de escopeta y perro, observando cómo seguía éste los rastros, pendiente él de su rabo corto, meneado sin sosiego, y en el momento crítico suspenso, al ver cómo lo está el animal, tiesas las orejas, la cabeza alta, la actitud de avance, una mano en el aire ya, pero quieto, quieto, hasta que

oye el *entra* de su amo y salta, levantando en vuelo bajo y ruidoso el bando de perdices. Cuando iban varios cazadores, era de notar cómo los labriegos, alguno con arma de chispa, las mataban apenas salían, viles cacheteros; cómo otros las fogueaban de largo inútilmente, y cómo, en fin, cuando parecían fuera de tiro las perdices, echando un remiendo á los tiradores malos, el Conde, con su escopeta magnífica de dos cañones, bajaba un par de ellas. Los mismos cazadores, ó algún chico, velaban las fugitivas del castigado bando desde cualquier vericueto, y eso hizo varias veces José en las caídas de sierra Areosa, y por ahí vino el conocimiento; al Conde le cayó en gracia la seriedad de aquel guapo y silencioso muchacho, que por no hablar señalaba con la mano la dirección de las perdices.

Mucho más le gustaba á D. Luis la caza mayor, la del lobo ó el jabalí: aquel repartir los tiradores, formando cerco, en puestos es-

tratégicos; el entrar por la espesura en son de batalla, los hombres con la jauría ladradora,—animación que se vuelve anhelo cuando los sabuesos dan un grito fino, agudo, la señal cierta de que vieron la res, que van siguiendo en su carrera con aquel latricar que es casi aullido, en que el cazador experto nota, participando de ella, la emoción del animal perseguidor ante la visión inmediata del perseguido; el peligro de la dentada del animal, que de rabioso espumea; la suerte de atajar su huída derribándole con certero disparo; el vocear alborozado con que después todos lo celebran, cosas eran que entusiasmaban al Conde proporcionándole con las expansiones de la naturaleza las de la amistad, y con unas y otras los mejores momentos de su vida. Ningún práctico ganaba á José en escoger los lugares y en disponer las batidas, y por eso y por verle tan dejado de todos, le tomó el Conde en gran afición y estima, agradecida por José con toda su voluntad, al servicio de la del Conde siempre

pronta y resuelta. Por aquello que decía el Duque á Sancho, del ejercicio de la caza de monte, el más «necesario y conveniente para los reyes y príncipes,» de que la caza es una imagen de la guerra, «hay en ella estratagemas, astucias, insidias, para vencer á su salvo al enemigo,» todos dieron en presumir, y con razón, que la mano de José, que su astucia, andaba en las tramas que por allí se urdían. Volaba el pensamiento del encerrado Conde, desde los proyectos de guerra á la imagen suya, los episodios de caza, pasando de las esperanzas de libertad á los recuerdos de aquélla tan grande, y sentía en sí, y en aquél respecto, lo que la libertad vale y es, pero sin que en nada tal cosa influyese para dejar de querer quitársela á los demás. Sospechándole oculto y encerrado, el Sr. Aldeiro ponía en labios de su antes temido rival aquellos conocidos versos:

Ya me comen, ya me comen,
Por do más pecado había.

Estaba el espíritu de D. Luis lleno de deseos y preocupaciones, pero libre de los pensamientos graves y hondos á que da ocasión y lugar la vida de encierro, más en encierro como aquél, que no era otro que un escondrijo de la Catedral, del vasto edificio, de la gran mole que ocupa una inmensa área del pueblo, y que tiene iglesia alta y subterránea, y cripta en lo religioso, y además, al otro lado del claustro, oficinas, sala capitular, fábrica, tesoro y porción de lugares ocultos, de que era uno el aposento en que estaba el Conde, inmediato á la sala capitular, pero tan secreto que, por serlo de todos, lo era de los mismos capitulares. Una catedral es un mundo, por lo que tiene, por lo que significa y por lo que sugiere. Desde el angosto y abovedado recinto, que por ventana de dos estrechos y cerrados arcos, separados por columna de gracioso capitel, recibía luz del amplio y hermoso claustro, también románico, veía el Conde levantarse airosa la torre de transición al ojival, la torre alme-

nada, decoración que para hombre de otra fantasía, hiciera de tal prisión olvido apetecible del mundo y deleitable refugio del arte. Gustábanle de éste otras plasticidades, en muy distintas y menos elevadas manifestaciones. Suele hallarse más sentido de arte en la ignorancia del vulgo, que en el corriente saber del no menos vulgo que viaja y ve, pero no comprende ni siente. En comprender se igualan; pero sienten harto más los aldeanos que arrastran las *zuecas* sobre las losas de la Catedral, fija la vista, suspensa la atención con las proporciones del templo, la altura de los sobrepuestos arcos, la largueza, divisada desde el crucero, de las obscuras y misteriosas naves: por de contado, les impresiona la grandeza, sienten el misterio. Y sienten también impresión extraña, no definible, ante el rico pórtico de Oeste, los adornos de los capiteles, tomados de la naturaleza, otros historiados; por basamento, monstruos en que se apoyan las columnas, y sobre éstas y en las archivoltas, san-

tos de apretados pechos y salientes ojos, faltos de formas, escasos de regularidad y proporción, pero de extraordinaria idealidad. Hay cierta correspondencia entre el estado del arte que legó aquella obra y el estado de espíritu del labriego que la contempla. Es más: si éste que ciegamente admira, sintiese un soplo de inspiración, haría, dados los medios de ejecución que posee, algo á aquello semejante. José era de los devotos inconscientes de la Catedral; precisamente del número de los más devotos de la Catedral que de los santos que allí se veneran. Eran muchos los que, aunque no malquistos con los santos, iban sólo atraídos por la Catedral, y así no visitaban otras iglesias, pero sin que por eso distinguiesen ó separasen lo que tiene la Catedral de arte y lo que tiene de religión. A bien que ni tales distingos son propios de todos, ni cabía hacerlos sino con la mente, que lo que allí hay de expresión artística es lo mismo que hay de revelación religiosa, puesto que fue-

ron una misma en el espíritu del tiempo y del artista que las creó.

No iba ni una vez José á Forteza que dejase de visitar la Catedral: vagaba bajo sus naves obscuras; se perdía en los lóbregos rincones de las capillas, oyendo de lejos la salmodia de los sochantres, y viendo de cerca, como ha dicho describiendo otra Catedral insigne poetisa, las viejas que pasan por los vastos, obscuros corredores, silbando Padrenuestros y Salves. Acabados los cantos del rezo, el silencio imponente y augusto estimulaba su imaginación y parecía velar su faz por mayor melancolía. Los silenciosos soñadores, los melancólicos retraídos, tienen satisfacciones íntimas, hondas, pero que llevan consigo cierto tormento interior, extraño á las vulgares alegrías. José, en medio del abandono en que estuvo, y precisamente por ese abandono, vivió siempre cierta vida íntima, aprendió á no cansarse de sí mismo. Donde más á gusto estaba era donde el Conde le conoció: en la soledad de la

naturaleza. La ciudad se le venía encima con enojos de que sólo le libraba la Catedral. Ni era, como pensó alguien—aunque estuviese muy puesto en razón pensar de ese modo en Forteza,—que quisiera mostrarse bueno, buscando por ahí el reconciliarse con la sociedad. El espíritu de José, tan bizarro, tan indiferente y tan burlón para cosas del mundo, sentía ante la influencia de lo sobrenatural una turbación y un respeto, en que andaban mezclados la creencia religiosa y el supersticioso temor. Muchas veces le sorprendía en la Catedral la puesta del sol, que proyectaba sus últimos débiles rayos sobre el pórtico, iluminando á patriarcas y profetas, ángeles y serafines que semejaban animarse, parecían rebullir, mientras el crepúsculo los iba dejando confusos é indistintos en la penumbra, hasta desaparecer entre tinieblas, fríos, extáticos, yertos, entregados al reposo de su sueño, representación del sueño de la eternidad. Quedaba todo el templo en sombras,

despejadas inciertamente en la capilla mayor y en tal cual otra, por la luz débil y oscilante de las lámparas. Uno de los anocheceres en que José, enfermo de cuerpo y alma, prolongó su estancia en la Catedral, le ocurrió raro caso de alucinación, singular fenómeno de espejismo. De pie frente á una de aquellas capillas, que iban quedando en sombras, interrumpidas con la claridad agonizante, la llamarada súbita de luz de la mariposa, que sin aceite moría, José, el cuerpo apoyado en una columna, abandonada á libre vuelo la mariposa de su imaginación, no apartaba un punto los ojos del altar, que quedaba en tinieblas, interrumpidas por las últimas y más vivas llamaradas—lo inmediato á morir siempre por un esfuerzo revive,—que iluminaban la imagen de la santa, en que vió José, no por obra de la realidad, sino por arte de la imaginación, el rostro mismo, la imagen fiel de Generosa. Era su fascinador mirar aumentado con la fijeza, su sonreir idealizado con la placidez.

La última llamarada, la que subió más, pareció infundir movimiento á la virgen, como si intentara adelantarse, como si quisiera romper á hablar; extinguida la luz, en completa obscuridad la capilla, sobrecogido y absorto José, le sacó del arrobo y del ensimismamiento en que permaneció buen rato, el guarda, que anunciaba cerrar, sacudiendo en medio de la nave central su gran manojo de llaves. Salió fugitivo como alma en pena, que de tanta pena como gozo le sirvió la visión, la pesadilla. Sonó con ruido seco y fuerte detrás el cerrar de las numerosas puertas, el correr de cerrojos, y la imaginación de José volvió de su ensueño, pero no se recobró su espíritu del sobresalto...

Tiempo hacía que por su lado Generosa andaba caída y mustia, y sin que lo notasen los de fuera, porque entre gentes, las muy raras veces que salía, recobraba, como recobró en las Traviesas de Boente, su animación y viveza. Con facilidad grandísima pasaba del decaimiento á la excitación: des-

mayos y desvanecimientos unas veces, otras crispaduras y sacudimientos nerviosos, pero sin que el médico del partido la encontrase nunca cosa de particular en pulsaciones ni temperaturas; sin que su distraída familia poco ni mucho se alarmase. La crisis violenta, el sacudimiento grave, pasó entregada Generosa á manos mercenarias. D. Diego seguía en Forteza; eran muy críticos los momentos, muy necesarios de aprovechar si se había de hacer algo; pero no todos respondían con prontitud: muchos de los que ofrecieron, decaían; otros, sin decaer, veían dificultades y las causaban mayores, y eso traía complicaciones con las largas, con el malestar, que era vecino de la desesperación, en el ánimo de D. Diego. Así que ni pudo volver al Pazo y torre de Gondar á pesar del mal de Generosa, que por las referencias mitigadas no juzgó mal de cuenta, y no creyó debiese interrumpirle y complicarle las suyas, harto más graves. D. Diego sentía entonces que no hubiera podido arre-

glarse con la celeridad que él quisiera, la boda de Generosa con Taboada de Presende. La cosa pública obligábale á tener en abandono, no sólo las privadas, sino el mismo ministerio parroquial. Como era por la causa de Dios, Dios le perdonaría el abandono. Al fin, del mejor cumplimiento de los deberes se trataba, volviendo por el poder de la Iglesia, procurando dotarla de recursos de que se la privó, entregarla medios de acción morales y coercitivos. Con el mayor influjo y brillo de la Iglesia se enlazaba lo que un Silva, aunque vistiese hábitos, no podía olvidar: el predominio de la casa. Más que el mismo Conde soñaba D. Diego con esa restauración, que cambiaría los actuales vejámenes por el mayor esplendor, el más grande auge de la familia; y aquí de su principal proyecto, el más acariciado y el más oculto: casar á su hermano, cincuentón casi, como varios antepasados, que habían buscado también en matrimonios tardíos, sucesión directa, de antaño seguida

en línea de varón, para bien de la casa y conservación del nombre. Tanto como el deseo de fijar la situación de Generosa, movíale á quererla casar pronto, aquel secreto proyecto; porque, eso sí: lo de Generosa tenía que ser antes. De una parte estaba llegada su sazón; y aunque la belleza de Generosa no era de las que viven sólo de la frescura de los primeros adolescentes años, pero las circunstancias de su condición y origen aconsejaban darla pronto el nombre y el amparo de un marido. Criada en el abandono, consentida en los caprichos, libre y suelta, parecían de muchacho sus modales, y de muchacho eran sus aficiones. A cierta propensión natural, á la heredada, se unía la circunstancia de haber desconocido la relación de madre, la de haberse criado entre hombres. Creció sin amigas, y fué mucha ventaja, dado el abandono que con ella hubo, porque á las muchachas el trato de unas con otras las malicia y enseña mal y á destiempo, dándolas el saber á medias y el

preocuparse por completo, de cosas que no las debían importar; y eso hace que pierdan prematuramente la franqueza y la alegría de los caracteres infantiles y las pone sobre sí, y á unas las encoge el ánimo con desconfianzas, y á otras se lo estimula con envidias, y á todas trastorna y perjudica con deseos é ilusiones fuera de ocasión y lugar, que, cuando no las costumbres, vician los sentidos y manchan el alma. Fué, pues, singularísima ventura que en vez de esas pláticas de la niñez próxima á la mocedad, en que se dicen al oído tantas cosas que son para calladas, asistiese, interesándose mucho en ellas, á las discusiones políticas del Pazo, á las predicaciones guerreras, lo que tanto hablaba á su fantasía, entregada, como su voluntad, más que al padre, al tío, complaciendo así al padre, también entregado á D. Diego por completo. Pero precisamente cuando las predicaciones, que siempre tomaron tonos de arenga, anunciaban tomar formas de realidad, fué cuando más notó aquel

decaimiento Generosa, que oía con completa sumisión de pensamiento, pero cada vez con mayor indiferencia de la voluntad, antes tan resuelta y tan pronta. Por muy ajeno que esté el espíritu á las cosas del sexo, obra es del instinto que el sexo se revele: lo que no pudieron las miradas apagadas y mortecinas, además muy prontas á tornarse, del vergonzante enamorado Taboada de Presende, lo logró el mirar resuelto, sostenido, franco, de José. En Generosa no había nada de ese juego de entornar los ojos, de bajarlos, de volverlos; y como eran ojos grandes, expresivos, también de mirar sostenido y franco, resultaba entre ella y José cierta manera de semejanza y conformidad que mutuamente les interesaba á mirarse, no cambiando rápidas ojeadas, que son guiños de pasajera inteligencia, sino con sosegado mirar de tranquila fijeza: en Generosa, sencillo; en José, de puro dejar de ser lo, casi candoroso,—fuego que por empeza lento sería de efectos muy seguros y má

seguramente destructores. Al alma de Generosa llegó José, haciéndola sentir emoción y alegría, obra de sus expresivas sonrisas, que eran la misma simpatía con aires de bondadosa, la propia gracia con asomos de truhanesca. La llamaba al mismo tiempo á sí, la atraía José con atracción violenta, peligrosa, como de abismo, llenándola de preocupaciones, al clavar en ella sus ojos con aquel mirar persistente y sin pestañeo, llenas las facciones de una seriedad grave, de una inmovilidad que fijaba las líneas correctas y clásicas de su rostro. La representación exacta de José, de aquellas mudanzas en su gesto y en su expresión, fué constante argumento de las cada vez más exaltadas fantasías de Generosa. Así caldeado el ánimo, herida la imaginación, tirantes los nervios, llegaría al sacudimiento mayor, al del lance de la caída, al que amenazó quebrar su naturaleza ó trastornar su juicio...

En José, los episodios amorosos de la

vida ambulante y bohemia, habían sido fáciles y corrientes y entre gente de su laya ó cosa parecida, por lo que llevaba ganada la partida con sola la presencia. La ligereza propia de su espíritu y costumbres, hízole poner los ojos en Generosa. Que se agradaban José y Generosa, varias veces se lo tenían dicho, pero de lejos siempre; que aquélla debió ser en sus principios, una de esas ocasiones en que los ojos se entienden y los espíritus se ignoran, ajenos á lo que es obra del sentido y tiene en el sentido recreo y término. Pronto la mutua afición había de ganar los ánimos; tratándose de mozo tan gentil como José, no cabía dejar de sentir curiosidad, que es por donde las mujeres empiezan á perder la indiferencia; y tratándose de figura como la de la Infanzona, no era fácil librarse de sentir impresión, mixta en José de simpatía y respeto; aquélla por ser moza tan garrida, ésta por hija de su venerado protector. Ante la idea de que Generosa adivinase los sentimientos que le

alarmaban con pujanza creciente, se recató José de verla: el temor, á un tiempo mismo contrarrestaba y avivaba su deseo. El dramático suceso en que fué salvador providencial, puso á José como fuera de sí, perturbado el sentido, dolida el alma, preocupado y taciturno. No de otra suerte en Generosa el deseo y la privación, avivaban las llamas ardorosas que consumían con resquemores su cuerpo y enloquecían su alma, enlazadas y sostenidas mutuamente la dolencia física y la moral; mal de amores que necesita por remedio comunicación y correspondencia, en vez del aislamiento, del abandono, de la soledad en que vivía Generosa.





IX

En los soportales de plateros comenzó á decirse, y no hubo soportal ni ningún otro rincón de Forteza donde no se supiese. Eso sí: cuando ya lo sabían todos, se lo repetían aún con el mismo misterio, en la misma completa reserva, y todos volvían del asombro, de la extrañeza en que les tenía el ver salir del Hospital de Afuera al administrador que siempre habían conocido, al que era también fabriquero y arcediano de la Catedral, al Sr. López Amado. Canónigo de buena cepa, de finos modales, de airosa figura—ya lo decían las señoras de Forteza: «la mejor figura del Cabildo,»—llevaba sus setenta y tantos años,

tan erguido y derecho, tan bondadoso y amable, en su afición nunca desmentida al trato social, que le hacía frecuentar por gusto las casas buenas, y por caridad las malas y pobres, no habiendo alegría y desgracia, boda y bautizo, enfermedad ó muerte, en que no estuviera ó de duelo ó de padrino, ó en cualquier forma de asistente, cuando no estaba de oficiante. Tenía, sí, para cuantos lo hubieren menester, el buen servicio, el sano consejo, la limosna sin tasa. Empleaba en caridades todas las rentas propias; después las donó y las vendió en parte, para atención y sostenimiento de las buenas obras, que eran todo su afán, y más gastaba cuanto más viejo era, «porque cada vez, decía, necesitaba gastar más y guardar menos para vivir.» Y en efecto: limitaba en todo los gastos propios menos en lo que dijese relación al cuidado de la persona, á la pulcritud y limpieza. En lo que también miraba como propio, en la administración que tenía desde el año 45 del Hospital de Afuera, no había

gasto que omitiese en el buen cuidado de los enfermos, ni economía que no lograse á costa del buen orden, de la extraordinaria vigilancia de una administración modelo. Desde el 45 se hicieron muchas obras, mejoras inteligentes y prácticas, que exigía el edificio antiguo para la beneficencia moderna; se aumentaron las salas y los enfermos, y, sin embargo, se hicieron grandes economías. Era un edificio inmenso, sin otro mérito que el de la magnitud y grandeza, mole de granito adornada en la fachada del Hospital y en la de la iglesia contigua con toda la profusión y el mal gusto, de muy tosco churriguerismo. Aquello sólo se debía ver, por los lados,—las paredes desnudas—ó de lejos,—la magnitud del edificio—ó por dentro,—las piezas altas y espaciosas. La parte de habitación reservada al prebendado administrador—salones todos—era casi tan grande como el palacio del Obispo. Se vivía allí señoramente: las paredes pintadas en colores obscuros, sillas de ancho y alto res-

paldo de madera y asiento de terciopelo, iguales á la de la sala capitular; sillones de cuero, lámparas de cristal de roca, y algunos cuadros que no llegaban á notables, pero pasaban de buenos... De arte pictórico lo mejor de Forteza, pues ni en la Catedral, ni en el Seminario (antes Monasterio), ni en los palacios viejos, había de pintura apenas nada. Pero sí vajillas antiguas excelentes, de Sèvres y Sevilla, y buenas de Sargadelos; mucha plata de servicio, porción de hermosas bandejas repujadas, del Renacimiento algunas. Doña Visitación, al ver todo aquello, lloraba; los que la veían creyeron que de gusto; pero ella dijo que eran lágrimas de pena por su querido rinconcito. La pobre había de estar mucho tiempo sin poder acostumbrarse. Algo había, sin embargo, de verdadera preocupación: con fino y certero instinto vislumbraba que el Canónigo tendría muchos má enemigos. Quien recibió muy honda pena mezclada de muy sincero arrepentimiento

fué el Canónigo López Amado. Torpeza, descuido, imprevisión, de todo eso se acusaba, como si él fuera el culpable de la codicia ajena, á que dió ocasión, que en su recto pensar y proceder nunca pudo sospechar, acumulando tantas y tantas economías... Mil onzas de ahorros y todas las rentas del Hospital en orden, y los servicios como nunca! ¡Mil onzas! ¿Qué mejor empleo podían tener que la defensa, la salvación de la sociedad? Así lo pensó desde un principio el Canónigo Cuñas, que por algo y para algo conocía todo lo secreto y oculto de Forteza, que era en Forteza lo de más valor, lo de mayor interés; así lo acordó la Junta, el mismo Cuñas, el susodicho Miñandres; el Conde, que solía faltar y faltó en aquella ocasión, un procurador pariente y hechura de Miñandres, y el sobrino de Su Ilustrísima.

Por su mal tropezaron con la resistencia de una voluntad tan firme como la del anciano Canónigo: todos los razonamientos fueron vanos, todas las ofertas inútiles. La

intriga ganó otra voluntad harto más fácil, aunque colocada más en alto; voluntad de responsabilidades muy atenuadas, si no de todo punto exenta de ellas, que por aquellos días cayó Su Ilustrísima en mucha mayor postración, y sólo le quedaba, muda la lengua y velada la vista, un movimiento ligero de la cabeza, con que parecía asentir cuando los familiares convenientemente le interrogaban, y el brazo derecho suelto y expedito para la firma; la paralisis había atacado al lado izquierdo, y todo él quedóse inerte y fijo. Firmada la orden de entrega por el Obispo, el Canónigo López Amado, que no podía desobedecer y no quería cumplir lo que juzgaba atroz expoliación, salió del hospital contristado de no salvar el dinero de los pobres, pero tranquilo en cuanto ponía á salvo su conciencia. Con su alejamiento facilitó de todo en todo los planes de Cuñas, que encontró fondos para la buena causa y buena administración para sí. López Amado no tuvo desde entonces

día bueno: ni un momento dejaba de condolerse, de querellarse, de que así desapareciera en manos pecadoras el dinerito de los pobres...—«Ni respetar el fin benéfico... ya no podían decir mal de Mendizábal.» Más sintió López Amado la expoliación del hospital, que su desgracia propia. Porque sucedió también que el Canónigo, materialmente falto de recursos, necesitó de algunos que había anticipado por favor y sin interés, á persona de la ciudad que no quiso decir quién fuera, como tampoco quiso decir cuánta era la suma. Pero sí refirió en todos sus detalles singulares, la escena en que el deudor, presentándose al pago con toda premura, pidió el recibo al Canónigo, y en cuanto lo hubo entre las manos, con gran prontitud y frescura, lo rompió allí mismo en mil pedazos, añadiendo muchísimas gracias por quedar así liquidada la cuenta, ofreciéndose para lo que gustase mandar, y dando media vuelta y marchándose sin dejar acción al Canónigo de hacer ni decir

cosa alguna, mudo del pasmo y corrido de la vergüenza de ver escándalo semejante. Ni desahogó sino entre algunos íntimos, y siempre ocultando el nombre de la persona conocida, la mucha impresión que le causó tal muestra de la maldad humana. El caso, aunque referido á muy pocos, transcendió á varios, y de varios á muchos, y acabó por ir sabiéndose de todos; y al mismo tiempo y en la misma forma, fué creciendo y extendiéndose la sospecha que, nacida tal por referencias de criados y vecinos que en aquel día vieron á Miñandres ir de visita á casa del Canónigo, fué haciéndose sospecha más firme y llegó á ser creencia popular, según corrieron voz y noticia. Lo que quiere decir que el certero instinto del pueblo, por intuición y adivinanza, y ya sin necesidad de referencias, supuestos ni comprobaciones, afirmó por cierto, y sin admitir contradicción, que el culpable no era otro que el buen Escribano, señalado antes por la mano de Dios y ahora por la justicia del pueblo. An

daba en todos los labios el nombre de Miñandres; pero dicho muy bajo, sin que sonase apenas; que el Escribano tenía entre otras famas, y más que ninguna, la de empapelar en un periquete á cualquiera, con sus artes de curia y su ascendiente en el Juzgado. Varias veces se anunció que Miñandres iba á ser perseguido, y no por la justicia y como curial de semejante laya, sino por el Gobernador y como político; pero á bien que aunque tales voces se esparcieron, y él con fingimiento se ocultó varias veces, nunca tuvo por qué temer, y nadie más seguro; lo que deseaban y aun procurarían los revolucionarios fortenses, era que en el otro bando prevaleciesen y fructificasen los Miñandres. Mucha fué la contrariedad, grande el desasosiego, pero no menor la insistencia con que el Canónigo Cuñas negaba la atroz calumnia. ¿Sería tanto como la insistencia el convencimiento? ¿Podría eximirse Cuñas de la duda que tocaba á los más allegados á Miñandres? Y aunque la

duda terminase en negación, ¿cómo había de ver tranquilo que aquello en el espíritu del pueblo era una verdad, y en el espíritu de Dios, que permitía lo fuese, ejemplaridad y justicia purgadas por Miñandres con ocasión de ésta, infinitas iniquidades de las que no dejan rastro legal, que muy ocultas se van sabiendo, y en lo que no adivinando, tejiéndose con caracteres innegables de moral certidumbre, fama tan bien puesta como la que Miñandres disfrutaba? Pero supo éste colocarse bien y relacionarse mejor, ligándose á lo principal de Forteza por vínculos de política, y tales, que en su caída podía arrastrar á muchos y valiosos, viniendo así á encontrar auxilios, donde debía hallar condenación.

Miñandres era muy murmurado, pero muy atendido: los mismos que en privado le ponían como digan dueñas, en público no perdían ocasión de saludarle, y aprovechaba cuantas podían para servirle. Sería desd luego temor más que devoción; pero ello e

que á medida que su mala fama aumentaba, su real poder y su aparente consideración acrecían. El Canónigo Cuñas le defendió con todas sus fuerzas y logró que bastantes rechazasen lo del pagaré roto, y algunos se abstuviesen de hacer tal acusación entre gentes á que llegaba su influjo; pero á todo influjo se escapaba y escapó el juicio del pueblo, el de la masa general; juicio que no se sabe dónde nace, por dónde se comunica y de dónde cobra fuerza, y por lo mismo ni se evita ni se ataja, y al cabo á todos se impone, si no como certeza, como sospecha y duda, que flota alrededor de la persona señalada, formando una atmósfera de imposible saneamiento. A bien que hombres como Miñandres, ya parece que han nacido para vivir en esa atmósfera. Andaba Cuñas con cara de pocos amigos, él que tan grande solicitud ponía para buscarlos, y eso contrarrestaba sus satisfacciones, de las que era principal, el ver caído en desgracia al Canónigo fabriquero. Y no por razones

de carácter personal, en lo que tenía de personal la desgracia (de que fué como compañero á condolerse), sino por lo que le perjudicaba para sus planes la influencia en el Cabildo de López Amado; influencia tenida á su propio pesar, sin saber ni preocuparse de ella, obra con que su virtud, en lo que le daba de ascendiente, se contrariaba á sí misma en lo que tenía de humilde y quería tener de oculta. Ajeno á bandos y á intereses de bando, de los que tanto se agitaban en *la cabilda*, López Amado, por su respetabilidad y buen nombre, era oído y atendido por los más, y varias veces había evitado que prosperasen planes de intriga, cábalas y enredos de Cuñas. ¡Qué condición tan distinta y aun opuesta la de ambos Canónigos! López Amado enteramente extraño á la política, que con su vida, y algunas veces con sus frases, censuró á los intransigentes, á los que principalmente se mostraban religiosos en política y políticos en religión. A propósito de lo cual solía decir D. Zenón de

la Huerta que los religiosos superficiales, los que tienen la religiosidad muy en la apariencia y á la vista, pero no en lo íntimo, son, por obra de su misma superficialidad, intolerantes y exagerados; mientras que aquéllos que tienen la religión dentro, en lo hondo del alma, por caritativos y mejor pensados, son tolerantes y benévolos. Ejemplo vivo—concluía citando,—el Canónigo López Amado, constantemente zaherido por los intransigentes, que no le perdonaban tolerancias, como la que le llevó á tener amistades con el mismo Sr. Aldeiro; pero se lo perdonaban, y lo que es más, agradecían, los pobres de Forteza, pues el Canónigo encontraba siempre dispuesto el ánimo del progresista á la compasión y á la caridad.

Mientras andaban en tales comentos, la revolución, sacando todo de sus quicios y al Cabildo de la tranquila existencia de que era reflejo la del Canónigo López Amado, dió campo á vida agitada por la intriga y la conspiración, y puso en plena luz y en gran

relieve la figura de Cuñas. Aquello que practicaba y decía el benévolo López Amado, de que á la política antepone el Catecismo la prudencia, y á la fortaleza hace seguir la templanza, no rezaba con Cuñas y con el buen número de canónigos que le seguían, todos encendidos en su espíritu batallador, en su anhelo de lucha, avivada por todas partes aquellos días; que soplaban donde quiera, pero en Forteza muy principalmente, vientos de fronda.





X

Y VUELVO á mis recuerdos de la niñez, los primeros, los más lejanos; pero á pesar de eso, los más vivos de mi existencia. La sorpresa, el temor, la expectación de extraordinarios y graves sucesos, comprendí más tarde, hasta qué punto formaban una atmósfera que con su densidad pesaba sobre los ánimos y trastornaba las imaginaciones. Entre tanta indeterminación y vaguedad, la propia de los extraños sucedidos, y de las misteriosas referencias, añadida por el correr del tiempo, que á su antojo desdibuja ó borra líneas, achica ó agranda figuras, veo precisa y clara la de nuestro constante tertulio, el catedrático D. Zenón,

la presencia más venerable, la voz más autorizada de Forteza. ¡Inolvidables veladas las de nuestra casa á prima noche, y noche mal alumbrada por pobre luz de viejo velón de aceite, que dejaba en sombras la mayor parte del salón, hoy, por el cambio de cosas y de tiempos, convertido en almacenaje! Todo era negrura y humedad paredes adentro, y paredes afuera negrura y verdor, interrumpido el gris obscuro de la cantería, por la vegetación musgosa que nace en las junturas y sirve de remate á las cornisas. ¡Inolvidable casa, inolvidables tertulias é inolvidable D. Zenón, su constante protagonista! Parece era ayer cuando llegaba sacudiendo sobre los hombros el húmedo *montecristo*—llovía á cántaros, y en el patio de casa el ruido del agua de cuatro canalones, cayendo sobre las losas, imitaba freir de pescado;—y sin quitarse el *montecristo*, que no era cosa de desabrigarse en lugar de tantas corrientes, sustituía el sombrero de trasnochada moda, que era como de media copa y en muy mal uso,

por un gorro bordado en oro: ese oro y el de las gafas, realzaban la ancha y grave faz de aquel señor mayor, humorista, decidor y festivo, cuando no le inquietaba el temor á la obra de revolución ó de reacción, igualmente obra de desorden, que la condición mansa y tranquila del catedrático rechazaba. La tertulia de nuestra casa fué por aquellos días, reflejo de la situación de las cosas. Eramos menos: sólo personas tan constantes como D. Zenón y tan vecinas como el Canónigo Amado, buscaban invariablemente, después del imprescindible paseo en los soportales de la plaza, el reparo del pocillo de chocolate, la golosina de algún dulce, y, sobre todo, la noticia y el comentario á la noticia y el vaticinio de lo que vendrá, desahogo de todo punto necesario á los espíritus. Días atrás no dejaban de concurrir algunos otros, y con tanta puntualidad como D. Zenón, su contradictor en todo y por todo, el catedrático de Geografía, hombre de buena edad, pero que guardaba los entusiasmos

de la primera juventud; entusiasta, exaltado, lleno del espíritu tradidional, fortense hasta la médula de los huesos, enamorado de su ciudad, la ciudad santa y bélica. Dios y guerra eran la voz de aquel exaltado, que parecía un energúmeno, á despecho de su debilidad física, de lo bondadoso de su natural, contradicción frecuente, sobre todo en períodos de revuelta, entre la vida de casa y la de fuera, entre lo privado y lo público; contradicción más frecuente que en la obra en la palabra, que, iluminándole el fervor tradicional, difundía D. Serafín por toda Forteza, hasta que tanta predicación dió con él en la cárcel. ¡Pobre D. Serafín! Hombre sin habilidades para intrigante y sin recursos para conspirador, todo para el arte, y arte, y retrospectivo también, era el de su política, pagado en ella y en lo demás, de lo externo, de cuanto cae por de fuera, sin que viese con su miopía moral, mayor que la física, el subsuelo, los bajos fondos, los lados positivos, y no positivamente ideales, de la

vida fortense. Lo que decía, algo compasivamente, D. Zenón: «Este sólo tiene ojos para lo bueno.» Y así era y así sería siempre: al día siguiente de una decepción, soñaba Don Serafín como la víspera, y las decepciones constantes no impidieron que llegase á la vejez sin curarse de la ilusión, firmemente persuadido de que era seguro, inevitable, inmediato, el triunfo de la buena causa. ¿Cómo no extrañar en la tertulia de casa á quien allí y donde quiera, tanto era y llenaba, nervioso, gesticulador y ponderativo? Conservo con toda estima los borrosos retratos de D. Serafín y D. Zenón, y lo que más vale, unos apuntes en que persona de mi familia, observadora y curiosa, dejó algo así como el acta de aquellas memorables sesiones. La guerra obsesionaba á todos. Para D. Serafín, que la recibía con júbilo, era un bien; más que un bien, una bendición; necesidad del tormento que depura, de la tribulación que mejora, para llegar, mediante el sacrificio, á una vida nueva, destruídos por el hierro y por el fuego

el vicio y la injusticia imperantes. «Déjese de guerra, D. Serafín—contestaba D. Zenón invariablemente;—déjese de guerra, y no se la dé á sí mismo y nos la dé á nosotros, con sus locas porfías. Esa guerra será todo menos lo que usted cree. La idea religiosa, motivo para algunos, pretexto para muchos, es de cualquier modo fuerza impulsora, que pasa y cede el lugar á las pasiones y á los instintos malos, que se aprovechan para todo mal fin: venganzas, robos, deshonra, la obra de los atrevidos, de los peores, que á merced de la confusión, son los que sobresalen y campean y triunfan.» Lo singular es que, más que dos criterios, representaban dos temperamentos: coincidían en mucho de lo esencial, en lo más de lo esencial, en ideas religiosas y filosóficas, y se apartaban en lo secundario: organización política. Lo que á la sazón más separaba y dividía. «La guerra no traerá lo que usted quiere, y nos dará todo lo que yo temo, ¿qué digo temo? sé porque lo he visto.» Y aquí salían horrores, como que salían las

referencias larguísimas y puntualmente contadas, de algo que dejaba atrás los horrores del Norte, de Cataluña y del Centro en la primera guerra civil: salían los crímenes vulgares, los robos en cuadrilla de las gavillas que infestaban los montes comarcanos de Forteza, sin dejar lugar seguro ni camino franco. D. Zenón, que era tan buen matemático como latinista, tenía singular memoria para los recuerdos, extraordinaria fidelidad para su narración. Cómo se impuso, contaba, «el cabecilla bandolero Rodríguez, *el Atanasio*, prototipo de los bandidos de acá, tan fecundo en recursos para huir toda persecución como en artes para imponerse.» —«¡Qué artes, santo Dios, seguía nuestro tertulio, aquéllas con que se enseñoreó el bandolero de cuanto quiso, con dominio y jurisdicción que no respetaba leyes de honor, ni de propiedad, cosas ni personas, estados ni creencias! Como si la criminalidad estuviera en la atmósfera, su perseguidor—ó uno de sus perseguidores, que hasta tres co-

[illegible] y no le
[illegible] buscaba
[illegible] día, en
[illegible] años des-
[illegible] de re-
[illegible] vul-
[illegible] vueltas,—
[illegible] del
[illegible]. Núñez se
[illegible] sos-
[illegible] del pa-
[illegible] luego á
[illegible] lo que
[illegible] del ani-
[illegible] hombres.
[illegible] Núñez,
[illegible] hazañas,
[illegible] referencia,
[illegible] montañeses.
[illegible] no era la
[illegible] para
[illegible] para adquirir, aun
[illegible] ascendiente en

el país, superioridad sobre la fuerza: era el mal por el mal, el gusto del daño por el daño mismo, que les llevaba á la mutilación, casi peor que la muerte. ¡Cuántos hombres dejaban estropeados, cuántas mujeres imperfectas, cuántos niños inútiles; y cuánta hacienda dañada, cuánto bien perdido, cuánto sentimiento ultrajado, cuánto horror y cuánta vergüenza! En el robo de los curas y señores montañeses, no les bastaba dar con la olla de los dineros ó con el secreto del arcón: los maniataban y aplicaban fuego lento, líbreme Dios de decir dónde y cómo; el caso era añadir al mal y al perjuicio, el daño y la violencia, en que tenían más parte que los empeños de la codicia, los refinamientos de la crueldad.» Crispaba los nervios oir el frío relato de D. Zenón; las explicaciones minuciosas, dichas con aquella frialdad glacial, heladora, propia de su hablar bajo y lento, .e en fuerza de separar, casi deletreaba las labas, sobre todo al decir, poniendo térmi-o á su relato: «Eso, señores y amigos, es la

guerra; y ahora grite usted ¡Viva la guerra! Sr. D. Serafín.» Es excusado que añada que al viva no contestaríamos ninguno. La analítica de D. Zenón era concluyente: en vano salía ya su contrincante el geógrafo yéndose por los cerros de Ubeda, con que aquello eran exageraciones; que todo tiene manchas, incluso el sol, que en tiempos alumbraba siempre dominios españoles; y aquí presentaba en síntesis, y á la luz de los principios, los grandes hechos de nuestra historia; pero atajado por D. Zenón, obligado á concretar y mirando ya la historia en los detalles, de cerca y con lente, no se satisfacía con los Borbones por afrancesados, ó por enciclopedistas ó débiles gobernantes, ni por decadentes, descuidados y laxos, con ninguno de los Austrias después de Felipe II; ni siquiera con todo lo de éste se conformaba, y era preciso remontarse á los Reyes Católicos, por donde resultaba, al fin y á la postre, más benévolo para con Reyes y tiempos antiguos, el también mejor quisto con los mo-

dernos. Estaba visto que de tejas abajo, no se podían entender. D. Zenón era dinástico, entusiasta de Doña Isabel II. Por legítima, por señora y por desgraciada, le atraía con entusiasta acatamiento, que llegaba á la veneración. La vió una vez sola, y la visión rápida de la realeza, fué de las cosas de la vida que más le llegaron al alma. Nunca se le olvidaría aquel momento en que, después de cruzar Forteza de noche, procesionalmente, entre cirios que llenaban de claridad las estrechas calles, se volvió la Reina á enseñar el niño, el Príncipe, levantándolo en brazos desde el pórtico de la Catedral. ¡Soberana y admirable manifestación del poder Real, en el seno de la ciudad santa y artística, y en la presencia de un pueblo entusiasmado y conmovido; sentimiento que interpretó á maravilla el alcalde de la ciudad llegándose á saludar á la Reina, y no diciendo más que: Señora...» que nada más supo ni pudo decir, y rompió á llorar como un niño. Hacía siglos que en el recinto de Forteza no en-

traba un Rey. En ausencia de D. Serafín, estos temas políticos carecían del interés de la contradicción; pero no era escaso interés el que le daba D. Zenón, que no dejaba nunca de hablar de las últimas noticias, juzgando de la marcha general de las cosas, y apreciando las de fuera—él que no se había movido de Forteza nunca,—con sentido, altura y acierto, que ya quisieran para sí muchos que ruedan por el mundo y andan mezclados en cosas de su dirección y gobierno. Conocía como nadie—á lo largo, á lo ancho y á lo profundo,—la ciudad muerta, la Forteza de la crónica, y lo mismo conocía la actual, la ciudad viva, que mortecina más bien pudiera llamarse. Y así sabía de ella lo externo, lo callejero y superficial, como lo misterioso, que era allí lo más, y lo oculto, que era lo mayor; todo un mundo de profundas intrigas y otro de semi-ignoradas riquezas, de que algo se traslucía tal cual vez y de que se hablaba vagamente, según se podía hablar en Grecia —frase del mismo D. Zenón—del vellocino

de oro. Sólo que en Forteza no había más mitología que la eclesiástica. En la ciudad digo, porque en los contornos, en el valle de Gondar principalmente, hubo y hay porción de mitologías. Tratándose de su ciudad y de sus conterráneos, tanto como historiador podía D. Zenón decirse profeta, y así iban allí las cosas como él las anunciaba, y por el sesgo que llevaban aún se habían de confirmar otros anuncios; anticipaciones que, bien mirado, no eran adivinanzas, porque nacían del conocimiento de las gentes, de sus orígenes y aun aborígenes, y de sus fines y sus medios. Era muy sabedor de entronques y genealogías, líneas conocidas y líneas ocultas, secretos de la generación y misterios de las generaciones; y ya no digamos de historia eclesiástica, que allí, sobre ser la mitad de la historia, sirve de clave á la otra mitad. ¡Quién me diera haber cogido á Don Zenón algo más tarde para mejor aprovechar su buen decir y mucho saber! Porque, claro está, á mí á menudo me fastidiaba

aquello, y huía de la severa tertulia del salón á la festiva y regocijada de la cocina, donde, alrededor del *lar*, calentados y entretenidos con las llamaradas y el chirriar de la leña, no solían faltar cuentos de hechicería, malas *fadas*, *trasnos* y *meigas*, con risotadas y comentos propios de gente baja, pero chusca y maleante. Cuando no había cuidado que me moviese del salón y el sueño suspendía sus hostilidades, y suspenso y mirando á D. Zenón de hito en hito seguía sin perder palabra sus narraciones, era cuando entraba por los interesantes y atractivos campos de la historia anecdótica, especialidad suya. Parte por su llana y gráfica manera de decir, en lengua de la tierra, con sus giros y frases, alguna vez graciosamente entreveradas con tal cual otra del idioma oficial, requerida por explicación á que el habla vulgar no alcanzase. Y de todas las historietas de ese género, ninguna tan de momento como la del peregrino, verdugo y bandolero.

«Erase, pues, un peregrino de arrogan-

tísima presencia, que atraía á pesar del mucho desaliño que descubrían las barbas luengas, mal peinadas; los cabellos, que caían en bucles rizosos ó enmarañados, sobre la esclavina de hule cubierta de conchas; lo mal amañado, polvoroso y sucio de la vestimenta. La leyenda le rodeó en seguida con una atmósfera en que había algo de temor, el que producía lo extraño de su traza y maneras, y mucho de respeto á una vida de penitencia y expiación. Se sonaba que el ahora peregrino, fuera ya romero que, á pie con su bordón, había cruzado los caminos, ofreciéndose á la cristiandad distraída é indiferente, como ejemplo vivo que borrase en su espíritu y en el de los que escandalizó, toda reliquia de pecado. Pensaban y decían en Forteza que pudo ser gran pecador el que era tan admirable penitente; que debió ser causa ó víctima de una gran pasión, por la malsana curiosidad fortense descubierta en rasgos de su semblante, como soñador y expresivo; en aquella habitual actitud de con-

centración y reserva, con que esquivaba las miradas, más quizás que por huir de las ajenas, por no mostrar en las propias, vislumbres y sombras de pecado; manchas del alma que salen á los ojos. No se movía de la Catedral: allí siempre le encontraban los crepúsculos, hora tan propicia al recogimiento y á la oración. ¡Oh humana hipocresía y falsa religiosidad! ¡Y decir que podía dar quince y raya, ganar por la mano, exceder ó engañar á la hipocresía fortense, la de aquel visitante con aires de extranjería, peregrino que ocultaba su presencia puesto de hinojos en los rincones más apartados y obscuros del templo!»

«Burlando ó ganando la vigilancia, ¿quién sabe? el peregrino se quedaba por las noches dentro de la Catedral: era el que tenían por madrugador y rezagado, devoto permanente. ¡Y cómo así en vela habría de desperezarse y erguirse su cuerpo, abandonando el encogimiento de aparente contrición, ya no velada la faz ni entornada ó baja la vis-

ta, antes encendida y despierta como despierto el ánimo, por la tentación de la codicia! Calcó, modeló en cera cerraduras, hábil y constante; forjó llaves que le aseguraran el camino largo, difícil, recóndito del tesoro de la Catedral. Eran tres las puertas: cada una tenía tres cerraduras; guardaban las tres llaves el Magistral, el Canónigo tesorero y otro Canónigo, el más antiguo del Cabildo. ¡Ardua empresa!»

«Pasados bastantes días fué notada y comentada por todos la desaparición del peregrino; ¡quién sabe qué caminos hollaría su bordón, pisarían sus sandalias! En Forteza, edificada, quedó fijo el recuerdo de su piedad grande, de su figura hermosa. Entre los que viven para la devoción, y aun entre los que viven por la devoción, se seguía hablando con preocupación é interés del peregrino. Aún había de hablarse con interés y preocupación mayor.»

«No fué mucho después—algunos meses—cuando se dió la plaza de verdugo: la lle-

vó uno de fuera que vino á vivir al arrabal, al extremo del arrabal. Allí estaba como oculto, y sólo tal cual noche se le vió cruzar á lo largo de alguna extraviada calle. Era de gallarda presencia, y ¡caso singular! una moza vecina le notó mucho parecido con el peregrino aquél, que tantas veces veía en la Catedral. También un niño, precisamente sobrino del Canónigo tesorero, que se le quedó mirando con fijeza, dijo gráficamente: «Si le pusieran barbas á ese, era como el peregrino de antes.» Nadie hizo caso de los dichos. Eran dichos de niño y de mujer. Ya caerían en la cuenta los hombres, cuando hallasen el tesoro robado y supiesen el verdugo desaparecido. Una noche pudo oir, y oyó algún desvelado vecino, caminar de recua, que á cencerros tapados, á lomos de los mulos, en cuerda muy larga y tirada, llevaba buena parte del robado tesoro de la Catedral; mucho peso y mayor riqueza. Fué cosa extraordinaria que agitó nuestro pueblo, entonces más dormido aún que ahora;

y se volvió sobre los dichos, y se practicaron sobre los hechos indagatorias y pesquisas, y luego al punto se vino en conocimiento de que el peregrino y el verdugo, eran uno mismo con el guerrillero y jefe de gavilla González, más sonado que conocido, por sus ausencias largas y su accidentada vida, que faccioso primero, latro después y contrabandista siempre, le llevaba á pasar y repasar muchas veces la frontera, como la repasó entonces con la preciada y artística carga. Para evitarlo fuera y fué vano todo intento, pues sobre no tener quien se las hubiera con las gavillas que ampararon el caminar de la recua, tuvo ésta buen andar y González onzas con que obtener la complicidad del silencio, cuando no bastaba pedirlo al temor de los naturales. Se fué sabiendo ó diciendo—pero por averiguado se tuvo,—que detrás de González había gente de calibre, que así pudo sugerir el pensamiento, como aprovechar la obra, á que dió tal y tan buena traza la habilidad, persisten-

cia y atrevimiento del peregrino. En lo que más se descubre mano amiga, influencia protectora, es en el logro de la plaza de verdugo; plan combinado que le coloca en situación ventajosa, á la espera y en acecho, del instante de alargar la mano á la posesión de la presa, requeridos los medios para la sorpresa y la conducción de lo incautado; y ahí vuelve el misterio en que está envuelto este negocio, en que lo está todo en Forteza, y, sobre todo, en la Catedral, y más que nada en el Tesoro, del que únicamente sabían por referencias los más de los capitulares. Así ha podido exagerarse y fantasearse tanto sobre lo que había, lo que se llevaron y lo que quedó, que todavía ahora conviniera saber, para apreciar y aquilatar cuanto se dice; pero en Forteza siempre igual, constantemente se tropieza con el misterio.»

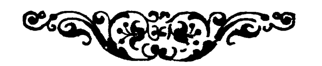
«Se vió, andando el tiempo, que aquel despojo no le lució á González gran cosa. No por eso tampoco se ha de creer que ello fuese de poca importancia: habría, sí, que otros

se aprovechasen más y mejor. Los hombres como González han solido tener, y según afirman, el González tenía, mucho de desprendidos. Cultivan esos así, el arte por el arte, por el recreo del espíritu torpemente inclinado, por la satisfacción del instinto del mal, y desahogo de la condición bohemia; hombre González, que tomara á ocio todo trabajo que no fuese aquél que satisfacía la imaginación con las estratagemas y aventuras; las pasiones libres con lo suelto y desarreglado de la vida; la codicia con los dineros. Mayor es en los tales el gusto de derrocharlos que el de reunirlos. Además, en este caso, cuentan que no se estimó ni aprovechó el arte, que era la mayor valía de lo robado, excediendo el mérito á la riqueza, y lo perdido por la Iglesia, fué malbaratado por los incautadores. Sucediera lo que quisiese, González no se pudo apartar de tal vida: reapareció varias veces en la comarca; su nombre asustó á muchos y les ahuyentó de los campos, á donde le llevara

desde sus mocedades, el instinto y afán de aventuras, entre ellas principalmente la amorosa, las relaciones con una mujer que fué su único cariño y la admiración de cuantos la conocieron; mujer de quien hubo un hijo, ese José González de quien tanto hoy se dice y tanto se teme, y que es aventurero tan gallardo y tipo tan exótico y singular como su padre, desaparecido por cierto no se sabe cuándo ni cómo, que en ellos son tan misteriosas las desapariciones como los aparecimientos.» —Era circunstancia singular, que avaloraba el relato de D. Zenón, la de figurar en lo de ahora el nuevo González, que parecía sino de los de ese nombre, andar mezclados en las historias secretas, en las intrigas y escándalos de la ciudad. ¡Cuántas veces nos habíamos de acordar de lo narrado por D. Zenón, relacionando personas y cosas pasadas y presentes, al oir cuanto se decía por Forteza! ¿Pero sería cierto cuanto se decía? Desde la salida del Canónigo Amado del hospital de Afuera, fué un desatarse

las lenguas rayano en lo inverosímil, como que se sabía lo que nunca se contó—cosas extraordinarias,—y se contaba mucho más de lo que se sabía, abultado todo por la fantasía popular; y eran tesoros de Creso los que se multiplicaban, y, según espíritus de los que en tales casos abundan, que se creían proféticos y no eran proféticos ni soñadores, sino simplemente sonámbulos, verdaderos ejércitos los que se veían levantarse proclamando el lema que decían tres veces santo, no ya en rebelión, sino en triunfo. Así andaban de exaltadas y enloquecidas las imaginaciones, cuando ocurrió algo que puso fuera de sí á los fortenses, que los echó á la calle en protesta y confusión y amenaza. Primero quisieron entrar en el Palacio episcopal y fueron contenidos, cerrados más que á prisa los grandes portalones, y entraron y gritaron en la Catedral, como en la plaza ó más que en la plaza, con voces y alaridos, en que se confundían todos los bandos y todas las pasiones, ante el hecho extraordina-

rio, inaudito, del robo de la Catedral; pero no robo secreto de la plata en dinero y especie, sino el robo criminal, sacrílego, de la Madre de Dios, de la santa milagrera, de Nuestra Señora de la Antigua, de la Virgen de Forteza, la que querían los buenos y necesitaban los malos, y todos pedían á voz en cuello, dueños de la Catedral, ocultos y corridos capitulares y guardianes. Tales manifestaciones trajeron más despojos: desaparecieron ornamentos, joyas, vasos de oro y plata; ¿qué importaba, ni quién se fijaba en eso ni en lo otro, de más cuenta, que hubo de desaparecer y luego se sabría, cuando faltaba lo mejor, rodeada de flores y de cera, pero vacía, la hornacina de la santa principal, señora y abogada de los fortenses?





XI

Los fortenses estaban desorientados y agitadísimos. Habían recibido el mayor de los ultrajes y el más grande de los daños. Lo sería sin duda el ofenderles, herirles en su principal sentimiento, el de fervorosa devoción á la patrona y abogada de la ciudad; ¿pero qué no era robársela, dejarles huérfanos, entregados al dolor y á la rabia y sin tener á quién volver los ojos? Porque no era la hornacina de la Virgen, no era su capilla, la que encontraban triste y sola: era la misma Catedral, ue quedó vacía, como sin alma, llena prinipalmente de la Virgen y siempre de las aciones á la Virgen, que, con sus bendi-

ciones y gracias, atraía á todos y los guardaba bajo su protección y amparo. Poquísimos pensaron en sobrenatural sucedido: fué en los campos, en el valle de Gondar principalmente, donde se creyó que no había sido arrebatada la imagen, sino que huyó por caso milagroso. En Forteza, era convicción de casi todos, sentir común, voz del pueblo, que hubo una mano criminal y atrevida, aunque tanto atrevimiento y criminalidad apenas les cupiese en la cabeza.

Los dos bandos en que se dividía la ciudad, se murmuraban é insultaban mutuamente, acrecentados sus odios. Al fin carecían de aquel santo lugar donde deponerlos ó mitigarlos, en presencia de la Virgen, que, indistintamente, querían y visitaban. La verdad es, que nadie hallaba explicación á tan extraño caso, aunque mutuamente se recelasen y acusasen: unos, diciendo que los facciosos la arrebatarían para llevarla en clase de generalísima, hipótesis que autorizaban con señalado precedente; otros, con-

testando que era maquinación de la secta—lo revelaba bien el misterio,—obra de su odio religioso, llevado al inaudito extremo de despojar á Forteza de su misma patrona. Los más andaban atónitos; muchos, además, amargados en su conciencia, por lo que, dejándose de recriminaciones de ningún género, miraban sólo á las culpas de la sociedad y aun á las propias individuales, bastantes á explicar que Dios consintiese aquello y aun que lo quisiese la Virgen, pues á pesar de ser tantas sus misericordias, harto había por qué, y á ello eran más parte que las mismas públicas ofensas, los privados falsos homenajes. ¡De qué secretas y mortales heridas fueron causantes los que se postraban más rendidos ú ofrecían sacrificios en su presencia, y eran fautores ó cómplices en hechos como el del hospital de Afuera y otros semejantes! A ropósito debo decir que el Canónigo López ımado cayó mortalmente enfermo: no pudo olver al templo. Siempre ofició el buen

Canónigo en el altar de la Virgen, y también la Virgen le arrebataban. Dispuesto á perdonar lo suyo, lo propio, con ser como era, nunca perdonaría la profanación de la Virgen, aunque la Virgen apareciese, según le aseguraba una voz interior, la voz de la fe, que le sugería esperanza y le consolaba y le tranquilizaba en su mal. Que no le preguntasen quién fué; pero él creía ver en aquello, creía ver en todo, la mano de su despojador; callaba, sin embargo, no se pensase que con ocasión del agravio de la Virgen, vengaba agravios propios. En su muerte, con todo tranquila y dulce, confundía, por obra de la pesadilla, ambos despojos; pero ni una vez dijo el nombre del criminal. El duelo por el Canónigo—hubo en Forteza verdadero dolor de los buenos,—interrumpió brevemente la turbación externa. Al instante volvió: Forteza no se hallaba sin su patrona, vivía en pleno tumulto. Exacerbada, predominante, la pasión apostólica aprovechaba los momentos de acción, y las in-

fluencias ultras no cesaban de atizar y soplar para encender más el fuego. La Milicia nacional fortense andaba oculta. Por añadidura, los alborotadores realistas entraron en los domicilios de los nacionales y les arrebataron las armas. Siempre fueron poco y valieron para poco; pero ahora quedaron corridos é inermes. La Milicia realista sucedió á la Milicia nacional. El Conde de Castro salió de su escondrijo. Hubo de buscarlo en casa ajena D. Juan Aldeiro con innecesaria precaución.

El bando realista, el apostólico más bien —que tal era el matiz predominante en Forteza,—campaba por sus respetos. ¿Qué tiempo duró aquello? El preciso para que llegase la noticia á la capital y de la capital viniese á Forteza fuerza de ejército. A su proximidad, huyeron los voluntarios, y buscados los lugares donde las ocultaban, cayeron en poder del ejército las armas, solemnemente devueltas á la Milicia nacional. ¡Y decir que los nacionales tornaron á salir

en formación, flamantes, orondos, con aire de imposición y de triunfo! A bien que lo propio harían los realistas si de nuevo les traía un golpe favorable la voluble fortuna. Varias veces se pusieron en práctica, pero con diversidad de accidentes, escenas que recordaban aquella primera que días antes entreví con tanta emoción y curiosidad, pegados los ojos al vidrio, tomando por veras la burla de una de esas colisiones al uso de las Milicias fortenses. Con la llegada del ejército, volvieron á esconderse en lo más recóndito de la ciudad, los principales conspiradores, los apostólicos, que los realistas —esa división surge al punto,—de mejor calidad, más bélicos, salieron al campo. Allá va el Conde de Castro seguido de buen golpe de entusiastas, que confían en que se alzará en armas todo el país á su favor: van guiados de la ilusión, fortalecidos por la esperanza. Velan por ellos los que quedan en Forteza, acechando medio y ocasión práctica de ayudarles, y en el entretanto forjan-

do planes y asistiéndoles con oraciones; se creen la porción escogida, la que da pensamiento y programa, la que todo dirige y aprovecha. Mientras espera, sigue intranquila la ciudad, quizá más hondamente sentida y perturbada, que no la distraen en el dolor por la desaparición de su santa patrona, las encrespadas pasiones que salían á la superficie y la agitaban con los disturbios de la revuelta. Se habla poco—aunque hay quien sospecha que se dice más,—y, sobre todo, se habla quedo, y así está la ciudad de triste y silenciosa; para que todo ruido cesase, se apagaron los más entretenidos y mayores: los del batallar periodístico. Concluyó *El Centinela* en los días de mayor excitación liberal, que precisamente señaló el grado máximo de liberal ascendiente, la prohibición del periódico reaccionario. Paró *El Combate*, también por caso de fuerza mayor, cuando fué de la irrupción realista, que entró á saco en la redacción, pero sin hallar persona que hiciese de víctima, é

hizo tal de la maquinaria, destrozándola por completo. Quizás se creyeron vencedores al quebrar la voz y deshacer el órgano de la libertad fortense. «¡Como si la libertad se pudiera destruir!» decían los avanzados ponderando su eficacia, su esencia intangible, inmaterial, soplo sutil, aunque allí intermitente, que infundía alientos de vida, entrándose por los resquicios sin que cupiera atajarlo y sin que pudiera contrarrestarse por opuestos vientos de tempestad, que solía señalar el cuadrante de Forteza.

A todas éstas, nada se sabía de la Virgen, centro y objeto principal de preocupación, á pesar de las noticias alarmantes que cundían, de muertes, asolamientos, destrucción y guerra. Si disminuyeron las públicas controversias, aumentaron las cavilaciones, y cada uno á sí mismo, y unos á otros al oído, todos se preguntaban á cada instante por la Virgen desaparecida. ¡Qué lejos andaban de la realidad original é inverosímil, en las mil inverosímiles y originales hipótesis que for-

jaron! En medio de todo, y atenuando los efectos de la contrariedad, la confianza en la Virgen, en su poder é intercesión, era causa de que creyesen segura la aparición de la imagen. Prevaleciese uno ú otro bando, ¿qué hacer sino buscar hasta encontrarla, y volver con ella á las gentes la quietud y sosiego perdidos, y á Forteza su gala principal, su casi única razón de existencia? Si la facción la llevaba por capitana, una de dos: ó la facción triunfante, la devolvía, ó, vencida la facción, era puesta en libertad la imagen, redimida de su cautiverio, restituída á la Catedral... Mucho habrían de tardar en saber los fortenses el por qué y cómo de la desaparición. Sólo la sabrían tiempo andando, cuando fuese ya recuerdo histórico de mero interés retrospectivo, dato que recoger para los interesantes anales de la ciudad ó del santuario, que son unos mismos anales.

Se temía mucho á José González, según voz popular alma y brazo del movimiento. Días antes se le vió vagar por la ciudad, y

hay quien afirma que le halló de hinojos en el templo, caso no de extrañar, que siempre se mostró temeroso de Dios, devoto de la Virgen y de los santos, y receloso ó enemigo de los hombres. Días después se le supo errático por los montes, cerrada á piedra y lodo su modesta, casi mísera, casita de la sierra Areosa; luego, como ya no se sabía dónde anduviera, se le veía y se le temía en todas partes. Lo que había sido de José, era por cierto muy difícil de adivinar. Cada vez más loco de amor, seguía entregado á su contemplación religioso-profana, fija la vista en la imagen de Nuestra Señora, pero lleno el pensamiento de la imagen de la mujer de sus amores. Las facciones de la Virgen eran rígidas y menudas é insignificantes; sólo grandes los ojos, muy rasgados y abiertos, de muy dulce y sereno mirar. También eran abiertos y grandes, pero no con mirar dulce, los ojos de Generosa. Extraño efecto de luz, ó mero ensueño de José, ello es que lo que comenzó por antojo de seme-

janza que le atraía, siguió por confusión de ambos semblantes, y acabó en ilusión completa que le clavaba allí, ante la visión perfecta de Generosa. Era algo como ella misma: sin voz, pero con expresión y movimiento, que lo daban á sus ojos tristes, los reflejos de la mortecina é incierta luz de la lámpara. Exacerbado el mal de amor, trastornado el sentido, arrebatada la voluntad, ¡locura inconcebible! osó poner mano en la imagen de Nuestra Señora, raptarla y escapar, huir como alma que lleva el diablo, como poseído del diablo ó del vértigo, oculta en su seno la imagen, oculto él entre los pliegues de la capa, cómplice en la ocultación la niebla espesa que invade las estrechas *ruas* fortenses y llena los caminos de valle y monte, seguidos por José en vertiginosa marcha, á todo el correr de su caballo, sombra que entre las sombras huye, pidiendo sombras mayores para ocultar su precioso rapto, al secreto de la naturaleza en los senos de la montaña, en las asperezas y apar-

tamiento de la sierra Areosa. José no era un desalmado, no era un descreído, que en su razón se atreviese á profanar santos lugares, escogiéndolos como campo de sus despojos: era más bien de naturaleza religiosa, no pía ni ordenada en su culto y con harta mezcla en la religiosidad de superstición, pero que tenía por instinto el temor de Dios, por hábito la devoción de la Virgen, por sentimiento, compartido con los más, impreso en el espíritu de la raza, el que le turbaba misteriosamente de la inmortalidad del alma, de la eternidad de sus destinos. De sus respetos humanos, era único el respeto al Conde y á la casa del Conde: así estaba su sér solicitado por ese doble sentimiento: el de amor, le llevaba á Generosa, y el de respeto, que era obligación, gratitud y afecto al Conde y á los suyos, le hacía huir de Generosa, apartarse del pazo y valle de Gondar. El alejamiento que se impuso para desarraigar la pasión, fué parte principal á sostenerla y avivarla. Era tan grande el

amor, como la relación escasa. Contadísimas veces se habían visto: ninguna tanto trecho como el día de la feria y la noche del retorno. Valió por muchos instantes, aquél rapidísimo, en que José arrebató Generosa á la muerte y la ganó para el amor, que allí, sobre el abismo, se revelaron. José halló en su alma un abismo más insondable, que sólo podría colmar aquel amor imposible, y se juró hacer los imposibles para evitarlo. Vano esfuerzo, ó mejor dicho, esfuerzo de todo en todo contrario á sus propósitos. Hubiera menudeado las visitas, estado mano á mano con Generosa, y su interés no saliera quizás de los comunes límites, que no era ningún portento de naturaleza, como la soñaba José: aparte el realce que á sus ojos la daba la paternidad—primera causa y razón del interés con que la miró,—Generosa semejaba su igual, quizás por preponderancia materna, pues la mixtura de origen no la dió otras superioridades y perfecciones que las físicas, nada escasas en todos aque-

llos contornos. No eran, por lo demás, vulgares Generosa ni José, ni lo era en éste aquella tan grande facilidad para el ensueño, que llevó su imaginación á crear una mujer muy diferente de la real y más diferente cada vez, que no paraba la imaginación en agrandarla, viéndola en plenitud de emoción y hechizo, á través del recuerdo de aquel instante de trágica y soberana belleza; y así se estaba entre dos abismos: en la fantasía, el del recuerdo; en el corazón, el del amor, que incesantemente cavaba más hondo. ¿Qué extraño que con estos trastornos en su sér, calenturiento, perturbado, diese en las más extrañas confusiones y ocurrencias? Había puesto los ojos en la Virgen para no ponerlos en Generosa, para curarse de su afición. En ninguna otra mujer podía encontrar distracción y alivio, sino aburrimiento y tedio. Huyó de los amores humanos, pidió á los divinos remedio que le librase de aquéllos, ya que no le hallaba en su voluntad, y ocurrió el caso de extraña aluci-

nación. José vió la imagen de Generosa, porque la llevaba en sí. En la confusa semiobscuridad del templo, donde escasamente vislumbraba la vista algo del semblante—principalmente los ojos heridos del chisporroteo de la mariposa mortecina,—á la imaginación tocaba hacer lo más; y la imaginación de José, siempre viva, entonces exaltada, no procedía por observación, para, partiendo de ella, reconstituir los rasgos de la sagrada imagen, sino por invención que los alteraba, sustituyendo los reales con los adivinados. Trastrocándose así enteramente los términos, la imagen estaba en él y era el reflejo lo que veía en el espacio. ¡Qué terrible desencanto le esperaba! En vela pasó José la noche entera de su huída, sin que, llegado á la casa de la sierra Areosa, pudiera rendirle al sueño el cansancio físico, que, con ser mucho, lo superaba todavía la inquietud moral, el sobresalto del alma, sentimientos que muy despiertos le agitaban; sólo adormecida, pero también

inquieta, la conciencia. Era la hora del alba, de calma tan solemne en la naturaleza, cuando José buscó en lo oculto la imagen y la sacó á la luz, ansioso de su contemplación: ¡desilusión desesperadora, terrible! A la luz, aunque tenue, clara, del nuevo día, se disiparon con las nieblas vagarosas los vagos ensueños, y vió la Virgen como ella es, con divina traza, borrada toda semejanza de mujer; despertar que le dejó yerto, sin acción ni palabra, como si le penetrase con sacudimientos y escalofríos, mudas protestas de la naturaleza, la terrible verdad de su engaño, tamaño como su atrevimiento. Huyó, monte arriba, en dirección contraria á Forteza y Gondar, por los más intrincados breñales, cara á las cumbres de la sierra. ¿Quién podría contener aquel hombre, arrebatado por la contemplación de su propia locura, que, sin virtud para sanarle, servía para más enloquecerle? Su gran compañera y amiga la naturaleza, también indiferente ahora, no sabe ni puede calmar su

sed de amor y de venganza. Entonces fué cuando, para inquietud de los fortenses, alguien llevó á la ciudad noticia de que José vagaba errático por los montes. ¿Quién podría seguirle ni en sus pasos ni en sus desvaríos? ¿Osaría su exaltación poner mano en Generosa, como la puso pecadora y profana en la Virgen? No otro había de ser el argumento de sus agitaciones, agravadas por el arrepentimiento del rapto religioso, en que el desengaño fué su primer castigo. Se interpuso entre él y Generosa, para más condenarle y confundirle, no sólo la sombra de su buen protector el Conde, sino la presencia real de Nuestra Señora de la Antigua, quieta en su morada, fijos, clavados en él, aquellos ojos tan abiertos y tan grandes. Por eso huyó de la casa, que, sin embargo, le llamaba de lejos, con la solicitud amorosa que tiene todo hogar, aun el hogar de sus soledades. Estas quería él, y bien cerrada la noche, vuelve á su casa para tomar la imagen, afanoso de librarse de su presencia

atormentadora, y huye en la propia guisa que la anterior obscura noche; pero no va hacia Forteza, no la devuelve sin duda á su solio: parece que huye más. ¿Quién sabe á dónde va el pobre loco, en su desatinada carrera?





XII

El valle de Gondar estaba punto menos que incomunicado con Forteza; otro tanto sucedía á los puertecillos del litoral. No había quien, puesto el sol, se aventurase á salir puertas afuera, y aun puertas adentro de la ciudad y de las casas respectivas, se vivía muy prevenido, con vigilancia armada, por temor á un golpe de mano. Las noticias de los que en patrullas venían al mercado, eran causa de malestar y sobresalto crecientes; y fué impresión de miedo la causada por el robo e la Virgen, y por las sustracciones, no bien sabidas y mal contadas, del hospital de Afuera, del Tesoro, de la Catedral, etc., etc.

Así, sin Virgen ni riqueza segura, estaba en situación de compromiso y burla la autoridad, reducida al recinto de Forteza, y aun temiendo allí por la seguridad propia, sin fuerza ni medios para cuidar de la ajena. Todas estas cosas de la revolución fortense hay que tomarlas con muchísimas rebajas, poniendo lo más y lo mejor, á cuenta de las grandísimas é incorregibles ilusiones de aquellos habitantes, que, con no ser meridionales ni mucho menos, con no tener de tales cosa alguna, ni en la sangre ardorosa, ni en la fantasía caliente, en frío y con calma, se fabricaban todo un mundo y se arreglaban toda una vida, que era, en su pensar y decir, de lo más importante, y no sé si añadían transcendental. Ambos bandos se tomaban muy por lo serio, y muy en formal se acechaban y combatían, poniendo en sus empresas todo el pensamiento y entera la voluntad, es decir, no dejando atención ni cuidado para otras cosas, papándose y concentrándose en las co-

sas de allí, y relacionándolas con las de fuera, como si ellos ventilasen la suerte de la nación; añadiendo unos que su causa era la de Dios, y que tras su triunfo allí vendría su triunfo en otros pueblos, y terminando otros que, establecida la libertad en Forteza, ya era logrado el total y definitivo triunfo de la libertad, contra la que España era último reducto entre las naciones, como lo era Forteza entre las ciudades españolas. En los secretos de Forteza estaban algunos, los menos; pero además eran secretos parciales, con lo que quedaba campo para parciales ilusiones. Muchas se forjaron alrededor del Conde con ocasión de su salida. Debía ser el poder de una idea fija, la eficacia de un influjo persistente, lo que daba á los de Forteza, para cuanto fuese lucha política, tanta intensidad de sentimiento, y, sobre todo, tanta facilidad de idealización, que, extensiva á cosas y personas, se refería muy principalmente á la del Conde, como tipo de personificación

para los fortenses de la vida tradicional, que era toda su vida. Siempre el pasado influye en nosotros por mil secretos modos y medios; pero allí se imponía por el influjo externo de la atmósfera y por el interior de inclinaciones invencibles, é inveterados hábitos; y aun en aquéllos en quienes suscitaba protesta, era la protesta misma, un modo de relación y de afección al pasado. Y tanto era así, que todos los fortenses, teniendo en verdadero culto su ciudad, no se hallaban fuera de ella; y mayor que la languidez y monotonía de la vida, con ser tan grandes, eran su hábito y apego; no de otra suerte que siente más el mal de ausencias, el habitante de la montaña, trabajador en lucha con el rigor del clima y la aspereza del suelo, que el cultivador ribereño, á quien brinda la naturaleza espontáneos y regalados frutos.

Fué mucha la impresión causada por la salida del Conde, caballero de los ideales cristianos, al campo de nuestras revueltas.

La inclinación natural ó heredáda á éstas, el espíritu de contradicción, y, sobre todo, el ansia de independencia, desquite y predominio, suponían harto más que los principios, aunque todo contribuyó á mover el interior engranaje del deseo fomentador de esperanza, y la esperanza forjadora de ilusión, que ganó por completo el ánimo del Conde en las soledades de su retiro. La cosa, aunque por distinto modo, impresionó y preocupó de un modo extraordinario, á los vecinos del valle de Gondar. Allí había menguado bastante el prestigio del Conde y de la casa condal, desde que vieron á ésta decaída de su influencia y desde que supieron andaba aquél, perseguido y oculto. En el mundo rural, tiene muchos secuaces el dios éxito. Queda dicho, no sé á qué propósito, que el labriego aquél, aunque á trechos soñador y visionario, tiene sumo apego á la realidad, un gran fondo de positivismo práctico. Son de los que dicen ver para creer; y como siempre habían visto la superioridad de

los Castros y habían aprendido que siempre la vieron sus padres y abuelos, no volvían de su asombro, ni salían de su desencanto, al encontrarlos tan caídos. Ellos, que habían llegado á creer, dándose á las hipótesis supersticiosas, en su constante prescindir de las causas naturales, que había algo de influjo y poder más que humanos, algo que no eran las letras divinas, ni el saber de las Escrituras, que con acierto presumían escaso en el cura D. Diego, pero que bien pudiera ser la posesión—que de antiguo se les venía atribuyendo en el valle,—del precioso libro de San Cipriano.

¿Cómo no había de causar extraordinario efecto la aventura del Conde, allí donde se tenían tan presentes las hazañas de sus progenitores, y de esas cosas viejísimas se hablaba como si fueran recientes, poniendo los crédulos naturales, y á despecho de laranciedad de las historias, frescura y precisión tal en las narraciones, que semejaban testigos de vista? Mientras iban muy altos y des-

caminados, aunque por distinta manera, los pensamientos y las suposiciones de los ciudadanos de Forteza y los rurales de Gondar, allá en la montaña, llevaban bien distinta traza las cosas. El Conde se agitaba en el vacío. ¡Qué contraste entre aquel mundo que pintaba en las imaginaciones exaltados combatientes, aprestos de lucha, encuentros y victorias, y la realidad desengañadora! Unos habitantes, que no salían de la fría y flemática pasividad, de que el Conde vanamente renegaba; y una naturaleza también fría, por añadidura áspera, que les escaseaba recursos y les oponía obstáculos. Fuera otra su situación, y tales obstáculos les servirían para burlar al enemigo, que abundaban las vertientes rápidas, los prolongados desfiladeros, las hondonadas y quebraduras del terreno, donde era mucho el arbolado, umbría la selva, grande la espesura: lugares todos á propósito, para la estratagema, la huída y la ocultación. Pero en estas artes les tenían que llevar gran ven-

taja, los únicos enemigos con quienes podían habérselas y con quien se las hubieron; los peores y menos gloriosos enemigos; gavillas que infestaban todo aquel país, y de retorno de sus excursiones ó incursiones, se replegaban en el monte, pidiendo al secreto de sus cuevas, punto de cita donde urdir las tramas y esconder y repartir los botines.

Pronto se sonó que en la partida del Conde podían hacer presa; que la partida llevaba abundantes caudales, para, sin duda, buscar en su eficacia, el apetecido éxito. No todo había de ser la virtualidad de los principios; y además, éstos no se oponían, antes solicitaban, el complemento de aquellas virtualidades prácticas. Se exageraría, claro está, lo de la muy abultada y rica carga que varios mulos conducían, sirviendo de estorbo á la acción y á la codicia de señuelo. Ello es que por ahí vino el mal. Sobre cuándo y cómo vino, no andan contextes las referencias. Decían muchos que fué ardid, que los la-

tros se fingieron amigos y partidarios, y lo eran de su futura presa, y que llegaron á ganarla, ganando antes la confianza y el ascendiente. Se dijo también que el Conde, dividida su hueste, para reconocimientos y exploraciones, fué objeto de un golpe de mano, que acabó en dispersión y rota. Ni hubo verdadera batalla—añadían,—ni siquiera simulacro de tal, sino sencilla, pero innoble sorpresa, en que los muchos cayeron sobre unos pocos, no dejando lugar á otra acción que la de huir á uña de caballo. Y, claro, como los mulos no podían huir de presto, por su propia pesadez y por la mucha de la carga, quedaron en poder de los aprovechados ladrones. Tratárase de ardid ó de golpe de mano, ¿sería verdad lo de que en Forteza se dispuso la trama, que la burla del Conde era obra de los suyos, y que los mismos que le empujaron á la que sólo para él fué aventura, dispusieran la sorpresa y acabaran el negocio con el reparto de las riquezas, amén de las que exigieron como

sacrificio á los partidarios de la buena causa, alegando para justificar tanto dispendio, que no es grano de anís armar partidas y lanzarlas al campo? Todo eso y mucho más se dijo. ¿Y sería cierto que Miñandres anduvo en el ajo, y que el Canónigo Cuñas no era extraño á él, con nueva participación, puesto que fué suya la originaria, el haber sacado á luz los ahorros del hospital de Afuera, el dinero de los pobres, ahora parte de lo que se consideró y llamó presa de guerra? Se afirmó y se cree.

Cuanto se inventase contra Miñandres hallaría crédito; cuanto se dijese contra el Canónigo, encontraría propicia la credulidad. Miñandres era siempre señalado como un culpable; el Canónigo, como un sospechoso. Nada más verosímil (y aunque no fuese verosímil podía ser cierto) que el hecho de que en Forteza y por los de Forteza se fraguase la trama. Sólo allí pudieron tener aviso; ningún mejor lugar para saber y disponer lo que precisasen. ¡Válanos Dios, y

de cuántas cosas que pugnaban con su religiosa traza y apariencia, había de ser amparadora y cómplice la ciudad levítica! Semiabandonada, franco el tránsito, con todas sus puertas abiertas, sin vigilancia, policía, ni cosa que se le pareciera, y á la sazón en continuo desorden y desconcierto, de atrás venía siendo, y entonces podía ser mejor, lugar de libre reunión y plática de los ladrones más famosos, que tenían amparo en los pudientes y secretas conexiones con la curia; y aquí volvían siempre las miradas y los reproches, al objeto obligado y término principal de las murmuraciones fortenses: al escribano Miñandres.

Sólo se dió á tales comentarios el tiempo que tardó en saberse del más extraordinario y grato suceso que los fortenses se podían prometer: la aparición y rescate de la Virgen, realizada por el Conde de Castro. Cambiaron de todo en todo impresiones y pensamientos. Hay cosas que no sólo se prestan á la idealización, á que eran allí

tan de su natural inclinados, sino que además la requieren y sólo toman aspecto de verosimilitud y sólo son verdad para los más, cuando las explica y adorna la fantasía. ¿Quién habló de revés del Conde, de sorpresa desgraciada de su hueste? Fué certero golpe, lance de singular fortuna, el del denodado caballero que con tanta gentileza libró del cautiverio á la Virgen, salvando cuantas dificultades se opusieron á su paso, llegando con los suyos, ilesos los cuerpos, libres las armas, hasta deponerlas y rendirlas ante la imagen libertada. Alternaban en aquel mundo, con periodicidad curiosa, las realidades soñadas y las realidades vividas, más positivamente ciertas las primeras, para los espíritus de los naturales. ¡Fuéranles á ellos con que el Conde corrió en busca de refugio á la cueva del Monte Sacro! Allí precisamente, en la entrada de la cueva, al pie del picacho más alto de la sierra Areosa, sorprendió al Conde, el hallazgo de la abandonada Virgen. No tendría ella en abando-

no, de seguro, á su grey, que desde tal elevación, hacia los cuatro vientos, en extensión de territorio dilatadísima, bendecía y dominaba. En término relativamente próximo, el pintoresco valle de Gondar; más allá, muchos montes yermos, pelados; y divisándose lejos y entre nieblas, de una manera confusa, la torre de la Catedral fortense, el pueblo agrupado alrededor de la torre. Los de Forteza, los del valle, se hubieron de entregar á manifestaciones de júbilo de que no había memoria. Todos los del valle subieron al monte á buscar la imagen; todo el pueblo de Forteza se lanzó al valle á recibirla. Fué lugar del encuentro, la casa y torre de los Castros, ya otra vez visitada por la Virgen. Hacía más de dos siglos—lo afirma tradición popular y lo acreditan papeles del archivo del Conde,—azotado el valle de Gondar por terrible epidemia, lo visitó la Virgen de la Antigua para devolverle salud, y moró en la casa condal; que de nuevo recibía merced y honra con

su presencia. ¡Siempre la casa de los Castros la primera; siempre el nombre de lòs Castros unido á las glorias y grandezas del país!

Apenas advertida entre tanta confusión y barullo, Generosa se acercó á la Virgen llevándola una flor de su huerto; pero ¡qué quebrada la color de Generosa, qué caída su vista, y, al alzarla para presentar su piadosa y sencilla ofrenda, cuánta y qué profunda tristeza se asomó á sus ojos! Los bajó muy luego, tornó sobre sus pasos, esquivó miradas y encuentros; ni vió siquiera á su padre, que iba detrás de la Virgen, envuelto, arrebatado por el torbellino. Así hubo de seguir desordenada la procesión, cada vez mayor el gentío, mayores los vítores á la Virgen, las aclamaciones á su libertador, llevado hasta Forteza sin que pudiera desasirse. El Conde había rescatado la imagen: era preciso que la acompañase en su triunfal entrada, qu la devolviese al santuario. La casa de Castro adquiría nuevo realce, renacía á mayor

prestigio, bajo la directa protección de la Virgen, que cubría al Conde con su manto. ¿Quién entonces con el Conde se atrevía? ¡Ay de quien algo intentase contra él! Aquello significaba nuevo timbre para su nombre, nueva empresa para su divisa; y significaría nuevo cuartel para su escudo, si no estuvieran caídas en desuso enteramente, tal género de auténticas de los hechos gloriosos y señalados.





XIII

EL entusiasmo, tomando fuerza de revelación tan inesperada, llevó á extremos increíbles la locura popular, y puso al Conde en alturas donde, no ya difícil, imposible era que lo sostuviese el siempre fluctuante y vario clamor público, aunque los sucesos no hubieran de traer nuevos cambios, desengaños y sorpresas. No volvería de la suya el Conde, aunque cuanto le ocurría era para dudar del testimonio de la propia memoria, como dudaban sus también celebrados compañeros. Los uales pensarían, que por presenciar sólo en arte los sucesos, quizás no se dieran del conjunto debida cuenta, perdiéndose más

bien en detalles no para recordados, y no era extraño que vacilasen en sus primeros juicios, y, á lo menos en hipótesis, volviesen sobre ellos, que los supuestos de la imaginación popular, iban abriendo paso á la duda, y raro es el que no desconfía del propio parecer, cuando le contrarían, pero le mejoran, pareceres de los demás. Y concluían de todo esto, y con razón concluían, que apenas hay suceso grande para quien ha sido testigo del suceso, y que de todos los que acaban en bien y tienen término glorioso, se apodera en seguida la ficción, lo que tiempo andando se llamará leyenda. ¡Así, del tan amargo y desengañado despertar de muchas leyendas, vanidad de pueblos, que es más que la de individuos, pues siendo muchos á engañarse, lo logran mejor y con mayor daño de todos! Eran momentos en que los fortenses, podrían apreciar con ejemplos de grandísimo relieve y fuerza, cómo se hacen y se desvanecen las glorias aparentes, ó séanse las vanaglorias reales; los sucesos corren y

mudan como por magia: corren saltando á lo más imprevisto, mudan para dar en lo más contrario. Ganada por el Conde la partida que principalmente podía interesar á los fortenses, la que á ellos, y á todos los comarcanos, alentaba y entusiasmaba más, vieron ante sí perspectiva lisonjera de triunfos, precursora la primera jornada, de otras, en que la Virgen redimida, les valiese como protectora. El Conde de Castro era su hombre: Pero á la cuenta, el Conde tenía que ser sometido al mayor sacrificio, tal que para él no valiese el temple de alma, el valor activo del caballero, á menos que lo pudiese y supiese trocar por el valor pasivo, por la resignación del cristiano. No se trataba de lucha en campo raso, con armas de su uso, frente á enemigo descubierto: era concepción de muy vasta intriga, preparada en el mayor sigilo, obra de la malquerencia que se vende por amistad. Enteramente secreta para él, se le había de revelar de pronto, y cuando era irremediable ya, la ruína de su casa; lu-

cida como el mismo edificio del Pazo, que con apariencias del mayor brillo por de fuera, en lo no visible carcomido y viejo, sólo tenía en condiciones de resistencia los muros, por la que en su fortaleza sabían oponer á los embates del tiempo. Y así, lo que se veía de lejos, la torre, conservaba todo aquel aire de gallardía entre desafiadora y amenazante; pero en el interior, y sobre todo en la casa, ¡cuánto deterioro y qué próxima ruína! Estaba, pues, como por dentro el edificio, el interior de lo que por traslación, también se llama la casa, ó séase la institución, que eso era para aquel país, donde tantas fueron sus rentas, y con ellas todos esos vínculos de ascendencia y relación, que formaban los que aún decían allí, estados del Conde. Tan principal representación, veíase amenazada de cerca, con inmediata, ineludible amenaza, más dolorosa, por no venir de los perseguidores políticos, sino de los parásitos partidarios, polilla cien veces peor que la que volvía polvo, las grandes vigas de la te-

chumbre del Pazo. ¡A cuántos como el Conde de Castro les ocurre no cuidarse ni preocuparse de administración! El ni sabía de cuentas, ni cuentas pedía desde años atrás, y todo estaba enmarañado, más que por no tener el Conde mano de ello, por haber ello caído en mano tal como la del escribano Miñandres, que de favorecido con la administración, pasó pronto á ser favorecedor del Conde; pero no alardeando, antes bien, teniendo oculto el favor que dispensaba, manteniéndose en aquel papel secundario de rendido y respetuoso servidor, que no quisiera nunca abandonar, aunque mucho le empujasen porción de circunstancias. Desechaba, si alguna vez le venía, la tentación de alzarse á dominar por propia cuenta, á ser primera figura. Prefería seguir trabajando, seguir viviendo en la sombra. Era lo propio de su malignidad temerosa y aprensiva. Conocía además á Forteza: sabía que allí el mal pasa sin dificultad, y el malévolo tampoco la tiene, si acierta á evitar la publicidad y el es-

cándalo. En cualquier extremo evento, sabia acreditar Miñandres lo fértil de su torcido ingenio. Miñandres venía anticipando dinero al Conde; sus despilfarros personales, los preparativos de guerra, y, sobre todo, las necesidades de la campaña, acrecieron de tal modo los atrasos del Conde y los adelantos de Miñandres, que éste tuvo que alarmarse y se alarmó, con la noticia comprobada, del embargo de lo que era su garantía: la casa condal y las rentas. No faltó quien desde luego viese en lo del embargo mismo, el influjo de Miñandres. Se le sospechaba en todas las conspiraciones, por los avisados que le sabían bien quisto con los principales fautores de ambos bandos, perfectamente asegurado con unos y con otros. ¿Iría la malicia muy lejos, al suponer tanta doblez y perfidia en Miñandres? Ello es que se lo decían algunos muy quedamente, con encargo mutuo de completa reserva; no era cosa de ponerse á mal con quien sería malísimo enemigo, puesto que tanto podía con

todos. Poco á poco se iría sabiendo, que la confiscación de los bienes le serviría para mostrar de nuevo su singular adhesión al Conde, para salvarle una vez más. ¡Y con qué arte y á qué costa! Bullía en la mente de Miñandres un pensamiento atrevidísimo; pero lo que él diría: «El caso es que la lógica de los sucesos traiga como por la mano las cosas, combinadas, enlazadas, dispuestas convenientemente; que así traídas, lo que pudo parecer osadía que se rechazase con indignación, cabe llegue á imponerse como útil expediente, salida provechosa, exigencia de la realidad, única manera de evitar ruína y vergüenza.» Era pensamiento que no se podía anteponer á los hechos, que á éstos había por completo que encomendar, para que lo preparasen y justificasen. ¡Ah, si venía bien urdida, si era fina y malévola la trama de Miñandres! Dada la medida confiscadora, forzoso era revelar al Conde—¡revelación terrible!—el estado de completa ruína de su hacienda. Sin

invocar Miñandres sus derechos, el fisco se apoderaría de todo, y la ruína del Conde y su propia ruína, serían seguras. Y aquí fué donde comprendió que podía tener realidad su favorita idea, manera práctica para huir de la quiebra, para burlar al fisco y salvar la casa y los bienes, evitando al propio tiempo que el Conde apareciese despojado de los bienes, desahuciado de la casa. El desahucio produciría malísimo efecto; aunque sucediese por ley y aunque alegase que sin la exigencia del embargo nada intentaría, el escándalo sería enorme, y Miñandres huía del escándalo como de la quema, por instintiva cobardía y por reflexivo cálculo. El plan que hacía tiempo traía en meditación, en lo más apartado de su casa, en lo más secreto de su mente, no era otro que el casamiento de Generosa con su hijo mayor, ya espigado mozuelo, que como sus dos hijas y la mujer, tenía Miñandres enteramente recluso y escondido, en su afán de ocultación y misterio. Con su plan se confundían

las familias, y con ellas los intereses, y se libraba la casa; que sería ridículo, amén de suponer muy amargos trances, que dejase de llamarse y aparecer del Conde, para aparecer y llamarse de Miñandres. No la apariencia y el nombre, ni siquiera la posesión, importaban á éste, sino sólo la realidad de ser suya, en el amplio y comprensivo sentido que le daban allí, donde decir casa equivale á decir patrimonio. Necesitó Miñandres de toda su habilidad, usó todo género de perífrasis, vueltas y rodeos. Así como así, la conformación de su espíritu era buena para eso: no entendía de rectas, todo lo tomaba por líneas oblicuas. Contaba de antemano con la irritación, con la protesta del Conde, herido en su más delicada entraña: en la de todos sus amores; pero hay realidades, y aquélla era una, de fuerza tal, que vano es rehuirlas y prácticamente inútil protestarlas; la lógica, por mano del tiempo, se encarga de imponerlas. Al día siguiente de la aclamación popular, de que era flaco del

Conde pagarse con exceso; en hora de tanta vanagloria y ufanía, empezó á descubrirle el secreto de su ruína, aquel Miñandres en quien ponía tanta confianza y fe por su habilidad, por su adhesión y por su celo. De primera intención no le descubrió sino parte de su desgracia, y ya le dejó entrever la esperanza de que mucho se podía arreglar, bien que á costa de sacrificio, que, para librarse de tamaño mal, habría que aceptar resignado. La habilidad de la exposición, estuvo en poner al mismo Conde por principal causante, aunque no se descartase él, é incluyese á muchos otros, que á todos envolvía la causa á que principalmente se refirió, de las terribles exigencias de la guerra. Y efectivamente: Miñandres no había ido á los mayores gastos, es decir, á los gastos supuestos, sin indicación previa al Conde y sin previa aquiescencia de éste (había comprobantes escritos), con lo que cuidó de ponerse á cubierto, como criminal que prueba la coartada; y por ahí fué saliendo, mal

como pudo, de su tan ardua empresa. ¡Qué terrible despertar de sus ilusiones para el buen Conde de Castro! Fué como si sobre él y sobre su hermano cura, sabedor al punto de la inmensa desgracia, se hubiesen desplomado la casa y torre de Gondar. No sería tanta pesadumbre la del material hundimiento, y él serviría para que acabasen juntos la casa y sus señores y representantes, que ni debían ni podían sobrevivirla. Ella había sostenido á los Castros durante muchas generaciones, había velado por la perpetuidad y grandeza de su nombre; uno era el nombre de ellos y de la casa: juntos debían desaparecer. ¡Tristísimas ideas las que llenaban el ánimo del Conde, sin apenas dejar lugar á esperanza alguna, ni prepararle para ningún sacrificio, enteramente caída su voluntad! Aún volvió de su decaimiento, aún halló energías en su flaqueza, para protestar indignado, de la propuesta del matrimonio...

¡Formidable explosión de cólera la del

Conde! Hasta entonces no se le había descubierto Miñandres en toda su malignidad. Con todos esos fuegos contara ya el escribano; pero contaba también con que en fuegos de tantas y tan vivas llamas, pronto la pasión se apaga y consume, y el apasionado decae y se rinde. Entonces empezaron los tratos por mediación del Canónigo Cuñas con el cura D. Diego. Todo el argumento del Canónigo se cifraba en la necesidad de transigir con el mal menor; dejaba la condenación del mal menor, para su vida pública, que, como la de sus colegas de conspiraciones, era toda ella un mal mayor, y mal en que estaba, por cierto, la principal culpa de la desgracia terrible de los Castros. Los trabajos insistentes del Canónigo y de Miñandres dieron fruto en el ánimo de D. Diego. Experimentados los dos, sabían bien, que, más ó menos tarde, la esperanza brota siempre por algún lado, y busca y encuentra contingencia, aunque sea remota, á que asirse. ¿Qué no labora la imaginación,

sobre todo si es con arte estimulada? Hecho el matrimonio, base habría de arreglos, y el Conde podría redimir su casa, librar sus bienes; todo se haría con la mejor disposición y deseo, dentro de las relaciones de bien avenida familia, y el Conde podría después fundarla propia, buscando—á él sería facilísimo—enlace de gran conveniencia, que dorara de nuevo los timbres y prolongara la estirpe de los Castros y su representación en aquellos lugares. Algo también medio indicó de cierta rica heredera, mejor dicho, pues lo rectificó al instante, riquísima heredada, muy reacia en concertar bodas, á lo que era parte, tanto como el temor de que buscasen su fortuna, el ansia de adquirir principalidad en el país; lo que mejor que nadie podía darla el Conde. ¡Cómo sabía insinuarse el buen Canónigo! El fué quien por ahí, logró hacer mella en el ánimo del cura, ganarle por completo. Los benévolos, los bien intencionados espíritus, siempre son fáciles al contagio del optimis-

mo. Por otra parte, Generosa era un vástago, que en su origen llevaba la desgracia, y quizás no lo fuese para ella salir de semejante situación y casarse con muchacho, en varios sentidos de buenas proposiciones, y de quien, ganados por el escribano, daban muchos buena noticia. El Conde había caído en un mutismo y vuelto á una dejadez que todo consentía. Miñandres consideraba ya punto menos que realizado su plan, y sólo se preocupaba de apresurar los plazos.





XIV

No hay que extrañar que Generosa fuese la última en saber de la suerte que la preparaban. En Forteza, donde iba todo por la antigua usanza, era costumbre concertar las bodas entre las familias. Ni se les ocurrió que Generosa se resistiese. ¿Podía ella desear cosa mejor que tomar estado, saliendo á un tiempo de la soltería y del retiro? Generosa era muy desconocida, muy ignorada de los suyos, cosa no de extrañar dado lo poco observadores que eran y en la distraída vida que llevaban; pero además, ¡cuántos son los que viven largos años en la intimidad de personas que nunca llegan á conocer! Ni buena de

conocer era Generosa. Para disimularlo todo, pero por condición natural, sin ningún propósito de disimulo, ocultaba, bajo apariencias de tranquilidad y de calma, un temperamento sumamente nervioso, un espíritu inquieto y apasionado. Lo que hay es—ya queda escrito—que Generosa vivió en el apartamiento y la independencia, entre hombres y participando de sus inclinaciones y gustos, libre en la última niñez y en la temprana adolescencia, de pláticas con las muchachas de su edad, de amorcillos y coqueteos con los mozos de su tiempo, es decir, de todo lo que despierta el sentido y lo pervierte ó malicia. Mucho de extraordinario había en Generosa: algo siniestro en sus miradas, ráfagas de pasión contenida por el retiro y soledad, y por la falta de gusto de devaneo; alma criada en la afición de lo extraordinario y escogido, resuelta y varonil, llena la imaginación de los fantasmas del pasado, de la grandeza de la casa, del nombre y condición de Infanzona; lo que preci-

samente la apartaba de unos, según la manera como fué habida, la hacía ocultar de otros, rara vez llevada á Forteza, siempre en aquella vida de lugareña hidalga. Sin duda por todo esto, prendió con mayor violencia en el alma de Generosa, el amor á José, que, comenzando por recreo y contento de los ojos, terminó en pasión ardiente, amor extraordinario, propio de las circunstancias en que se reveló con toda intensidad y fuerza. Amor interior, secreto, loco en su objeto y fin, como lo fué en el trastorno y exaltación de sus facultades. Cuando el amor se comunica, vive en el mundo y el mundo lo modela y forma, así dirigido y ordenado, en sí mismo y en su correspondencia, lleva guía, enseñanza y limitación. En cambio, amor que, como aquél, se consume en el secreto y vive de la quimera y el ensueño, cada vez más distante de lo real, crea un mundo nuevo en el sér de quien se apodera, perturba la imaginación con mil caprichos, asalta el corazón

de violentos deseos, y todo lo altera y descompone. Por otra parte, la soledad, que con quietud de ánimo es buena compañera, en ánimo sobresaltado y mente enajenada, es cómplice de mayores desvaríos. De la gravísima crisis que siguió á la impresión extraordinaria de la noche en que José la arrebató al abismo, logró Generosa, sobreponiéndose á la calentura del cuerpo, á la inquietud del espíritu, á la depresión ó alteraciones de los nervios, hallar salvación en aquel sentimiento de dignidad é independencia, herencia de los Castros, profundamente arraigado en su voluntad. No el discurso, pero sí el instinto, ayudó á reaccionar á Generosa, apartándola de la inclinación baja, á que sospechaba la empujara el bajo origen materno, como influencia que temió preponderante en su bastardía. A tal extremo llegó en su mal, que al volver—postrada en el lecho—de su desfallecimiento; al recobrar el no siempre perturbado sentido, deseaba y pedía la muerte con voces del alma.

Pero la vida se defiende contra el deseo, contra los mayores disgustos, porque lo que más nos une á ella es la carne, es el instinto, y apagadas las luces del alma y como ausentes sus facultades, vigila el instinto con afán, porque aliente la vida; lo inferior del sér, protesta y se rebela contra la muerte. De aquella crisis que quebrantó su cuerpo, hubo menester Generosa tanto como del esfuerzo interior—obra de su carácter altivo y de su sentimiento religioso,—para debilitar y contener su amor, para triunfar de él y de sí misma. Señaló ese momento, aquél en que con dolorosa conformidad, con resignación melancólica, se llegó á ofrecer á la Virgen de la Antigua—que de tanto la había valido,—homenaje de piedad y agradecimiento. Sorpresa grande causó en D. Diego encontrar á su sobrina en tal estado de postración y debilidad, bien que ésta le pareciese al punto menor, cuando con mayor sorprésa suya, al proponerla casamiento, oyó de sus labios repulsa terminante y enérgica, seca y

desabrida. Igual la daría el cura á quienes le hablaran de tratos, de transacciones, con los enemigos de su causa. D. Diego se reconocía en su sobrina. Fué aquello para Generosa nuevo trastorno, y trastorno harto más real que aparente, impresión que iba muy honda, que llegó muy á lo íntimo. Por eso, porque no paró en la superficie, ni alteró su calma y frialdad, ni agitó sus nervios, llegó toda ella al fondo del alma: allí donde, no extinto y sólo apagado, reprimía Generosa el amor á José. Al ceder la violencia con que lo domeñaba, sintió que el amor renacía. Pensó en que la libertaría José del peligro; le recordó con fruición y con deseo. Todo aquello, en su debilidad, parecía á Generosa un sueño; la propuesta de boda, una pesadilla; el recuerdo de José, como el despertar de la soñolencia.





XV

Las gentes estaban maravilladas, atónitas, con la porción de extraordinarias cosas que ocurrían allí, donde generalmente no pasaba nada: era un desate de las pasiones, un sucederse inexplicable é imprevisto de los más inverosímiles sucedidos. Veían los hechos de las historias locales, del propio modo que la generalidad ve, aprende y sabe, los hechos de la general historia, en la simple cita de los más notables ó curiosos. Así, desconocido su secreto enlace, ignoradas sus misteriosas causas, era para maravillar cuanto llegaba á los oídos ó se presentaba ante los ojos: un día la

desaparición de la Virgen; otro, el lanzamiento al campo del Conde, la agitación, la inseguridad en Forteza y en el valle; después, la aparición, el rescate singular de la Virgen; y siempre las partidas, y la zozobra, y el temor á lo misterioso y lo extraordinario. Por fin, de pronto, en noche de horrible tempestad, el incendio del Pazo y torre de Gondar, que llenó de resplandores el valle y los montes comarcanos, y por encima de los montes, llegó con sus reflejos á Forteza. Asombraba á los del valle que también el cielo se volviese contra los Castros y entre relámpagos y truenos, cayese rayo ó chispa, fuego celeste que acabase con tanta grandeza, que eso dieron en decir los del valle, en su exagerada inclinación á mezclar lo celestial y lo terrestre, lo divino y lo humano; creencia que había de robustecerse en muchos, cuando oyeron que el escribano Miñandres, despojaba de sus dominios al Conde, con lo que hallaron explicación en su propia furia á la furia de los elementos.

¡Qué cosas se fueron sabiendo de aquella noche terrible! José huyó con Generosa, la libró; pero ambos encontraron la muerte en su huída, despeñados en el abismo. Cuando le llevaron á José las primeras confidencias, voló á la ciudad, donde supo de cierto la ruína de los Castros y el proyecto de casamiento de Generosa con el hijo de Miñandres. Es decir, que este criminal, bien conocido de José, no sólo llevaría el Pazo del Conde, sino también su hija, la incomparable Generosa! Con fuerza genial se sobrepuso á toda manifestación de sorpresa ó de ira. Oyó y calló. Pero quien le hubiera encontrado cuando como una fiera corría á Gondar, retrocedería temeroso ante lo fulgurante de las miradas, no menos encendidas que su pasión, ni menos negras que sus pensamientos. Fué José quien, poseído de ansia de destrucción, dominado por sed de venganza, llevó el incendio á Gondar, y, ya entre llamas, sorprendió á Generosa, que, aun en su carácter, tuviera fuerzas para rechazar la

seducción, pero no las tuvo para resistir el rapto. Libraba José el histórico Pazo, libraba á Generosa, de caer en manos de Miñandres. Generosa fué, según vino la otra también memorable noche: sobre el arzón de la silla, pero suspendida casi en los brazos de José. Aquel escapar con un loco, dejando en llamas su casa, iluminados por el incendio los caminos y el valle, era para enajenar á Generosa y á cualquiera...

Pasaban por el estrecho sendero, sobre el profundo abismo, á la sombra del pino de la muerte. ¿No lo vió Generosa? ¿La impresión nueva borraba la del recuerdo, ó fué parte á excitarla el conocimiento del paso peligroso? La protesta, la indignación, recobrada del espanto, agitaron á Generosa, que, con inconsciente arranque nervioso y expresión entre interrogante y acusadora, se volvió á José. José, también febril, tembló como un azogado: abandonó la brida á su emoción, á su entusiasmo, á su locura. Rodando fueron al abismo el caballo, Ge-

nerosa y José. Acabaron así tan singulares vidas y tan extraños amores. En el fondo del barranco, dos cruces de madera, sencillas y toscas, señalan el lugar donde fueron recogidos los cadáveres, separados al despeñarse, como si fuera el de su separación; sino que les seguía hasta la muerte. Lo extraordinario del caso de amor, lo trágico del suceso, era muy propio, si algo faltaba, para poetizar aquellos lugares, para estimular la imaginación del campesino, siempre poblada de ensueños y fantasmagorías, para avivar en su turbado ánimo miedos y aprensiones. Sólo existen los muros, el esqueleto, de la famosa torre de Gondar. Parece un fantasma. Lo que fué humana habitación, lugar de refugio y defensa, es ahora asilo de aves nocturnas que allí anidan, de rapiñas que bajan del monte, de reptiles que trepan sus paredes ó se ocultan en la informe y mazorral espesura, en la vegetación extraña y parásita, que alrededor y dentro de los muros — sin techumbre la

torre,—crece, sube á cielo descubierto, espontánea y abundosa. Lo que las raíces socavan sostiene la yedra, que á maravilla cumple su oficio de amparar con infinitos brazos, la pobre reliquia de tantas glorias y recuerdos. Por encima de la torre, de los sotos y robledales, se yergue altivo y enhiesto el Monte Sacro. Pasaron los Castros, pasó su casa, pasarán su historia y su nombre, pasará el de Gondar mismo; sólo la naturaleza permanece, y ella lo invade y domina allí todo, y domina, sobre todo, la imaginación popular. El miedo supersticioso á la naturaleza, aleja el labriego de las soledades de Gondar y del monte, donde dicen que vagan desde aquella noche de su muerte, las sombras de los dos enamorados.

Quédese para quien sea capaz de una gran inspiración, el acercarse á pedirla al alma del labriego, á su entusiasmo por lo legendario, á su religiosa ansia de lo infinito, á su indeterminación y turbaciones ante la naturaleza; confusión singular, mezcla

extraña de presentimientos y reminiscencias propias de su alma primitiva, tan interesante para sorprendida en las grandezas que sueña, en los misterios que cree y en los temores que siente.





XVI

No sé si éstas mis remembranzas, llegadas ya á su término, tendrán el interés que me figuré y que me movió á escribirlas. En recinto estrecho, reducido, apretado como Forteza, los menores ruidos se acrecen y quizás llegan á imponer y asustar con sus prolongaciones y resonancias, y los más chicos sucesos se exageran y abultan, y tal vez concluyen por parecer importantes y grandes; sobre todo cuando dan en ánimo de niño, que con ellos despierta al conocimiento de lo real, y en ellos aprende á conocer, para no olvidar mientras viva. Poco precisos, llevan esos recuerdos en la vaguedad é indeterminación,

su mayor encanto para quien lo siente; pero eso mismo puede ser origen de engaño y de yerro en el conocimiento, en la apreciación ó en el juicio. Historia, aunque sin forma y aparato de tal, sin investigaciones, comprobantes, ni compulsas; memorias, pero sin traza y orden de tales, este trabajo es, sobre todo, recuerdo é impresión, en que á lo acaecido se mezcla lo imaginado, siendo ambos de valor tan real y cierto, que no cabía separar leyenda é historia, sin perjuicio y falseamiento de ambas y sin daño de la verdad, que bien creo se muestre clara en el fondo del recuerdo, y aun algo lo avalore. En los muchos escritos que hay dedicados á cosas del tiempo de mi relato, ni por casualidad se dice algo de Gondar ni de Forteza, y, sin embargo, cuanto pasó allí paréceme de bastante interés; entre otras razones, y aparte las intrínsecas, por la principalísima de su semejanza ó coincidencia con lo que pasó en otros muchos, tampoco históricos, lugares, donde, si no Generosas ó Josés, que

eso no abunda, hubo escribanos del género de Miñandres y Condes al estilo del de Castro, y aun Canónigos semejantes ó iguales al de Cuñas.

No he de terminar sin decir, para satisfacción de curiosos, lo que tiempo andando vine á saber de esos personajes fortenses. El Conde, ya sin condado y sin nada, tomó el camino único de los que como él, acaban por encontrarse extraños en su tierra: emigró; huyó al Norte, fiel á la causa de su ruína. Allí le esperaban nuevos desengaños y desilusiones, y comprendió pronto lo que en Forteza le había anunciado D. Zenón, con singular clarividencia: que era la de su partido en armas, misión meramente negadora; que, «frente al desorden triunfante, ayudaría á la afirmación de algo, pero algo que no era aquello.» ¡Cuántas veces sucede así en el mundo, que creyendo ir á una parte, se da en otra contraria ó distinta, y los que menos y cuando menos lo creen, están, sin saberlo, coadyuvando á los que más precisa-

mente aborrecen! Pero el Conde D. Luis, amargado y aleccionado por tantas desgracias, buscaba como fin personal y principalísimo, el *bel morir* del caballero, y supo encontrar en heróico combate, muerte gloriosa. Hubo aún quien en su tierra le recordara y le llorase: su hermano el cura en Rivadorces, y D. Zenón en Forteza.

Mudados los tiempos, pero no los hombres—y todavía menos las cosas, en la Forteza inconmovible é inmutable,—Miñandres prevalece é impera. Han muerto ambos Aldeiros: el padre, de vejez; el hijo, de la soledad en que quedó, y, sobre todo, de las soledades de los días de influjo ó de los anteriores de esperanza. Murió D. Juan á tiempo de evitarse el mayor disgusto: el de ver á Miñandres representante en Forteza del Excmo. Sr. D. Crisanto de Tercias. Era lógico por lo que coincidían sus espíritus y se completaban sus procedimientos. De mucho habría de servir Miñandres á D. Crisanto, cuando al cabo, y tras muy largo acecho,

logró echar la *zarpa*, sujetar Forteza á su poderío, disponer de la ciudad, antes independiente, bélica y altiva. ¡Pobre Forteza, caída en tan bajo lugar, ella que fué y que valió tanto! ¡Y hay fortenses nuevos que se dicen curados de vanidades! Vanidades, puesto que así quieran llamarlas, harto más provechosas, aun miradas por el lado de lo útil, que la indiferencia y despreocupación en que los de ambos bandos habían caído en fuerza de decepciones; entusiasmos ocasionados á engaño, forjadores de realidades ilusorias, pero si ilusorias en algo, en mucho convenientes y fecundas. Los fortenses, perdido el gusto y el sentido del arte, oían indiferentes las querellas en que prorrumpía D. Zenón, al ver en abandono, cuando no vulneradas, las preciosidades artísticas, las riquezas arquitectónicas, sus únicos amores de viejo, las únicas galas de Forteza, á un tiempo timbre y resumen de sus glorias. Pero los nuevos fortenses, tocados del mal de su tiempo, son escépticos para esas glo-

rias, menospreciadores de tales grandezas. Por eso decía convencido el docto catedrático: «sin fe en el alma, no hay ficción en la mente, y sin ficción, no hay grandeza histórica, ni valor moral, ni arte, ni género alguno de vida espiritual y elevada.» Así suspira él por la Forteza de antes, que con sus buenos ó malos días, sus fortunas ó reveses, elevaciones y rebajamientos, tenía un significado, un carácter y una representación que ha perdido. Tales de tristes y de melancólicos serán hasta su muerte los pensamientos de D. Zenón. Los de D. Diego, el párroco de Rivadorces, alcanzaban mayores alturas, como tomando origen en más hondos, íntimos y profundos desengaños; que eran arrepentimiento muy sincero por haberse pagado tanto de las cosas del régimen político, enlazándolas con el poder y el prestigio y el nombre de la casa.—«¿Por qué distinguir, pensaba, unas de otras vanidades, las de la realidad que parezca más práctica, y las de la ficción que

semeje más soñada, si, igualmente falaces y efímeras en cuanto de positivo quieran tener, son humo y nonada? ¿Es que acaso para consolarse, por lo perdido, buscó nuevo empleo y salida—en nueva forma de estimación propia—la vanidad de D. Diego, que más que vanidad sería entonces orgullo negador de lo humano, despreciador de la vida? No, ciertamente: tamaña como la elevación del pensamiento, fué la humillación de la voluntad; tanta la caridad como la fe; fe profunda y firme, caridad escondida, callada, sin solicitación de gratitud, fruto ambas virtudes de sentimientos cada vez más puros, más exentos de todo alarde, más purgados de cuanto significase ó pareciese mezcla de fines humanos y terrenos. Refugiado en la práctica del bien, recluído en Rivadorces, sólo alguna rara vez salía á saludar á Nuestra Señora de la Antigua, desde la próxima altura del homenaje. En Forteza no volvió á entrar: le apartaban de allí los remordimientos. Tanto mejor; la

ausencia le libra del espectáculo de las miserias humanas, que ahora ignora, que un tiempo harto supo, y que se agitan constantes en el fondo de aquella sociedad, á pesar de su letargo y decadencia. Al menos, en el valle, se vive vida más tranquila, menos desengañada; son muy otras las costumbres; en las mismas libertades y caídas, aunque abundan, hay espontaneidad y sencillez, que en algo salva la intención, aparte lo mucho logrado por D. Diego en punto á mejorar intenciones y corregir prácticas. Los de Rivadorces veneran á su abad, que es como le llaman, y ellos y los de Gondar, y los de todo el valle, tienen á castigo del cielo que la raza de los Castros se extinga, siquiera tome á su término mayor ascendiente, elevando y mejorando su influencia, trocando la del caballero por la del santo. De tal dejó D. Diego memoria imperecedera; y esa última y mayor gloria, más eficaz por el recuerdo, acompaña al de todas las demás glorias de los Castros, mantenidas

por firme tradición é idealizadas por aquel perenne ensueño, que pone á los del valle en comunicación íntima con el pasado y con la naturaleza: las dos grandes cosas de que viven y que les mueven.

Torre de Figueroa 12 de Octubre de 1899.



Se acabó de imprimir esta obra
en Madrid, en el estableci-
miento tipográfico de la
señora Viuda é hijos
de Tello, el día
3 de Febrero
del año
1900.



